





UAB

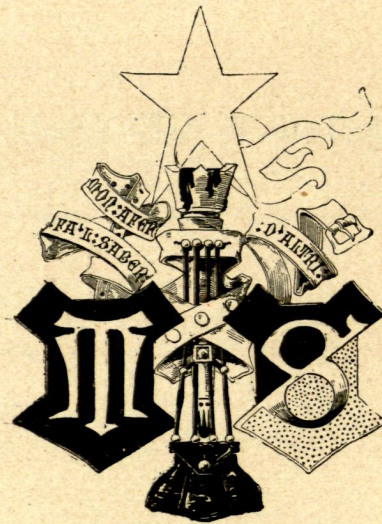
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats



HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

HISTORIA DEL TRAJE

COMPRENDE ADEMÁS ARMAS, JOYAS, MUEBLES, CERÁMICA, APEROS DE LABRANZA, ETC., ETC.

DE LOS

PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

POR

FEDERICO HOTTENROTH

Ilustrada con 240 láminas al cromo y numerosos grabados intercalados en el texto

TOMO SEXTO

PRIMERO DE LA HISTORIA DEL TRAJE

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1893

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



SEMITAS Y ETÍOPES

LOS PUEBLOS DEL VALLE DEL NILO (EGIPCIOS Y ETÍOPES)

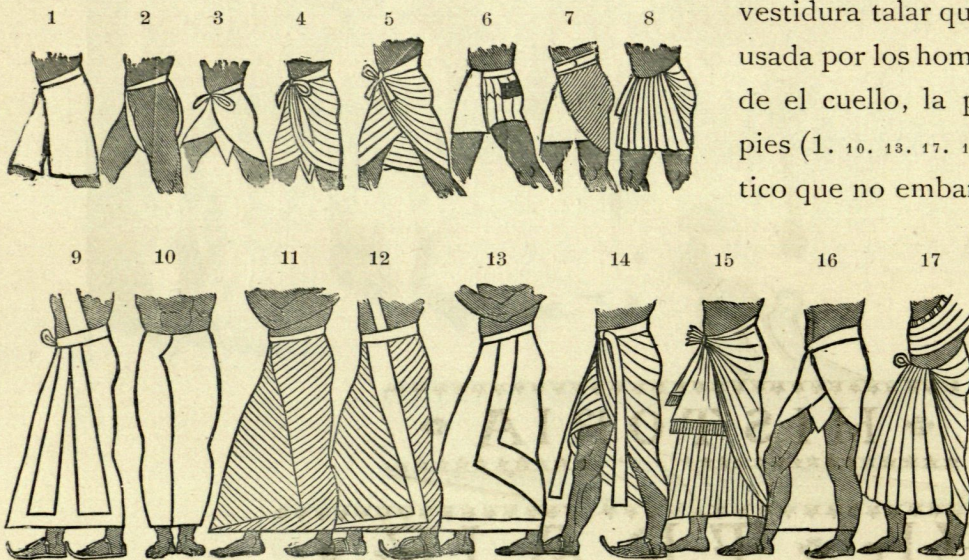
INVESTIGACIONES históricas, hechas por diferentes autores, nos demuestran que allá en los tiempos en que, según la Biblia, fué creado el mundo, hubo en el territorio inferior del Nilo, situado en los umbrales del Oriente, una mezcla de tribus del Asia Menor y de etíopes: de esta mezcla nacieron los egipcios, el pueblo civilizado más antiguo de la tierra. A la vuelta de dos mil años dió término á su poder la invasión de las hordas nómadas sirias de Schasa. Estas expulsaron á los extranjeros, señores del país hacía quinientos años, y fueron presa de los romanos treinta y un años antes de Jesucristo, tras de haber estado sucesivamente bajo el dominio de los etíopes, los persas y los macedonios.

Los egipcios eran pequeños de cuerpo, delgados, esbeltos y nerviosos; tenían la tez oscura, anchos los hombros, saliente el pecho, las piernas flacas y largos los brazos y los pies. El traje nacional era un delantal de cuero ó de algodón, rectangular, sostenido por un cinturón (lámina 1. 1) ó arrollado en torno al cuerpo (1. 3. 4. Figura 1. 1 á 8); los ricos llevaban dos

(1. 2. 26). La costumbre de hacer pasar un segundo delantal de atrás adelante y de cruzarlo para dejar visi-

ble la parte baja del delantero, creó la forma esencialmente egipcia que se encuentra en gran número de obras plásticas (1. 7. 8). Los reyes se vestían así. Usábase también un manto pequeño, anudado en el pecho (1. 6); otro, que caía de la cintura á los tobillos (1. 22. 3. 2. 8) y ceñía el cuerpo por bajo el delantal antiguo (1. 2. 5) puesto á voluntad, doble y uno sobre otro (3. 6. Fig. 1. 14. 15), y un largo delantal posterior (1. 25), sujeto á la rodilla y semejante á un pantalón abierto (2. 2). A partir de la nueva dominación, la gente baja reemplazó el delantal por una chaqueta ó justillo estrecho y sin mangas (1. 20. 21). Las personas de calidad lo llevaban cerrado por el delantal (1. 7. 9). Este justillo se convirtió más adelante en larga túnica con medias mangas (1. 24. 2. 3), de tejido de muselina, que se ponía con el delantal. Supieron los egipcios arrollar con gusto al cuerpo vestiduras de una sola pieza y emplearon delantales dobles y ropas que cubrían muslos, pecho y hombros (2. 1. 7. Fig. 1. 15. 17. Fig. 3. 1. 2).

Fig. 1



El traje nacional femenino era la *kalasiris*, vestidura talar que, durante el nuevo reinado, fué usada por los hombres, y que cubría el cuerpo desde el cuello, la paletilla ó los muslos hasta los pies (1. 10. 13. 17. 18. 19. 23). Era de tejido tan elástico que no embarazaba los movimientos por más

que fuese ajustada. La tela tenía dos veces el largo del cuerpo (fig. 2), estaba doblada por medio con un agujero para la cabeza y cosida de modo que pudieran sacarse los brazos; tenía también mangas, ó cortas y estrechas, ó largas y anchas. La *kala-*

siris corta iba sujeta por tirantes (1. 12. 13. 18. 19). La clase obrera llevaba *kalasiris* recortada (1. 11. 12); los que estaban de luto, ropa talar anudada por debajo del pecho desnudo (1. 14. 15).

A partir de los tiempos de esplendor del nuevo reinado y desde la invasión de las modas asiáticas, las egipcias nobles se cubrieron menos el cuerpo. Llevaban ropajes de telas transparentes, primero sobre una *kalasiris* ceñida, luego sobre la carne (1. 16). Las actrices y las criadas de casa grande presentábanse en las fiestas sin vestido alguno, pero cubiertas con ricos adornos. El traje de una mujer de distinción componíase de *kalasiris* doble y triple de transparente gasa, falda (2. 14) y holgado manto echado sobre los hombros ó sujeto á la ropa interior (2. 16). La flexibilidad de la tela permitía gran variedad en el modo de vestirse. La costumbre de recoger por abajo una larga falda interior y hacerla caer sobre el cinturón, duró hasta la época romana (2. 15). Los hombres de calidad llevaban *kalasiris* transparente (1. 24. 2. 3. 4), sencilla ó doble, con largo delantal por detrás, recogido delante ó abierto en la forma del delantal (1. 25). De esta misma manera se disponía el delantal corto (1. 9).

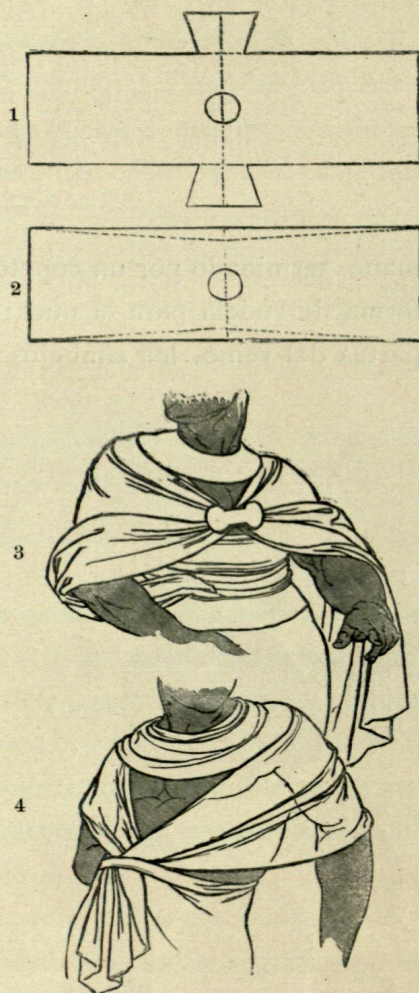
Ambos sexos usaban cuello rectangular colocado sobre los hombros y retenido por una cinta ó un broche de modo que formase grandes mangas (1. 16. 2. 7. 3. 9). Los dignatarios adornaban con frecuencia este cuello-pelerina, hecho de gasa; hacíanlo pasar por los hombros para traerlo delante y sujetarlo á un lado, bajo el cinturón (2. 4). Poníanlo también sobre el pecho, echáballo detrás, cruzáballo sobre la nuca; vuelto delante por los hombros hacíanlo atravesar el pecho y lo sujetaban de lado con el cinturón (figura 2. 4). Faraón lo llevaba de diferentes maneras; bien el cuello puesto sobre los hombros, recogido en el pecho por un broche y echado sobre el brazo, con uno de los extremos prendido al cinturón (1. 27. 2. 6), bien, puesta la gasa en la parte inferior del pecho, lleváballo atrás, pasándolo bajo el brazo, y lo cruza-

ban delante, pasándolo por los hombros y lo sujetaban con una hebilla (fig. 2. 3). Los Faraones llevaban también el cuello con una *kalasiris* de mangas semilargas y anchas.

Las vestimentas de los Faraones, según vemos en las obras plásticas, dejan suponer toda suerte de hechuras (fig. 3. 7. 8. 9). Un retrato de Tolomeo Evergetes (fig. 3. 3) en traje griego, hace resaltar el modo extraño de disponerlo. Una prenda muy en boga, durante el nuevo reinado, fué el cuello de lienzo almidonado y matizado de diversos colores (1. 6. 9. 16. 3. 43. 44); hacíase también de artística red de cordones ó cadenas, de perlas, de cuentas de vidrio y de emblemas hechos de piedras coloridas, de arcilla blanca ó de metales preciosos (4. 10. 16. 19). Era de rigor poner á los difuntos el adorno del cuello y llenábanse las tumbas de objetos de joyería (3. 54 á 62. 4. 1 á 27): amuletos, figurillas de dioses, brazaletes para el brazo, el puño y el tobillo (3. 57), sortijas y alhajillas de vidrio, de pasta y de piedras preciosas. Se han descubierto momias con las manos cuajadas de anillos (3. 61). La gente rica usaba calzado (4. 28. 33); zapatillas de cuero, tiras, de cuero también, entrelazadas y sujetas por una cinta adornada de placas menudas de metal y por una correa pasada entre los dos dedos mayores del pie (4. 28), con la punta en forma de pico y vuelta hacia arriba. El tocado de los hombres era un gorro de cuero ó algodón (3. 35 á 38) con dos cortes para dejar las orejas libres. Era de color liso ó listado de colores vivos. Las mujeres llevaban como una toquilla oscura (1. 12. 3. 10) ó redcilla con pliegues detrás (3. 11. Fig. 4. 3). El rey y los dignatarios llevaban el gorro de esta traza (1. 8. 27. 28. 3. 14): plegábase en triángulo una pañoleta rayada, se colocaba sobre la frente con una cinta, trenzábanse los colgantes de la pañoleta y envolvíase la trenza con los extremos de la cinta que rodeaba la frente (3. 16. Fig. 3. 9). Tanto como era sencillo el traje, era complejo el peinado. Rapábanse los hombres la cabeza ó se trenzaban el pelo (3. 20). Para preservarse del frío, hombres y mujeres poníanse peluca. Llevaban altas torres de tirabuzones y largos mechones colgantes (fig. 4. 9); pelucas rizadas (fig. 4. 8) ó dos pelucas una sobre otra (3. 13. Fig. 4. 5. 12). Los jóvenes elegantes lucían trenzas colgando por las sienes (1. 17. 3. 12). Rasurábanse la barba, y los altos dignatarios la sustituían con barbas postizas en forma de pequeño dado ó de trenza recogida á modo de rodete (3. 18. 19. 20).

Los funcionarios elevados usaban preciosas vëndas (2. 4) que caían sobre los hombros; cadenas de oro (3. 2); plumas multicolores, largos bastones de cayado (2. 7. 7. 2. 4), etc. Distinguíase el preboste por una pluma y una placa de oro ó de lapislázuli, en donde había grabadas las palabras *verdad*, *justicia*. Reconocíase al pontífice por su larga banda y una piel de leopardo (2. 3. 8) que cruzaba atrás por los sobacos y se anudaba en el hombro opuesto. Los casquetes de los sacerdotes y de su escolta iban cubiertos de plumas, de hojas de loto, etc. (3. 24 á 30). En el tocado de los sacerdotes de Isis, que sonaban el sistro, veíanse discos y cuernos de vaca, símbolos del Universo y de las fases de la luna. En las procesiones religiosas llevaban máscaras de animales sagrados, como el ibis, el halcón, el carnero, el cocodrilo (3. 13 á 34), rodeando la cabeza y el cuello. El sacerdote de Phta se distinguía por una trenza en el cráneo (2. 8), el escriba por una pluma doble y útiles de escribir, el sacerdote de los sacrificios por una sortija. Había también sacerdotisas (2. 16. 3. 3. 7). El símbolo de la realeza era el *Uraeus* (3. 49), una víbora enroscada con cabeza de buitre, hecha de oro ó esmalte colorido. El *Uraeus* era símbolo del derecho de vida ó muerte; brillaba en la frente regia en el borde inferior de la corona, en los ornamentos para la cabeza de

Fig. 2



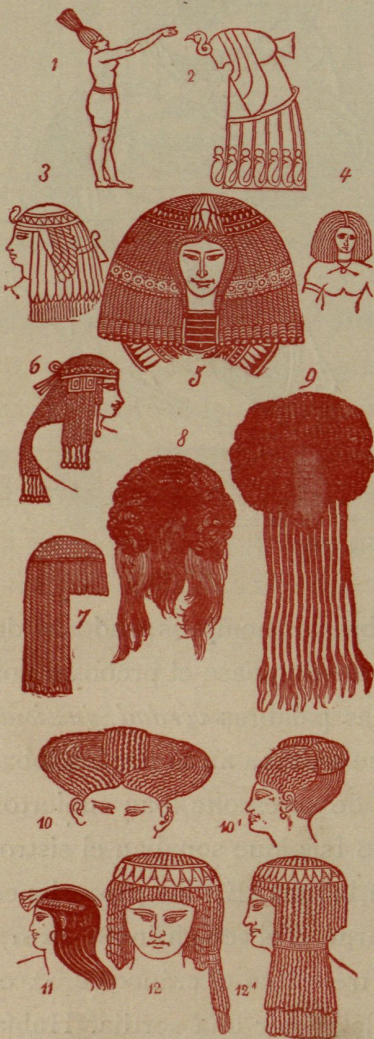
plumas y hojas de loto (3. 17. 24. 23. 29), en el borde del cinturón (1. 1. 27. 2. 6), y algunas veces en las trenzas de la barba. La corona de los Faraones era de dos maneras: roja para el Egipto inferior (3. 50) y blanca para el Egipto superior (3. 49). La corona roja era semejante á un círculo más ancho que la

Fig. 3



mano, terminado por un copete derecho y puntiagudo en lo alto, que en la parte baja se ensanchaba en forma de rodela para la nuca; la corona blanca era una tiara (3. 49). Después de la reunión de las dos partes del reino, los símbolos y las coronas reuniéronse también en una corona única. Había muchos

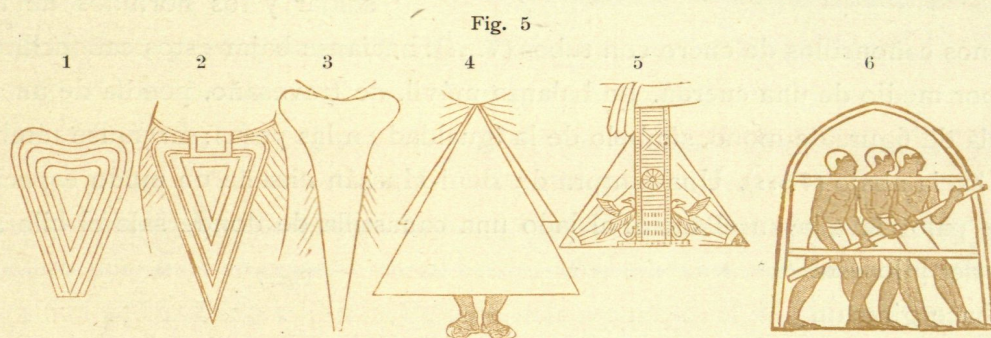
Fig. 4



cetros; cayado y látigo de tres correhuelas, símbolos de la agricultura y de la ganadería (7. 10. 11), y un bastón, alto como un hombre, con una cabeza puntiaguda de chacal por remate (1. 6. 3. 4). En ciertas funciones el Faraón llevaba sobre el abdomen una placa triangular de oro, cuero ó tela multicolor (1. 6. Fig. 5. 5). Su atavío constante, aun en tiempo de guerra, era una ancha banda (1. 6. 27. 2. 6) de cuero dorado, adornado de Ureus y de esmalte de colores y prendido entre cintas de color al cinturón. La reina llevaba á la cabeza ó un adorno en forma de buitre, de oro (3. 23), ó un casquete (1. 16. 18. 3. 23), con un tocado á modo de sombrero, sobre el que resplandecía una flor de loto (2. 13. 3. 22). Rodeaba sus caderas una faja de doble vuelta cuyas caídas colgaban por delante (1. 16. 2. 13); el Ureus de oro adornaba su cabellera (2. 13) ó una toquilla (fig. 4. 2); llevaba un cetro encorvado (1. 16) y si era soberana lucía una trenza en la barba; lo propio las princesas casadas con personas de inferior categoría. A los hijos de reyes correspondía un aro en la frente rodeado en espiral por la cola del Ureus y el símbolo de la juventud, la hebilla (3. 12. Fig. 3. 6).

Los guerreros constituían también una casta aparte. La infantería, para proteger el abdomen, usaba delantal de lienzo con una placa de tiras de cuero clavadas unas á otras y pintadas (2. 18. Fig. 5. 1 á 4), ó un traje guarnecido de las mismas tiras de cuero (2. 10. 17. 18). Sobre la cabeza rapada, el casquete rayado con hebillas de metal (3. 37. 38), ó casco de cuero, rayado también, que protegía la nuca y que se ponía sobre el casquete nacional (3. 39. 40). El escudo (4. 34 á 42), provisto de un agujero para observar al enemigo, era anguloso y combado por arriba, ó semejante á un rectángulo con muescas, ó á un óvalo y una ojiva partidos por medio como los pavese de la Edad media. La parte puntiaguda iba en lo alto. En cuanto al escudo redondo, los egipcios lo relegaron á las tropas de Asia (9. 19. 20. 21. 24).

Egipto tuvo también su edad de piedra; la transición á las armas de metal se operó tan lentamente como en los demás países. Las defensivas, de cobre, bronce, hierro y madera eran: arco (4. 56), flechas y aljaba (4. 67. 96. 97. 98), lanza, barra de parar los golpes, semejante al rompe-espadas de la Edad media, sable corto de un solo filo (4. 87. 88), al modo del *scramasaxo* merovingio (72. 25. 26), puñal (4. 83. 84. 94. 95), hacha (4. 92. 93), hoz de extraña forma (4. 89), tortuga (fig. 5. 6) y escala de asalto. Los generales llevaban cotas de mallas, corazas adornadas de escamas ó de piel de cocodrilo (2. 11. 4. 85. 86) y recias bandas de tela multicolor (2. 9). La armadura del Faraón consistía en coraza de tela abigarrada y casco alto en forma de maceta (2. 17. 3. 45. 46. 47), sembrado de hebillas de metal y guarnecido siempre del Urceus de oro con cintas y ancho brazalete de metal que preservaba la muñeca derecha. El arma ofensiva del rey era un gran arco ó una hacha-maza (4. 78. 79); el adorno del pecho, un peto esmaltado suspendido al cuello por una cadena de oro (8. 1. 2). El Faraón combatía desde el carro de batalla (2. 17); una multitud de éstos sostenían á la infantería. Cada uno de dichos carros se componía de la caja (7. 41), donde iba el armero, y que descansaba sobre un eje con dos ruedas, y de una lanza con yugo para dos caballos (7. 42); láminas



finas de metal y colores chillones le daban muy vistosa apariencia. Los caballos llevaban penacho de plumas de avestruz y fuerte coraza de gualdrapas listadas y guatadas (2. 17). El carro conducía al guerrero y al cochero. Para dirigir las maniobras de combate, valíanse de señales puestas en lo alto de largas varillas (4. 44 á 54).

He aquí ahora breves noticias sobre los utensilios y medios de transporte de los antiguos egipcios. Los vasos auténticos tienen la forma de huevos de avestruz (5. 1 á 8). La forma oval predomina en una serie de botellas de largo cuello que exigen soportes especiales (5. 7. 15). La cerámica y la industria metalúrgica suministraban elegantes frascos redondos (5. 9), vasos que servían de lámparas en forma de cruz y adornados de lotos (5. 36), lámparas (5. 42. 46), bandejas (5. 10), vasos de beber, salseras con cabezas de animales (5. 13. 14. 45. 47), amuletos (4. 20) y figurillas de dioses nacionales, en su mayor parte con cabezas de animales igualmente (4. 13). Para la ornamentación de los vasos (5. 8), como para la de todos los objetos, desde la cuchara de palo hasta la barca que por el Nilo conducía el cadáver embalsamado al valle de los muertos, eran típicos la flor de loto y el papiro (5. 10. 11. 29. 36. 40. 49. 50), como las plumas de pájaros raros, las ramas de palmera y las cuerdas hechas con albura (1) del mismo árbol (3. 51. 53). Los colores que empleaban eran: rojo, azul y amarillo, negro y blanco para los cinturones, y verde como color local.

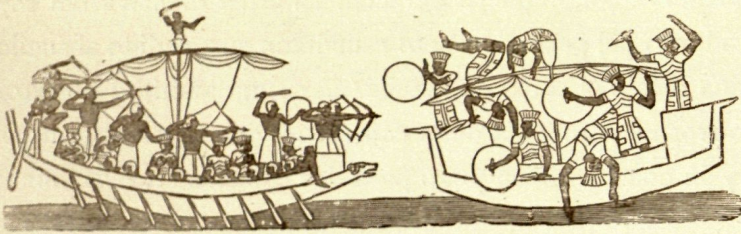
Los muebles egipcios eran de forma suavemente oblicua. Gustaban de los almohadones ricamente bordados (5. 53. 54. 6. 1 á 4. 10. 11) con planchas de oro y de esmalte multicolor, de las sillas de manos con abanicos de plumas y baldaquino (7. 45. 49. 8. 3. 4), y de muebles al estilo del Asia occidental, suntuosos y cómodos á la vez. Cada lecho (6. 18) tenía su cabecera (6. 7). Los tronos de los Faraones (5. 54. 6. 10. 11) venían de la misma Asia occidental. La casa de un egipcio de calidad encerraba rica colección de fruslerías. La mesa del tocador de las mujeres estaba lujosamente guarnecida de cajitas de

(1) Parte media entre la corteza y la madera del tronco. (*N. del T.*)

afeites (5. 31. 32. 6. 32. 33. 7. 23. 25), peines, espejos (6. 31. 7. 27. 28. 29) y abanicos (7. 1. 3. 7. 8). No solamente las egipcias se ponían colorete, sino que se teñían las cejas y las pestañas de barniz negro para que pareciesen los ojos más grandes. Los hombres se untaban las cejas con color verde y se teñían las uñas, las manos y los pies con el *hennah*. Había diferentes recetas para hacer crecer el cabello.

Los egipcios cultivaban la música solamente como arte religioso. Conocían la lira, el arpa, la mandolina, la guitarra, la flauta (6. 19. 20. 22 á 30. 38 á 41) (que se tocaba también de lado), instrumentos de percusión, el sistro (6. 17. 36), y tambores en forma de embudo ó de tonel (6. 35. 37).

Fig. 6.



Las herramientas eran punzantes y cortantes; manejaban el hacha, la segur, el cincel puntiagudo, redondo ó plano, la sierra, el taladro, la lezna, la aguja, el mazo, la plomada, el martillo, las tenazas, las pinzas y el crisol. Les eran conocidos la lámpara de soldar y los hornillos de fuelle. Estos se componían de unos cañoncillos de cuero con tubos (7. 50): hacíanse bajar estos cañoncillos por la presión del pie y subir por medio de una cuerda. La balanza móvil, de travesaño, pendía de un anillo sostenido por una romanilla de figura de mono, símbolo de la igualdad en las pesas; servíanse también de balanzas de aguja vuelta hacia abajo (7. 32). Una pintura de Beni-Hassán enseña un modo especial de hilar: hay una horquilla de palo clavada en el suelo; al lado una canastilla de donde sale el hilo aplicado alrededor; al extremo del hilo está el huso, al que hace girar un hombre arrodillado; la rueca es una caña de una vara de largo hendida por lo alto; al abrirse forma como un cestillo para las materias que se hayan de hilar, sobre el cual hay aplicado un anillo que lo sostiene (6. 16. 21).

Los aperos de labranza eran: el arado y la azada (7. 22. 50 á 52). Esta tenía hoja puntiaguda ó en forma de pala.

El arado no era más que una azada, con varales para dirigirla, y flecha ó timón. A éste iban uncidas las bestias de labor por medio de un yugo sobre la cabeza (7. 40).

Los templos encerraban grandes riquezas en altares y útiles para el sacrificio, en cuchillos, bandejas, vasos sagrados (5. 35. 51), incensarios de mango largo (5. 52), cazoletas, ídolos con cajas... todo de materias preciosas. Hallábanse también allí relicarios (7. 43) de cedro, plateados por dentro y dorados por fuera, y guarnecidos de adornos de plata.

Los egipcios eran considerados como maestros en el arte de construir las naves. La parte anterior y la posterior de ellas era de igual altura (7. 53. 55) y podían retroceder sin virar. Los barcos de recreo iban exornados con dorados, pinturas y velas de tejidos de mil colores; los barcos de los Faraones con imágenes de los dioses y jeroglíficos decorativos. Los bajeles de guerra (fig. 6) eran galeras especiales en figura de artesa; tablas elevadas y un parapeto protegían á la tripulación y á los defensores del puente delantero; en él había clavada la cabeza animal de un dios protector. El aparejo se componía de un solo mástil con una verga y un cesto con un hondero en él.

Fig. 7.



Los egipcios desplegaron gran lujo en los entierros. Embalsamaban y fajaban los cadáveres; los ataúdes eran de barro cocido ó de piedra, afectaban la forma de templos, con listas de colores y cubierta oblicua, ó se parecían á cofres anchos; algunos de ellos tenían la cubierta en forma de momia (7. 44). Los cadáveres de las personas distinguidas llevaban el rostro cubierto con oro laminado é iban envueltos en muchos sudarios (7. 47). Los cadáveres de los reyes se conservaban en sarcófagos de granito (7. 48).

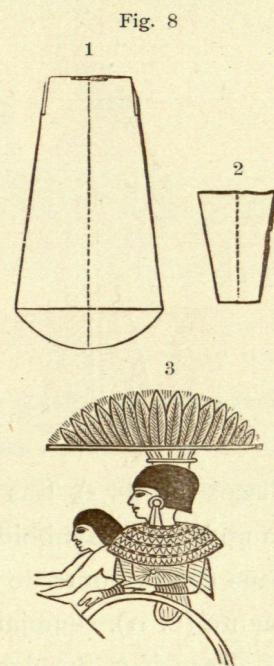
Cuando empezó la decadencia progresiva de Egipto, después de la muerte de Ramsés III, los reyes etíopes se apoderaron del trono de los Faraones y lo retuvieron durante medio siglo. El traje más antiguo de los etíopes consistía en un delantal,—todavía en uso en una gran parte de Africa,—una piel ó cubierta de lana (8. 5) y un casquete puntiagudo, de junco adornado con plumas. Los hombres de suposición adoptaron una veste ó justillo estrecho, con mangas, que se metían por la cabeza y que sujetaban con el delantal (8. 5. 15). Su vestimenta habitual era una faja (8. 16. 17) ornada de bordados multicolores, arrollada al pecho y las caderas de manera que las puntas colgasen hasta los pies.

La gran riqueza de los etíopes en oro, marfil, pieles de animales y plumajes vistosísimos de todos colores, pagó abundante tributo á la coquetería. Vistiéronse entonces al gusto egipcio; los hombres disponían con graciosos pliegues el delantal, las mujeres servíanse de la falda egipcia de tejido elástico (fig. 7. 3. 4). Esta falda, simbólicamente guarnecida, era el traje de ceremonia de las sacerdotisas (8. 7). Al principio los etíopes llevaban larga túnica, y envolvían el cuerpo con un paño cuadrado sujeto por unos tirantes ó un cinturón. Más adelante dividieron esta vestimenta en dos pedazos (fig. 8), el de delante más corto que el de atrás y puesto de manera que dibujaba la forma del cuerpo (8. 10. Fig. 7. 4). Las egipcias de calidad usaban también este plegado (fig. 9. 1), pero cuando se hicieron más libres, prefirieron las telas transparentes. Llevaban también un ropaje largo, de tela con dibujos y con mangas de mediana longitud (8. 6. 9). La *kalasiris*, de tejido elástico y con muestra, se puso de moda, lo mismo que un capotillo que se ponían por debajo del sobaco, echaban al hombro opuesto, enrollándolo al torso, y anudaban en el pecho (8. 6. Fig. 7. 5). Pudiera igualmente representarse este capotillo como un cuello transparente que se ponía como la gasa de la fig. 9. 1.

Los Faraones de tez oscura componían su traje con elementos egipcios, asirios y árabes. De los egipcios tomaban el cuello multicolor, el aro de la frente con el *Uræus* y el adorno simbólico para la cabeza; de los asirios, la ancha faja con borlas y las ropas arrolladas. La faja consistía en una tira de tela bordada, del ancho de la mano, cuyo borde inferior iba guarnecido de gruesa franja (8. 9. 10); cordones, también con franja, la prendían al cuerpo, y llevábanla de través por el pecho y la espalda. Así la lucía la reina sobre el desnudo cuerpo. Poníanse también dobles fajas en aspa.

El delantal primitivo quedó para los reyes y sacerdotes (8. 11. 15) como hábito de ceremonia; lo sujetaban con cinturón y muchos cordones con franjas (8. 15); el delantal sólo se ponía con la veste mencionada anteriormente. Había también delantales dobles (8. 11. 15); el de encima, pintado, y cortado en semicírculo, se pasaba de atrás adelante é iba cruzado de modo que dejaba ver el de abajo con todos sus adornos. Completaba el traje de los sacerdotes una coraza de lienzo cubierta de escamas que rodeaba el cuerpo y unían al cuello ya descrito dobles correas (8. 11). Cubríanse los personajes la cabeza con casquete ceñido de punto (8. 9. 17); las mujeres con redecilla y gorra (8. 6. 7. 10).

Los etíopes permanecieron fieles á sus estilos nacionales y bárbaros; les gustaban las sandalias de anchas cintas, adornadas con broches y franjas de oro (8. 18. 19). Se adornaban con brazaletes de oro y esmalte multicolor (61. 6), al modo de los aros de los antiguos germanos, que cubrían el antebrazo. Gustaban también de grandes brazaletes, no sólo en el antebrazo, sino en la muñeca y el tobillo. Po-



níanse en el dedo del corazón una sortija con una placa de loza azul tan grande que cubría la mitad del reverso de la mano (8. 19. Fig. 7. 2. 5). Las mujeres nobles dejábanse crecer las uñas una pulgada (8. 19) y las teñían de color de naranja. Resplandecían en su cuello collares de corales y de perlas y cubríanse el pecho con redecillas de cordones y borlas abigarrados. El rey y la reina llevaban como tocado la cabeza simbólica de los Faraones (el *Ureus*) y un cetro en forma de flecha (8. 10), con una cruz provista de asa (fig. 7. 1. 2. 5). En las batallas el rey etíope usaba coraza de escamas, á modo de tejas (8. 8), alternando con cintas multicolores (8. 21 á 24). El rey y la reina llevaban maza y lanza, en el cinturón puñal con vaina ornamentada (8. 20), espada y arco, que, para proteger la mano, iba guarnecido de

Fig. 9



Fig. 10

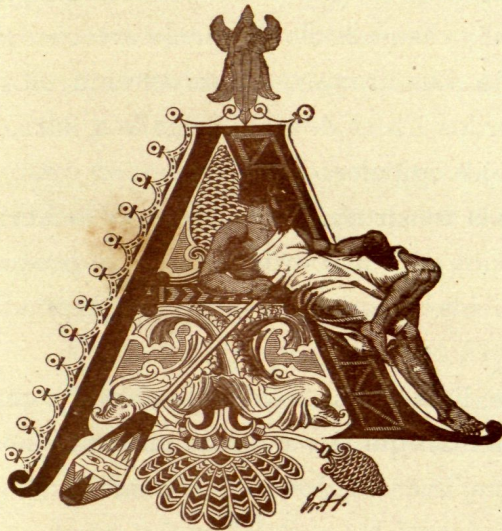


discos (fig. 9. 2). Las armas de los guerreros parecíanse á las de los nubios de hoy: eran escudos rectangulares ó romboidales, hechos de piel de hipopótamo; lanzas, puñales, arcos de palmera, flechas de caña con la punta de piedra aguzada, y mazas chapadas de bronce. Los carros de batalla, con su armamento (8. 13), semejaban á los carros egipcios.

Poco hay que decir de sus utensilios. No conocían el arte industrial. El trono (8. 2) se parecía al lecho de descanso egipcio (6. 18). En el territorio etíope había también negros de pura raza, con piel de un negro azulado, labios hociudos y nariz aplastada; se les llamaba *Nahesus*; iban casi desnudos, y llevaban como un taparrabo de piel de tigre (fig. 10. 1) y un casquete de junco. Las mujeres usaban faldas. Los nubios de calidad usaban ropas que cubrían la parte anterior del cuerpo, y la faja etíope, así como la *kalasiris* de mangas cortas (8. 14. 16). Los príncipes nubios llevaban traje transparente que cubría desde el cuello hasta los pies, caía en forma de mangas sobre los antebrazos (8. 17) é iba sujeto por medio de un delantal de tintas chillonas y de la faja etíope; usaban igualmente cuello redondo de muchos colores y cordones de coral en el cinturón. Llevaban los cabellos afeitados ó con trenzas cortas, bañadas de grasa de carnero, que en forma de pequeños glóbulos hacían parecer la cabellera salpicada de amarillo (8. 18).

II

Cananeos, fenicios y hebreos



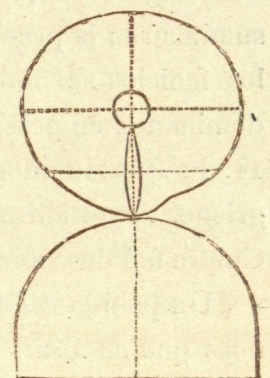
Los semitas debe ante todo su desarrollo material el Occidente; porque ellos fueron los primeros que se dedicaron á la industria y el comercio. Todo el lujo europeo es lujo semítico; en Oriente procedía en especial de la codicia de bienes; aquí, aunque patrimonio de los poderosos y los reyes, era, sin embargo, lujo grosero y de ningún modo comparable á lo que hoy se apellida buen acomodo (*confort*). El *confort* es producto del carácter anglo-sajón y su-

pone actividad sostenida; por el contrario, la invasión del lujo ha sido siempre signo de decadencia de la fuerza real del espíritu.

Cuando los pueblos semíticos, procedentes de su primitiva morada del Asia central, se extendieron hacia el Oeste, encontraron allí un pueblo al que denominaron *Diwe*, esto es, de demonios ó gigantes. «Había en aquel tiempo gigantes sobre la tierra,» dice la Biblia en el primer libro de Moisés. Aquella población primitiva fué aniquilada en la lucha de razas. La fértil comarca situada entre el Eufrates y el Tigris y el país de palmeras situado entre la cadena de montañas del Líbano y el Mediterráneo, se les brindaba para establecerse. El pueblo de las costas entró en la historia bajo el nombre de fenicios. La tierra menos feraz, entre la Mesopotamia y la Fenicia, sobre todo la de Canaán, quedó como terreno disputado por las tribus más diversas, que estaban á su vez en lucha constante con los egipcios. Los fenicios, merced á sus extensas relaciones por mar y por tierra, fueron los verdaderos importadores de la cultura del mundo antiguo. Su habilidad para fertilizar países extranjeros, sus luchas por la libertad y la independencia excitaron en todo tiempo la admiración general.

Los magnates de Pun presentábanse con magníficos ropones de púrpura (9. 17); su traje, de igual hechura para ambos sexos, componíase de falda, delantal y gran cuello. La falda de debajo se ponía sin costura envolviéndola al cuerpo como un delantal; era amarilla ó encarnada; la ropa de encima, cortada en semicírculo en su parte inferior (fig. 11), se ponía por detrás é iba cruzada por delante y sujeta, con la falda referida, por medio de una correa; era la mitad encarnada y la mitad azul; el cuello era de forma oval (fig. 11), tenía un agujero para pasar la cabeza é iba cerrado con broche á lo largo del pecho; la mitad era encarnado con adorno amarillo y la otra mitad encarnado con discos violáceos. Los príncipes llevaban el traje completo de púrpura; se necesitaban seis libras del precioso jugo de la

Fig. 11



limaza para teñir una sola libra de lana. A la cabeza llevaban un casquete sujeto con cintas. Es probable que las ropas de los reyes fenicios fuesen más amplias que las de la gente del pueblo. Se presume que iban guarnecidas de piedras preciosas y perfumadas; ostentaban corona y cetro.

Presúmese igualmente que el hábito guerrero de los fenicios era el mismo que el de sus vecinos los filisteos. Llevaban coraza de lienzo (9. 10 á 24) provista de círculos de cuero y delantal reforzado con tiras de cuero igualmente ó también el delantal de los egipcios de tela, con la rodela de cuero para el abdomen (9. 24). Los brazos y las piernas, desnudos; en la cabeza un casquete, sobre el que brillaban la media luna y el disco del sol, emblemas de Astarté, la diosa guerrera de filisteos y fenicios. A menudo lo suplían con un círculo cubierto de plumas; otros soldados llevaban un simple delantal y casquete alto y el resto del cuerpo desnudo. Las armas que usaban eran escudos, dardos, hoces de combate, arcos, flechas y carcajes egipcios.

Fig. 12

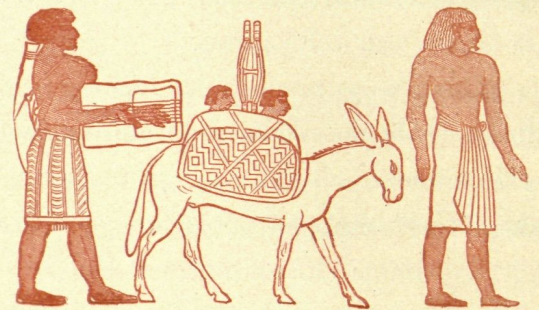


En la construcción de barcos, en la fabricación de tejidos, en los tintes, en la fundición de metales, los fenicios eran maestros. El mar de bronce en el antepatio del templo de Salomón, era obra fenicia. Los fenicios tenían asimismo plata acuñada con palmas en las monedas por vía de sello.

Los bajeles mercantes (fig. 12. 2) los construían con fondo plano; llevaban aparejo, velas, ancla y una cabeza de caballo en la proa. Los barcos de guerra (fig. 12. 1. 3) tenían quilla y muchos puentes, unos sobre otros; parecían fortalezas. En la parte interior iban los remeros; los soldados colgaban sus escudos á la parte de afuera. En la tabla que rodeaba el puente superior esculpían las figuras de sus tres divinidades principales; las velas de gala estaban bordadas de color azul celeste ó rojo púrpura.

Los habitantes de la isla de Chipre, los kefas, eran de origen fenicio. El clima ardiente de la isla permitía un traje muy ligero que consistía en un delantal sujeto á las caderas, y medias abigarradas (9. 18). Los objetos que allí se han encontrado suministran la prueba concluyente de que el estilo artístico de los fenicios se limitaba á satisfacer el gusto de la potencia dominante, egipcia ó asiria; así se nota en los vasos de metal (10. 7. 8). Los de barro cocido (10. 4. 5. 6. 11. 1 á 9) están adornados como los de Mycenas. Los elementos egipcios y asirios y el estilo decorativo griego, véanse allí mezclados; es decir, la espiral, el zigzag, el círculo, el cuadrillado, etc. En la isla de Chipre fué descubierto un sarcófago fenicio de mármol blanco (11. 13).

Fig. 13



Un pueblo célebre, el caldeo, causó grandes dificultades á los egipcios. Habitaba en el país montañoso que se alza sobre las fuentes del Tigris, se extendió por la Mesopotamia y fundó un reino floreciente, cuya capital era Babilonia. A pesar de su poder, apenas dejó huellas de su existencia, porque es ley natural de la vida y del esplendor de un pueblo que sólo subsista lo que lleva impreso la forma del arte. Según los documentos plásticos egipcios los caldeos (9. 14. 15) usaban largo ropón de mangas estrechas, cuello cortado en círculo y fijo por delante, y estrecho casquete. Las armas consistían en escudo rectangular y larga lanza. Una de aquellas numerosas tribus llevaba la túnica caldea (9. 16), pero corta y ceñida, y un capotillo sostenido en el hombro por un broche. La misma tribu poseía carros de batalla pintados, tirados por caballos encubiertos con gualdrapas (10. 1), é iba armada como los asirios.

Todos los pueblos nómadas del Asia Occidental eran denominados *Aamu*. Su traje más antiguo consistía en delantal con dibujos (9. 1) y un trozo de tela que hacía de ropón (9. 2), bien suspendido de

los hombros, bien sujeto al cuello y la cintura por cordones (9. 4). Otra especie de manto, que tenía un pico proeminente sujeto al hombro izquierdo, lo usaban lo mismo hombres que mujeres (9. 4. b). Servíanse de arcos, flechas, carcajes redondos y mazas curvas. A lomo de mulos y en cestos (fig. 13) iban los hijos de las hordas nómadas y los vasos con esencias, que era uno de los principales artículos de comercio de los *Aamu*. Andando el tiempo convirtieron la citada vestidura en manto que caía hasta los pies, abierto de arriba abajo (9. 5); lo llevaban con el delantal propio del país.

Una de las tribus de los *Aamu*, los Ribu (9. 7), hacían los mantos de una tela cuadrada que doblaban por medio á todo lo largo y que cosían después, dejando un agujero para la cabeza y un corte para el brazo. Los Tehemu (9. 6), que habitaban á orillas del mar, doblaban del propio modo su vestidura, la echaban á un hombro y la anudaban en el otro. Peinaban sus cabellos en cortas trenzas que colgaban junto á las sienes. Sus adornos consistían en dibujos multicolores que matizaban la piel, plumas en la cabeza y aros en las orejas. El manto de los Chari ó Cheli (9. 8) tenía cuello, y al lado una abertura para el brazo (fig. 14. 1). La vestidura-manto de todas las tribus de los *Aamu* brillaba por su adorno de ricos colores, y era tan estimada como los magníficos vasos de Sidón y los tapices de Babilonia.

Viniendo de la Siria y volviendo hacia el Norte hállase un pueblo semita al que los egipcios llamaban *Retenuu* (9. 9 á 13). Por sus ropas, que se arrollaban en torno al cuerpo (9. 10. 11) y recordaban mucho el traje de ceremonia de los sacerdotes asirios (13. 10. 12. 15), se infiere que los *retenuu* fueron los primeros habitantes de Asiria ó sus progenitores.

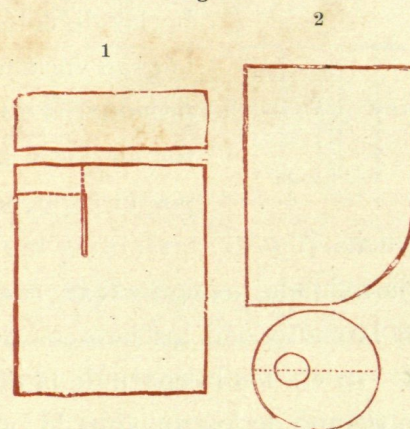
A las tribus del Sur les bastaba con el delantal y el cuello (9. 9); pero el clima del Norte exigía más abrigo. El delantal, con una de las puntas redondeadas (fig. 14. 2), iba sostenido por ancho cinturón y cintas en aspa (9. 9); el cuello redondo, tenía agujero para la cabeza, pero á un lado, de suerte que cubría un brazo hasta el codo y dejaba el otro al descubierto. La vestidura de las tribus del Norte, que era también el hábito guerrero de los romanos, ceñía el cuerpo del cuello á los pies (9. 13), tenía largas mangas, era de tela fuerte y llevaba cubiertas las costuras con galones de diversos colores. Traje diferente de cuantos hemos descrito era el que iba arrollado al cuerpo en espiral (9. 10. 11); la tela era de forma de triángulo prolongado, cuya punta, redondeada, metíase bajo el cinturón. Los *retenuu* llevaban también cuello con agujero para la cabeza, casquete de paño ó de tiras de cuero claveteadas (9. 9), y zapatos cerrados.

El traje femenino (9. 12) parece que fué el mismo para todas las tribus. Ocultaban la parte baja del cuerpo con varias faldas; las de debajo eran las más largas, é iban sujetas por cintas puestas en aspa; la vestidura superior consistía en un gran cuello. Las armas que usaban los varones eran arco, flechas y carcaj. Los *retenuu* eran un pueblo rico é industrial; fabricaban magníficos tapices, grandes vasos de oro, á estilo fenicio, tronos, taburetes y los carros de batalla de los Faraones. Los egipcios nos conservaron los dibujos de algunos de aquellos vasos (10. 3); eran como vasijas altas y ventradas de tamaño colosal, adornadas con dibujos sin relieve, cabezas de caballo y figuras humanas; el trabajo es admirable aunque recargado y semi-bárbaro.

Si el ateniense era artista, el romano político, el fenicio negociante, el asirio astrónomo, el egipcio astrólogo y el persa soldado, el hebreo era, por su templo y por su Dios, el sacerdote de la antigüedad. Los Mandamientos escritos á la luz de los relámpagos del Sinaí son las leyes morales que gobiernan eternamente al mundo y los hebreos los autores de tales leyes.

Créese que los hebreos del tiempo de los patriarcas llevaban el mismo traje que los *Aamu* (9. 1 á 8) y los árabes nómadas. Del Egipto tomaron tan sólo el delantal de los hombres y la camisa (*kalasiris*) de

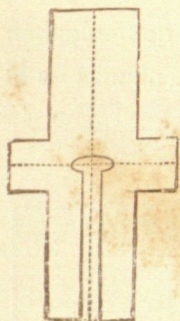
Fig. 14



las mujeres (11. 16). La temperatura tórrida de Canaán hizo adoptar á los varones el *kalasiris* (11. 14, 15) y el manto suelto (11. 17). En viaje llevaban los hebreos un capotillo que se ponía como el *himation* griego (11. 15); las mujeres se lo ponían sobre la cabeza (11. 16). En los tiempos de David y Salomón, exornaron más sus vestiduras: los hombres llevaban sobre la vestidura inferior un justillo de mangas cortas guarnecido de borlas ó de puntos á modo de hojas (11. 23) y ceñido por el cinturón.

El caftán y el ephod se han hecho típicos de aquel pueblo. El caftán (11. 23. Fig. 15), que se componía de dos partes, iba cerrado por los lados, abierto á lo largo y cerrado por medio de un cordón ó un aro de

Fig. 15



metal. El ephod, ó vestidura de los hombres, estaba formado por dos paños más largos que el cuerpo; el de delante recogido en lo alto del pecho (11. 24. 12. 3) por medio de larga faja, y ceñidos los dos al cuerpo; hoy lo usan aún las mujeres kábilas (20. 10). El ephod se componía también de dos piezas de tela (11. 22) cosidas en los hombros y adornadas de borlas. Moisés ordenó que en determinados días de fiesta se llevasen las borlas de color de púrpura (11. 15). Las planchas con relieves de los asirios atestiguan la gran variedad de sus trajes; aunque no siempre deben considerarse como hebreos los prisioneros que hay representados en ellas, su vestimenta indica una mezcla de elementos asirios y hebraicos (11. 18 á 21. 12. 8. 17). El casquete de una mujer, medio oculto por el capuchón de su manto (12. 12), semeja al que llevan los ídolos de los barcos

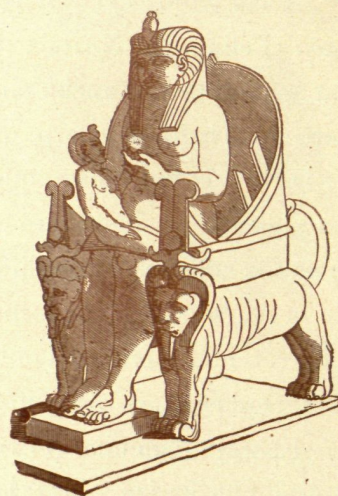
fenicios (fig. 12. 1. 3); otras mujeres (12. 8) visten (en las mismas planchas) el ephod hebraico con capucha redonda; las figuras (12. 10 á 15) llevan el ephod con cuello caído sobre los hombros (20. 22). Al regreso de la cautividad los hebreos de posición se paseaban con ropas persas provistas de grandes mangas (21. 28. 29). En la época de la dominación griega entró en uso la clámide y en tiempo de los romanos la pœnula provista de capucha (11. 25). Llevaban casquete puntiagudo con borla (11. 22. 24) ó una pañoleta arrollada á la cabeza (11. 23). Las personas ricas calzaban sandalias ó chinelas; las del pueblo iban descalzas ó con zuecos ó con los pies envueltos en pieles.

Desde el tiempo de Salomón se desarrolló un lujo desenfadado entre las hebreas: la blanca camisa de holgadas mangas que les cubría el cuerpo, iba cubierta por dos túnicas de color, más largas y plegadas y con mangas que caían hasta el suelo (12. 5). La segunda túnica sustituiase á veces por un caftán de mangas cortas (12. 6) ó una banda abigarrada, recamada de oro, que recogía la masa de pliegues. Les gustaba combinar el blanco más nítido con púrpura ó dibujos de variados matices. Para salir, envolvíanse las mujeres en un velo atado por debajo de la barba (12. 7); las grandes

damas lucían suntuosas alhajas; una ley redactada por los rabinos les permitía llevar los días festivos zarcillos en las orejas, pero no en la nariz (12. 33). Rizábanse los cabellos formando pequeños bucles, los trenzaban ó los disponían en diadema alrededor de la raya; usaban ceñidor para la cabeza, sandalias con correas, cadenillas de oro y lentejuelas. Véase la figura de barro encontrada en la isla de Chipre (fig. 27. 2). Les estaba prohibido usar adornos los días de luto.

Los reyes para traje de ceremonia (12. 3) usaban un círculo-corona, largo bastoncillo ó venablo. Los sacerdotes vestían camisa talar, con aberturas en los lados y jaretas en la escotadura (11. 26), banda echada al hombro izquierdo, tira de red en torno á la frente y gorro alto. El gran sacerdote, sobre la túnica que prescribía el culto, poníase vestidura azul sin mangas (11. 27) con el borde guarnecido de granates y campanillas de oro; encima el *ephod* bordado de rojo y azul, cuya parte delantera, que cubría el pecho, se unía con hebillas de oro, en los hombros, á la parte de la espalda, formando una escotadura donde iban el *urim* y el *thummim*, que era un estuche ó funda de oro con doce piedras preciosas, sus-

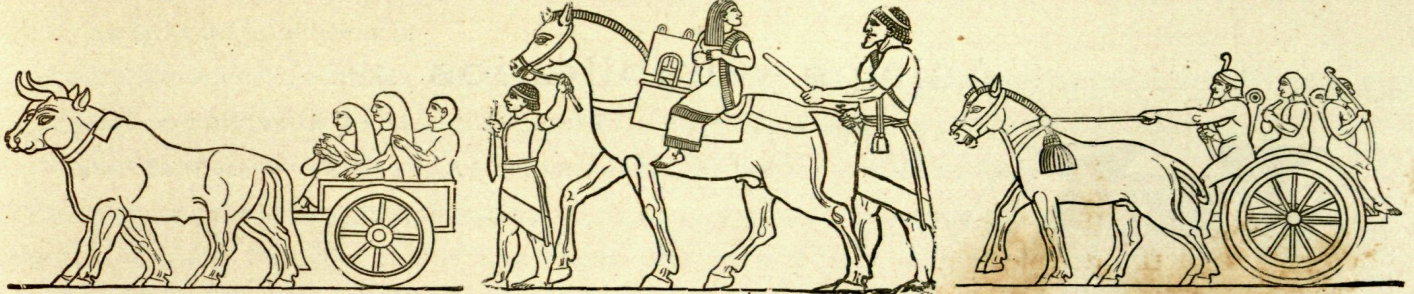
Fig. 16



pendido de los hombros por cadenillas de oro que partían de los ángulos y sujeto á la cintura por cintas de colores; llevaban, por último, casquete con una placa de oro y en ella esta inscripción: «Consagrado á Jehová.»

De armas, nada se ha conservado; se sabe, no obstante, que empleaban escudos de barras de madera ó de madera cubierta de cuero (12. 4), cascos, cotas de mallas ó de placas de bronce, cosidas sobre pie-

Fig. 17

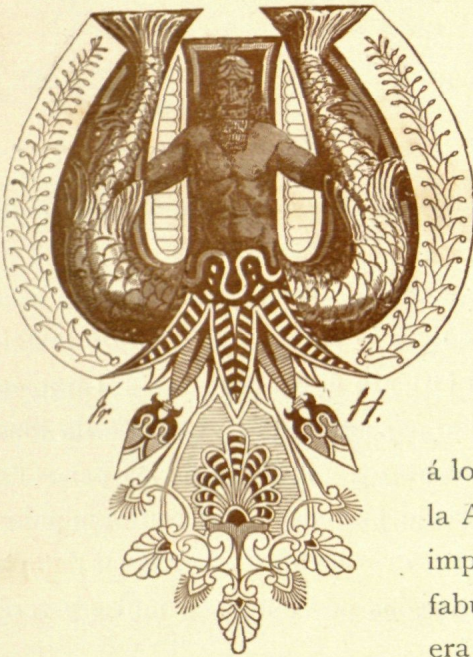


les; grebas y borcegués; espadas, lanzas, arcos, carcajes, flechas y hondas. Llevaban estandartes y banderas. Desde el tiempo de David usaron carros de batalla.

Nada nos resta tampoco de la industria de los hebreos; un fragmento de vasija esmaltada de azul translúcido, que se encontró en Judea, recuerda Egipto. Los vasos de lujo parece que eran de metal. Sólo representamos aquí algunos muebles usados todavía hoy en el Oriente árabe (12. 28. 35). También mostramos un antiguo trono egipcio, con respaldo redondo sostenido por leones (fig. 16), que da idea del trono de Salomón de que habla la Biblia. El candelabro de siete brazos y la mesa de los panes de proposición, de oro ambas piezas (12. 23) y pertenecientes á la época de Herodes, aparecen esculpidos en el arco de Tito en Roma. Los instrumentos de música (12. 29 á 32) usábanse en esta forma, en tiempo de David. Servíanse de carretas, de dos y cuatro ruedas (fig. 17), tiradas por bueyes ó mulas y rara vez por caballos.

III

Asirios y babilonios



ESTIGIOS, inscripciones, piedras, todo ha desaparecido del antiguo imperio babilónico, no quedando, por tanto, nada para reconstituir su historia. Babilonia, la capital, á orillas del Eufrates, fué fundada por los caldeos en terreno de aluvi6n: en su arquitectura no se emplearon más que ladrillos. No hay documento de escritura cuneiforme que nos hable de Belo, quien arrojó de allí á los árabes dos mil años antes de Jesucristo; ni de Nino, que conquistó la Armenia y la Media; ni de la poderosa Semíramis, que extendió su imperio hasta las márgenes del Indo y amontonó en Babilonia tesoros fabulosos. Lograron los asirios recobrar la independencia; su capital era Nínive, junto al Tigris, en una comarca en que las canteras permiti-

ían emplear una construcción monumental desconocida de los babilonios. A esta época pertenecen los restos arquitectónicos que se hallan en los Museos de París y Londres. Después de la destrucción de Nínive por los medos, Babilonia volvió á ser «la altiva Babel, martillo de la tierra,» sobre todo con el potente rey Nabucodonosor. En el siglo vi antes de Jesucristo, en tiempo de Darío, los persas la redujeron á cenizas. Los bajos relieves de alabastro con inscripciones que al cabo de dos mil años han vuelto á la luz, completan los documentos escritos y son auxiliares de la historia del vestido, de las armas, etc.

El traje de los pobladores de aquella comarca regada por los dos citados ríos, en la cual coloca la Biblia el Paraíso era de sencillez primitiva; no adquirió desarrollo sino gracias á elementos extranjeros; escogían de los vencidos más cercanos lo que más les convenía. El delantal y la camisa eran la vestimenta nacional de los asirios. La gente del pueblo llevaba camisa (13. 1) ceñida por una faja; la camisa de los ricos caía hasta los pies (13. 2. etc.), generalmente ceñida también y con borlas por abajo y algunas veces con dibujos. Los altos dignatarios llevaban la faja con franjas (13. 4 á 7); la calidad de la tela, la longitud y color de las franjas y el modo de ponérsela, indicaban la jerarquía de las personas. El primer ministro ó mayordomo tenía dos fajas con largas franjas (13. 4), una que rodeaba las caderas y que cruzaba al través por el pecho. El jefe del ejército usaba dos fajas en aspa (13. 5). El ancho de aquéllas disminuía según la posición social; las del escanciador ó copero, del escudero y del porta-abanico eran las más pequeñas (13. 6. 7); el porta-quitasol la llevaba con rica guarnición de borlas (13. 2). La pasamanería era el adorno característico del traje asirio; no hay pueblo que la haya usado tanto. La faja formaba parte de la vestidura real, así como la camisa de mangas cortas guarnecida de bordados y de borlas (13. 8. 9. 11. 14. 10). El manto era propio del rey (13. 8. 9); se componía del de los Aamu y el de los Ribu (9. 5. 7). Lo llevaban

los reyes adornado de franjas y con figuras tejidas de animales simbólicos (13. 14. 15). Desde el tiempo de Salmanasar los monarcas adoptaron el manto de los Ribú, que se componía de dos partes cosidas en los hombros (fig. 18. 2) y abiertas por los dos lados (13. 8) ó por uno solo (13. 9), en cuyo caso se levantaba por el lado sin abrir para dejar libres los movimientos del brazo. El manto estaba sembrado de estrellas de oro. Llevaba además el rey elevada mitra ó casquete de fieltro blanco, todavía en uso por aquellas tierras (15. 47 á 50); del borde inferior (15. 28) caían dos lazos de cinta color púrpura á los que se añadieron aros de oro y bordados; por último, empuñaban un precioso bastoncillo, tan alto como un hombre, que era el símbolo de la soberanía.

Como los reyes orientales, los de Asiria y Babilonia ejercían funciones sacerdotales. El traje regio sacerdotal se componía de vestidura interior, otra encima, mitra y cetro.

La vestidura interior era una camisa guarnecida de bordados y de borlas (13. 13); en la cabeza llevaban un casquete redondo y pesado adornado de cuernos. En los relieves asirios hay líneas que permanecen enigmáticas (14. 11).

Una tela de punto (9. 10) servía á los reyes de vestimenta sacerdotal; rodeaba, subiendo en espirales, el cuerpo, desde los pies hasta la cintura ó el cuello: en el primer caso (13. 12) era de corte triangular muy alargado (fig. 18. 3); el bias iba adornado de franjas ó tenía la forma de un rectángulo, cuya longitud era como cinco veces el ancho (fig. 18. 1); en el extremo tenía una abertura para la cabeza y una hendidura que la dividía en dos alas, larga la una y corta la otra y ambas guarnecidas de borlas; la tela iba arrollada en torno al cuerpo, de abajo arriba, de modo que correspondiese al cuello el sitio donde se había practicado el agujero para la cabeza, y se cruzaba en la nuca de modo que las dos alas, formadas por la hendidura para el brazo, cayesen sobre el pecho: el ala izquierda, que tenía el dobladillo del borde guarnecido de franjas, se tiraba á lo alto del brazo y cruzaba por bajo la cintura con el ala derecha. La envoltura corta (13. 12) tenía un pedazo de tela fuerte, provisto de un agujero para la cabeza, guarnecido de franjas por un lado que colgaba sobre los hombros. El rey-

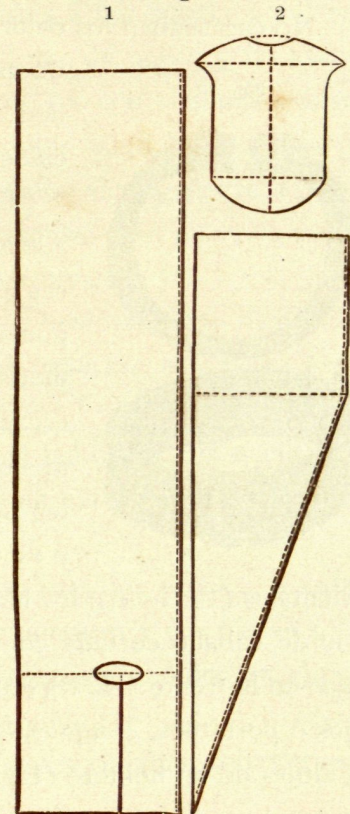
sacerdote usaba alto casquete adornado de plumas de colores y de cuernos en la frente (15. 51. 52), y dos cetros, uno en forma de hoz y otro en forma de maza ó bastoncillo con una bola en la empuñadura y una borla al otro extremo (16. 45. 16. 43 á 47). A la envoltura larga se le aplicaba un collar de figuras simbólicas (15. 13) y la mitra habitual. Había una tercera clase de envolturas sacerdotales (13. 14) que, á lo que parece, se ponía dando dos vueltas á la parte baja del cuerpo, de modo que la primera, subiendo por detrás, rodeaba el cuerpo hasta las nalgas y de allí hasta las caderas; en el dobladillo de abajo mostraba doble guarnición, por fuera de borlas y por dentro de franjas; así conforme era el movimiento se veían las franjas ó las borlas. Los sacerdotes de inferior categoría no llevaban más que un delantal con franjas (13. 16).

Los sacerdotes asirios llevaban, en las procesiones, máscaras de animales sagrados (18. 28, 29), pues á algunos de los dioses (18. 30. 31. 32) se les representaba bajo forma de animales.

Las esculturas de la época apenas nos procuran datos sobre el traje de las mujeres; el autor por lo menos no los conoce, aparte del relieve copiado aquí (19. 7), en el que parece haberse representado una figura femenina en traje asirio y que induce á suponer que eran iguales los trajes en los dos sexos.

Se tiene noticia de que el cuerpo de una divinidad femenina iba vestido de un manto de gasa teñido de rojo (18. 32) y que las sacerdotisas de esta divinidad vestían de análoga manera. También se sabe que

Fig. 18

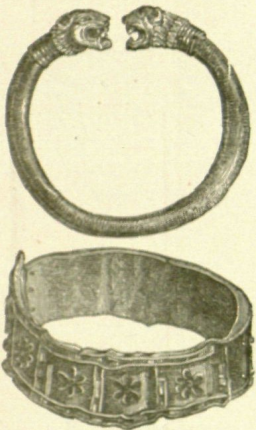


las damas distinguidas llevaban un velo de fina tela que sujeto por un aro á la cabeza caía por la espalda y envolvía en sus pliegues todo el cuerpo.

Asirios y babilonios cuidábanse el cabello y la barba; partíanse aquél por una raya, lo echaban tras de las orejas y lo rizaban en pequeños bucles. Se dejaban crecer la barba, la rizaban sobre el labio y en las mejillas y la partían, ya en bucles, ya en rizos colgantes. Los que no tenían barba natural se la ponían postiza y la solían entrelazar con hilo de oro para avivar su brillo. Teñíanse las cejas de negro y la cara de colorete y blanquete. El traje y peinado de los asirios correspondía á su doble carácter: la grandeza y el poder unidos á la molicie y la voluptuosidad. Por lo mismo sus vestiduras eran á la vez sencillas y recargadas, grandiosas y perfiladas. La guarnición que usaban de franjas iba ornada de ricos bordados representando figuras humanas, animales fantásticos, plantas y árboles.

No escaseaban los colores. Adornábanse la cabeza con diademas, las orejas con pendientes en forma de cruz ó de gotas, el cuello con collares de perlas y menudas placas de oro, los dedos con sortijas y el brazo y el antebrazo con aros en forma de cintas ó retorcidos con cabezas de animales (15. 11 á 43. Fig. 19).

Fig. 19



Los hábitos de caza y de guerra eran túnicas que caían hasta las rodillas; más adelante se generalizó el uso de calzones de recio tejido elástico (19. 2). Las túnicas citadas, de tela gruesa, semejaban á las camisas cortas que habitualmente se ponían (14. 1. 2. 3); llevaban también delantal, con largo colgante y franja, que metían por debajo del cinturón (14. 8). Llevaban vestas acorazadas de piel con escamas de metal (13. 17. 20), bandas de tela de color (13. 18. 22) y ropas igualmente acorazadas (13. 21) que cubrían todo el tronco excepto el brazo, yendo protegido el pecho por un tahalí cruzado en aspa (13. 20. 14. 3). Usaban casco, coraza y escudo. El casco adoptaba la hechura del casquete, común á todos los pueblos

orientales (15. 60. 67); los había de bronce y de hierro, semi-ovales y cónicos con puntas, con adornos de crin de caballo cortada como cepillo ó puestos como parchecillos á entrambos lados (15. 54 á 68), y con fajas en la frente (15. 61), dobles á veces (14. 1. 15), para hacer pasar los cabellos. Los escudos asirios eran fijos ó portátiles, compuestos de barrotes (16. 4) ó de cuero con placas de metal. Cada escudo de los de la altura de un hombre (13. 20. 16. 2. 3. 8) protegía dos arqueros que llevaban porta-escudo; los escudos iban sobre el hombro (16. 3) redondeados por arriba. El escudo de mano (13. 18. 14. 4. 7. 9. 10. 11), en forma de círculo plano ó cóncavo, estaba adornado con cabezas de animales y hebillas puntiagudas que, en la lucha, podían servir de armas ofensivas. Los jinetes montaban sin estribos, sin espuelas y sin silla, sobre una simple manta (19. 6). En un bajo relieve vése una silla alta, todavía usada en Oriente. El jinete llevaba casco semi-cónico y coraza de piel con escamas de hierro ó bandas de tela; la coraza de escamas parecíase á una *squamata* (16. 1); llevaban, por último, calzones de armadura y borceguíes. Había arqueros de á caballo (18. 36). El arma ofensiva era un arco cerrado en un estuche (16. 41. 42); el carcaj de los guerreros de distinción (14. 36. 37. 38) iba guarnecido de metal por el borde y adornado de colores y plaquitas de oro. El dardo (16. 36. 37. 38) remataba en cayado para que fuese el tiro más fuerte, ó en una punta, como regatón, para clavarlo en el suelo. El asirio de suposición no dejaba nunca la espada (16. 22 á 30) ni el puñal (16. 17 á 20. 29). Adornábanse empuñaduras y vainas con cabezas y uñas. Conocían el carro de batalla que se ve en los relieves del siglo XIII antes de Jesucristo (14. 9). Cerraba el coche un escudo, y una cubierta de color (18. 33) ó una varilla de metal (18. 35) unía la caja al árbol. Delante, sujeto á un largo palo, iba el estandarte de guerra, que tenía la forma de círculo ó de escudo (18. 34) é iba ornado de franjas y figuras simbólicas. A los caballos los cubrían con artístico atavío de pasamanería, cordones, bordados, franjas y borlas (18. 33. 36 á 39). Las preciosas esculturas que se conservan de aquel tiempo nos muestran catapultas y balistas (14. 9) destinadas á lanzar proyectiles al enemigo

y abrir brechas en los muros de las poblaciones sitiadas. Estas máquinas de guerra diferían poco de las de los griegos y romanos.

Los asirios eran gente cruel; arrasaban ciudades enteras, inmolaban millares de cautivos, los desollaban vivos y clavaban sus pieles en las murallas de la ciudad. Lleváronse los mejores obreros de otros países. Los utensilios asirios se diferenciaban poco de los del Asia Menor. Los vasos de barro eran de formas ventradas (17. 1 á 9); otros, de metal (16. 49 á 52) ó vidrio (17. 10 á 17), reconstruídos en parte con arreglo á las esculturas de entonces (17. 18. 19. 20), tenían contornos esbeltos. Las copas, los platos, las lámparas (16. 56. 57), los vasos de sacar el líquido (17. 22), las bandejas redondas (16. 54. 58. 59. 60) eran lisas y sencillas ó adornadas de filetes en zig-zag y de círculos estrellados, labrados á torno ó exornados de figuras fantásticas. Estos motivos de ornamentación, así como el árbol sagrado (15. 1 á 7) y el toro alado (19. 8), que se veían en telas y tapices, denotan la afición de los asirios á las figuras de airoso dibujo. Entre los vasos sacerdotales figuraban pilas de agua bendita en forma de sellos y de cestas (17. 21. 22); los altares eran como mesas con zócalo y el tablero rehundido (17. 25) ó con pies triangulares (17. 23), con las esquinas rebajadas y con garras por sostén. Delante de los ídolos había vasos con fuego en la punta de largas perchas (18. 13. 14. 15). Los muebles asirios estaban cortados en ángulos rectos; los pies de los de lujo y de los tronos (17. 33. 36. 37) terminaban en garras de animales ó en piñas de metal. Cada trono, con figuras formando soportes (17. 26. 27), tenía almohadones y un taburete (17. 29); la gente del pueblo se contentaba con bancos, escabeles y asientos de tijera (18. 2. 6), levantaba con zócalos las mesas y las sillas (18. 2. 10. 11) y su cama consistía en un bastidor relleno con cabecera encorvada hacia adelante y realizada luego (18. 1. 7).

Sus instrumentos de música eran la flauta, el tamboril, la lira (18. 16), el laúd de largo cuello y el arpa triangular (18. 17). Se han encontrado campanas de bronce (16. 48) y un embudo que servía de trompeta (16. 53).

Medían el tiempo por medio de cuadrantes solares y de hidróscopos. Conocían los espejos, los abanicos (18. 18 á 21) y las balanzas (18. 9), compuestas de un travesaño sobre montantes y dos platillos. Se consideran como pesos asirios unos leones de metal, de varios tamaños, provistos de anillos en el pesquezo (18. 8). Conocían igualmente el uso de la sierra, el arado, la azada, el azadón (18. 24 á 27), la segur, el hacha (16. 12 á 16) y la doble hacha. Servíanse de carretas (19. 1. 2) y los reyes viajaban sobre tronos portátiles (19. 8. 17. 36).

Los barcos de carga (18. 42. 45. 19. 3. 5) eran redondos, hechos con varas muy apretadas y herméticamente cubiertas de pieles; los dirigían dos remeros. Utilizaban también grandes balsas (19. 4), colocadas sobre odres henchidos de aire que impelían los nadadores (18. 45).

Por último, haremos notar que los asirios enterraban los muertos en un hueco lleno de cera ó de miel para impedir la descomposición. En sus nichos sepulcrales se han encontrado además cántaros con cenizas alineados.

IV

Los árabes

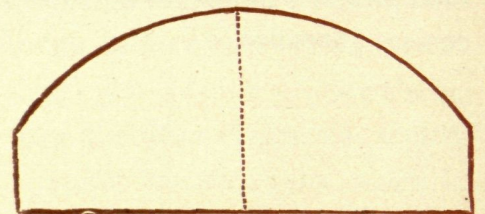


SIEMPRE, lo mismo en lo antiguo que en lo moderno, han conservado los árabes sus costumbres patriarcales, así como su traje, del que sólo guardan vestigios los monumentos asirios y egipcios. Este traje, en los tiempos más remotos, consistía en una pieza de tela que envolvía el cuerpo desde las rodillas á los sobacos (20. 2), ó que aplicaban como un delantal (20. 1). Usaban también un capotillo (fig. 20), que pasaban por debajo del brazo (20. 3), que es como los peregrinos á la Meca deben llevarlo, según los preceptos del Corán. Llevaban camisa muy holgada (20. 4. 5. 6), con ó sin mangas, ceñida ó abierta por los lados y sujeta al talle por un cinturón ó una faja. El manto de lana burda ó de pelo de camello (20. 4. 6. 7) de que habla la Biblia, como perteneciente al traje de los profetas y de los apóstoles, semejava un saco ancho, con abertura por abajo, agujeros para la cabeza y los brazos y abierto por delante; el Abas era de color crema ó rayado de negro, blanco, pardo ó azul. El chaquetón, los calzones y el calzado (26. 8), hechos de pieles sin curtir, constituyen hoy todavía el traje de los cazadores del desierto.

Su más antiguo cubre-cabezas fué una especie de pañoleta puesta al derredor del cráneo ó plegada en rectángulo y sujeta por una cinta atada en la frente (20. 2). La costumbre de echar sobre la cabeza una tela plegada triangularmente y atarla con un cordón data, según parece, de muy larga fecha (20. 4. 6. 7). En los monumentos antiguos, los árabes van descalzos; pero el sol abrasador del desierto debió de obligarles á usar calzado (20. 8).

No quedan trazas del vestido de las mujeres. Si se parecía, como el de hoy, al de los hombres, podría fácilmente describirse. La camisa (20. 9. 12 á 15. 21. 15) cae hasta los pies; es muy ancha, abierta en el pecho hasta el estómago y abrochada al cuello. Para trabajar, ó se arremangan ó sacan los brazos y atan las mangas á la espalda, de suerte que la parte alta del cuerpo aparece desnuda. Las mujeres de los beduinos, en las regiones inferiores del Nilo (20. 11), llevan una camisa que se compone de dos paños anchos, cosidos sobre los hombros ó á los lados, que dejan aberturas para la cabeza y los brazos; ciñe la camisa una faja colorada, levantada de modo que no embarace el andar. Dícese que el traje primitivo de las mujeres se ha conservado entre las kabilas, y en ellas, con efecto, están en uso las dos cubiertas

Fig. 20



que hemos descrito (20. 11). Los mantos son piezas de lana de tres metros de ancho por dos de largo (20. 2. 4. 5) y los emplean también para cubrir la cabeza (20. 4. 5): son negros ó azules con rayas amarillas y encarnadas. El tocado de las mujeres consiste en una pañoleta de lana (20. 9. 12. 13) anudada á la cabeza.

En el Antiguo Testamento se hace mención de la costumbre de velarse. El velo actual consiste en una banda de gasa negra ó de muselina blanca que cae á veces hasta los pies y que en la parte de arriba tiene el ancho de la cara (20. 14. 21. 15). Va sujeto debajo de los ojos por dos cintas, una de las cuales sube por la nariz, prendidas á un aro que rodea lo alto de la cabeza (12. 19) y cuyo borde superior está guarnecido de perlas en triángulo. La cinta de la nariz va adornada de monedas de oro y plata. Hay también velo para la cabeza (20. 11), que es una larga pieza de tela cuadrada, con franja por abajo, sujeta encima de la frente. Es general la costumbre de llevar anillos en las orejas, las muñecas, los tobillos y la nariz; el de ésta es de medio dedo de diámetro (12. 33) y lleva muchos abalorios de diversos colores y lentejuelas muy relucientes: lo atraviesan por la fosa nasal de la derecha y cuelga delante de la boca; para comer tiene que sostenerse hacia arriba con una mano.

Las mujeres del pueblo parten en dos trenzas los cabellos, entrelazándolos con cordones de seda, cada uno de los cuales remata en una borla; emplean placas pequeñas de metal (12. 18), campanillas y corales como adorno del tocado. Otras rízanse la cabellera encima de la frente; los hombres la trenzan ó la sujetan con una pañoleta. En tiempos antiguos se afeitaban la cabeza.

Según revelan los monumentos, las armas de los árabes eran una especie de dardo, maza, arco, flechas de madera, de cuerno y hasta de tendones de elefante, hacha doble, espada y honda (21. 9). La espada era de hoja aguda y encorvada y la suspendían de los hombros (20. 6). El uso de puñal, escudo y lanza empezó después de Jesucristo. El mango de la lanza es, hoy en día, de junco de bambú nudoso (27. 12. 13. 14) del alto de dos hombres, provisto del hierro y de dos bolas de paño revestidas de alambre. Todas las tribus llevan puñal y cuchillo (21. 5 á 8).

Los molinos de brazo y el telar forman parte de sus utensilios domésticos más antiguos. Para la fabricación de la manteca y la conservación de los líquidos emplean odres de piel de cabra; para sacar agua, cubos de cuero ó cáscaras de coco. Tienen también escudillas y platos de madera y sacos de lana.

Los árabes primitivos disponían solamente de camellos y de asnos; aquéllos servían para la guerra y para el acarreo de mercancías. Los arneses de los camellos, á juzgar por las esculturas asirias, parecíanse á los que hoy emplean (12. 16 á 20): montaban sin silla, con una brida pasada á través de las narices del animal.

Las habitaciones consistían, como en el día, en tiendas de campaña y chozas; la tela de aquéllas estaba tejida con pelo de camello; las chozas las hacían de ramas de palmera. En el Antiguo Testamento se las apellida tabernáculos.

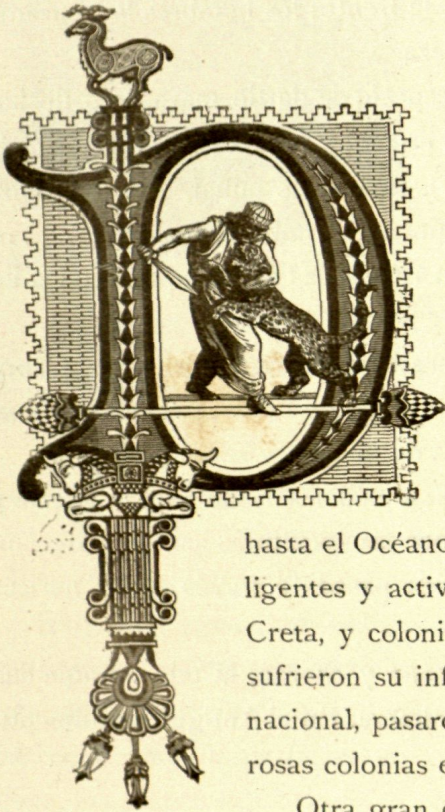
PUEBLOS ARIOS DE LA ANTIGÜEDAD

I

Medos y persas

II

Tribus del Asia Menor



En los antiguos continentes, cuya vida agitan dos corrientes diversas, del Oriente y del Occidente, aquél está representado por las ideas arias, éste por las ideas semíticas. En los países situados en la parte oriental del Mediterráneo entraron en lucha las costumbres de dos pueblos; la conmoción y los efectos de aquella lucha se propagaron por el Este hasta la elevada meseta central del Asia y por el Oeste

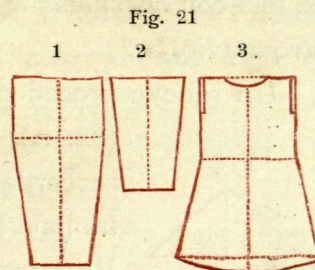
hasta el Océano Atlántico. En primer término se agitan los semitas. Los fenicios, inteligentes y activos, dominan por su comercio marítimo las islas de Chipre, Rodas y Creta, y colonizan las costas del Asia Menor, Grecia, Africa é Italia. Los griegos sufrieron su influjo, se apropiaron elementos extraños, y fuertes con el sentimiento nacional, pasaron á su vez al Asia Menor, conquistaron á Troya y poseían ya numerosas colonias en el siglo sexto antes de Jesucristo.

Otra gran corriente se manifestó entonces en los pueblos arios. Con la caída de Nínive, el poder pasó de la raza semítica á la aria, á los persas y medos por de pronto, los cuales unidos conquistaron el imperio del mundo, sometiendo cuanto era semítico y griego, hasta que los helenos, obligándoles á detenerse, derribaron por fin su poderío en Asia.

Los medos y los persas son de la misma raza que los indios, los griegos, los italos, los germanos y los celtas. Procedían del Este y se derramaron por las vastas mesetas que, subiendo hacia el Norte, á lo largo del mar, se transforman al cabo en barrancos poblados de árboles y en terrazas montañosas. Los medos colonizaron las comarcas inferiores, y las montañas del Norte y del Oeste y las orillas del mar las ocuparon los persas. El sistema montañoso del Elbrus separa dos mundos opuestos: en las vertientes meridionales, estepas y áridos desiertos; al Norte bosques, valles y verdes praderas. Ante tan notables contrastes de la naturaleza es como se explican las ideas contrarias de los antiguos persas, que ponían al

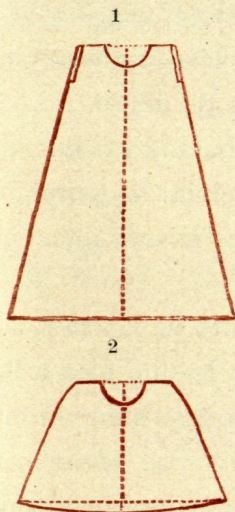
frente del orden universal los principios de vida y de muerte, de conservación y de destrucción á un tiempo mismo. Capitaneados por su osado caudillo Ciro, los persas invadieron los reinos medo y babilónico.

El traje primitivo de los persas consistía en una vestidura hecha de pieles, con la parte peluda al exterior; antes de Ciro no conocían ni el algodón ni la seda y usaban muy poco la lana. El traje nacional persa lo formaban justillo y calzón. A través del Cáucaso, al lado septentrional del mar Negro, á través de Europa hasta la Galia, extendíase en la antigüedad una serie de pueblos que llevaban calzón y se ceñían los vestidos; hacia el Sur, por el contrario, una serie de pueblos griegos y romanos echábanse los vestidos sobre el cuerpo formando grandes pliegues. El justillo y el calzón fueron para los persas lo que el delantal para los egipcios y la camisa para los asirios. El justillo (fig. 21. 3) cubría del cuello á las rodillas (21. 21 á 24), era abierto por delante, con mangas y sujeto por un cinturón (fig. 21. 2). Más adelante los persas confeccionaron sus trajes con telas de colores (fig. 21. 1). Desde el principio reemplazaron el calzón de cuero por pantalón de color y largas medias de cuero (21. 22). El calzado consistía en una especie de zapato con cintas (21. 21. 26) que adornaron con un lazo (21. 36. 22. 5). Después de la toma de Ecbatana llevaron zapatos de todos colores. Durante el reinado de Jerjes se pusieron en moda los borcegués con los bordes de colores abigarrados (21. 34).



Los persas se cubrían con sombrero-banda (21. 27), con casquete de cuero con la punta redondeada, barboquejo y visera en la nuca (21. 22). Las tropas que invadieron el Asia Menor cambiaron este casquete por el gorro frigio (24. 2. 3. 4), que se llevó entonces en toda la costa del mar Negro y del archipiélago. Este gorro consistía en una punta redondeada sobre una especie de cofia con orejas que caían sobre los hombros. Más adelante usaron sombreros cónicos rodeados de una banda de dos colores (21. 34).

Fig. 22



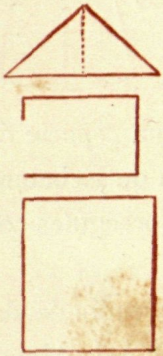
En los antiguos monumentos persas no se halla rastro de traje femenino; supónese que era más ancho y más largo que el de los hombres.

El traje medo en nada se parece al persa. La vestidura usual de aquéllos era lengua túnica cuya cola recogían por delante con cintas ó lazos ó por un cinturón (21. 28). El delantero y la espalda estaban cortados de igual modo (fig. 22. 1); las mangas eran postizas y de un mismo corte; á esto llamaban el *kandys*, traje nacional que usaban así nobles como plebeyos. Para la corte lo instituyó Ciro; pero como las mangas por lo largas resultaban incómodas, las sujetaban á los hombros. Poníanse también el *kandys* sin mangas (21. 26. 32).

Para la guerra siguió en uso el traje nacional ajustado (22. 3. 5); solo el rey llevaba, como sobrevesta, una túnica de púrpura con ancha banda blanca, que era la insignia de soberano (21. 29. 36). Además eran insignias reales la *kidaris*, casquete bordado de oro, y un largo bastoncillo. Con este traje medo y con la barba dispuesta al modo asirio representan al monarca las esculturas de Persépolis (21. 29). En las monedas de plata de los Seléucidas se ve una *kidaris*, con corona dentellada, bajo de un gorro frigio (22. 18). El rey llevaba en el combate ropilla corta (21. 36) y pantalón carmesí, ambas piezas adornadas con chapitas de oro y buitres bordados, también en oro, manto azul y rico cinturón. El último rey de Persia llevó, según parece, casquete cilíndrico, cubierto de una tela blanca, en la batalla de Issus (23. 2). El casquete (21. 30. 22. 10) era el presente que habitualmente ofrecían los reyes á los sátrapas y á los favoritos. Se hacía de tela blanda, con un aro de metal, y poníase dejando visibles los cabellos sobre la frente. El rey y sus parientes servíanse también del sombrero cónico rodeado de tiras blancas y azules. Las personas del cortejo real llevaban el *padom*, especie de saco con capuchón que cubría cabeza, rostro, pecho y espalda (21. 31).

El sacerdocio y la justicia estaban confiados á los magos, cuyo jefe era el rey. Presidían los sacrificios que diariamente ofrecía el monarca al sol y al fuego. El traje de los oficios religiosos era blanco y el de gala, púrpura. El gran sacerdote (21. 33) se distinguía por llevar una cañita con un botón de oro, un gorro cilíndrico y un cuello de púrpura. Este cuello semejaba al de los medos (fig. 22. 2), pero era más ancho, y la parte delantera caía debajo de la empuñadura del cuchillo del sacrificio, que iba en el cinturón. Los sacerdotes de menor categoría (21. 35) llevaban camisa y cinturón; éste consistía en ancha faja de tela con las caídas metidas para dentro; el cinturón *kosti* era peculiar de los magos y no podían usar otro atavío.

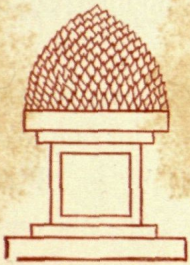
Fig. 23



Un relieve procedente de las ruinas del palacio de Persépolis representa gentes que traen regalos (22. 22). Su traje ofrece mezcla de elementos persas y hebraicos; la vestidura de encima recuerda el *ephod* de los hebreos, tiene capucha y cuello de igual forma y va adornado de franjas (21. 34). El origen semítico lo recuerdan las trenzas detrás y delante de las orejas. El gorro es parecido al casquete cónico de persas y hebreos. La vestidura de encima se distingue del *ephod* judío en que la pieza que cubre el pecho no es del mismo tamaño que la de la espalda (fig. 23). El traje dibujado más arriba con arreglo á los relieves asirios (12. 10. 15) es semejante al de una figura que se ve en un pilar del castillo real de Pasargarda (22. 21), pero el de ésta no lleva cuello. Aquel es sin duda un retrato de Ciro, á pesar de llevar el tocado de los Faraones.

Los medos y los persas cuidábanse los cabellos; los dejaban caer largos sobre la nuca ó los rizaban; en cuanto á las barbas les gustaban medianamente largas; sólo se las rizaba el rey. Teníase por vergonzoso no tener cabellos ni barbas, y si carecían de ello se lo ponían postizo. Resguardaban las barbas mediante un estuche especial. Usaban afeites en el rostro y se teñían las cejas de negro. Poco á poco, el lujo que trajo consigo el inmenso botín que aportaron de Ecbatana y Babilonia acabó por destruir la fuerza natural de los pueblos montañoses de Persia: los primeros reyes se adornaban el cuello con cadenas de oro y se ponían aros del mismo metal en los brazos, aretes en las orejas y sortijas con sello en las manos.

Fig. 24



La inmensa extensión del reino persa no permitía el mantenimiento de la autoridad sino mediante un ejército apercebido siempre para el combate. Por lo que toca á las armas de aquél, las reproducciones de bajos relieves de Persépolis, expuestos en el Louvre y en el Museo Británico, pueden servirnos de guía. Las defensivas se aproximan más á las europeas de la Edad media que á las asiáticas. Véase allí el casco de placas móviles (22. 19) que da idea de los cascos de tablillas del Renacimiento. Usaban poco cascos y sombreros de cuero (21. 27) y mucho el gorro frigio y el casquete provisto de corredera (22. 16). Parece que son auténticos y de aquel tiempo los cascos de forma etrusca (22. 17), el casco con orejeras y visera en la nuca (22. 12) y los cascos guarnecidos de plumas (22. 13. 14). La guardia del rey llevaba corazas de bandas de tela ó de escamas de metal (22. 6) con brazales y grebas, y piezas para cubrir el pecho y la espalda. Una de estas corazas se componía de un pedazo de cuero con un agujero para la cabeza, de suerte que los dos extremos caían sobre el pecho y la espalda, ciñéndolos al talle un cinturón. La masa general de los guerreros llevaba el traje de cuero con escamas en la parte superior (21. 27). Los escudos rectangulares eran tarjas fijas hechas de palos apretados y tan altos como un hombre; los redondos ó rodela eran manejables y de cuero con refuerzo de metal. Los de los guardias reales (22. 3. 4), de forma de violín, se parecían á los escudos beocios. Más adelante los usaron en forma de losange ó rombo, conforme se ve en la escultura de una roca situada cerca de Baviona (22. 29). La espada (21. 23. 22. 3) era corta, ancha, recta, de dos filos y la llevaban á la derecha: la vaina iba sujeta al cinturón por un anillo. Los jefes usaban sable corvo y á la izquierda (21. 36). Como armas ofensivas empleaban además mazas, dobles martillos (22. 23. 24) y

puñales. Los persas libres no soltaban el arco ni en la corte; el estuche (22. 4. 30) servía de carcaj, y de la cerradura del mismo colgaba una especie de disciplinas. Había carros de batalla que en la lanza y en los cubos de las ruedas iban armados de largas hoces (22. 8). La bandera del reino era, ya un águila rampante en campo de oro, ya un estandarte cuadrado con el águila de oro asimismo. Para las señales se valían de cuernos y trompetas.

Los medos tenían muchas particularidades que los distinguían de los persas. Sus escudos, de hechura de violín, eran de madera forrada de cuero ó de placas de metal; llevaban el arco al hombro. Los sakes, pueblo nómada escita, usaban altos sombreros puntiagudos; su larga cabellera caía sobre la espalda (63. 1); llevaban arco, puñal y el hacha de combate de las amazonas (24. 32). Los jinetes combatían con el arco y se ponían la coraza de tela sobre la camisa. La caballería pesada usaba cascos de tablillas de metal forjado (22. 19), corazas de bronce bajo el *caftán* de púrpura, y broqueles. Los caballos, herrados, llevaban planchas en la frente y armaduras en el lomo y los jarretes; recogían las crines con un anillo y los arneses iban guarnecidos de rosetas y campanillas.

Los vasos persas, en lugar de ser redondos como los asirios, son esbeltos en forma de carcaj y con aros (23. 18 á 22). Los asientos y tronos están adornados con figuras humanas y cabezas y garras de animales fabulosos (23. 23. 26. 28). Los altares de holocausto más antiguos (fig. 24) tenían la forma de un dado sobre dos gradas.

Una escultura en las rocas de Pteria (Capadocia) nos representa acaso el traje de los gálatas; una de las figuras lleva casquete, delantal, zapatos de pico, maza y hacha doble (23. 16); otra lleva faldas y un gorro redondo (23. 13). Según la tradición, los gálatas eran tan insensibles á la crudeza del clima que

iban medio desnudos. Véase además en dicha escultura otra figura casi afeminada (23. 15), con luengo ropaje, zapatos de pico y sombrero muy adornado, del que cae una banda que se sujeta en el cinturón; lleva también un bastoncillo de muleta.

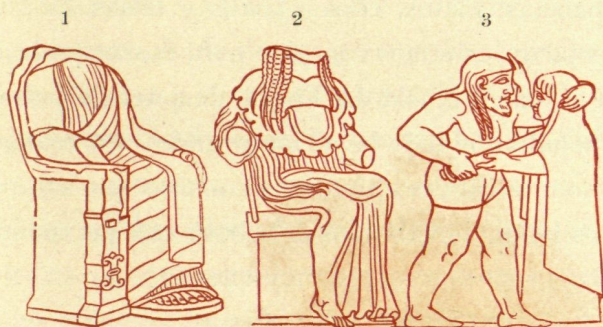
Los pueblos que se dilataron por las orillas del mar Negro servíanse de ropas abigarradas y de pieles, de botas altas, calzones y mantos (23. 9 á 12).

El estilo asirio no es original; procede de los modelos egipcios. Se han encontrado figuras y formas egipcias en vasos de bronce (15. 3. 4) y de plata procedentes de las ruinas de Nínive y de Babilonia. Los activos fenicios trasladaron el impulso artístico desde el fondo del Asia hacia el Oeste. Hállanse en todas sus estaciones multitud de objetos de metal, de piedra, de barro y tejidos, marcados con el mismo sello asiático. En las antiguas copas de plata de Chipre véese mezcla de ornamentación asiria y egipcia. Los grifos que hay en una de las bandejas doradas (10. 8), el rey que doma un león, el árbol sagrado que separa los grupos (15. 1. 7) representan á Nínive; por el contrario, la copia de la victoria de Ramsés II, en Abusimbel, donde el rey aplasta á sus enemigos y blande la espada-segur sobre Harmachis, así como el halcón de la victoria cerniéndose, son emblemas que hallamos en los relieves egipcios. Una bandeja de plata encontrada en Amathonte (isla de Chipre) descubre iguales elementos artísticos: las diosas Isis y Nephthys, el niño sentado sobre la flor de loto, son egipcios (10. 7); en el borde se ve el asalto de una fortaleza, egipcia también, y combatientes cuyo tipo es helénico, lo cual se reproduce en el fragmento de un vaso hallado en Micenas (figura 33). La separación de las figuras está marcada por cintas y por el jeroglífico del agua. Este carácter decorativo nótese igualmente en los objetos fenicios, sobre todo en los del rico botín que nos ha procurado una tumba cerca de Cœre, en Etruria; véense allí animales fabulosos asirios y dibujos de árboles. En

Fig. 25



Fig. 26



escudos de bronce (16. 59. 60) hay círculos, filas de bolas, ondulaciones y animales fabulosos; en vasos de tierra cocida, líneas, zigzags, cintas y espirales (26. 27. 28. 33 á 46).

Si de los objetos de arte industrial pasamos á los de escultura de la misma época, encontraremos también, al lado del estilo asiático, huellas del indo-germánico. El retrato de Ciro, en Pasargarda (22. 21), nos suministra la prueba, y también la serie de figuras de Darío en el Bisutun, las figuras grabadas en las rocas de Pteria, en el friso de Assos (fig. 25), las figuras sentadas de Mileto (fig. 26. 1), las estatuas de la isla de Chipre (fig. 27), donde dejaron señales de su paso los egipcios (fig. 28); el retrato de Sesos-

tris, cerca de Nimphi, el monumento de las arpías, en Xanto, la puerta de los leones en Micenas, la Atenea sin cabeza de la entrada de la Acrópolis de Atenas (fig. 26. 2) y las antiguas metopas de Selinonte, en Sicilia.

Los hallazgos hechos en los escombros troyanos de Hissarlick, muestran á los karios, aliados de los fenicios, como autores y maestros de la antigua cultura helénica. Allí encontramos ensayos de ornamentación artística en una especie de peonzas de barro que probablemente eran unos bolillos para dar peso á las redes; encontramos allí asimismo puntos grabados, líneas rectas, en zigzags ó en círculo, pequeñas fajas en cruz, círculos trazados unos dentro de otros, con los intervalos llenos por radios y líneas arqueadas que serpentean desde el centro á la periferia. En las tentativas hechas para representar un objeto cualquiera nótase que falta destreza á la mano. Los demás objetos de barro cocido están adornados lo mismo: son vasos de toda especie (26. 18. 19. 21. 29), desde escudillas hasta jarrones de enorme capacidad, cántaros, macetas, platos, copas, jarros y urnas. Son de notar especialmente los jarros esféricos con pico para escanciar desde muy alto y que vieron la luz en la isla de Thera, después de permanecer cuatro mil años sepultados bajo lava; los grandes con mangos en forma de cuerno, y hondos cálices cilíndricos con asas que bajaban hasta el suelo en ambos lados; llevábanlos á la boca con las manos. Los más notables son las urnas con rostros humanos (26. 19); en ellos se ven ojos redondos, cejas arqueadas, narices prominentes y senos

redondeados. La labor artística es tan cándida que antes parecen caras de buho que de persona. Se han encontrado también vasos para beber con y sin máscaras para el rostro, sobre las bocas de los cuales se volcaba, á guisa de tapa, un cubilete (26. 30. 31). El color es rojo brillante y á veces negro ó castaño. Entre los objetos troyanos que se han descubierto hay algunos adornos de cabeza, de oro (26. 12), trabajados con primor, que nos permiten explicar el pasaje de la *Iliada* que describe un atavío igual de Andrómaca, de luto. Consiste en una cadena fina de la que colgaban noventa cadenillas con menudas placas en forma de hojas; ocho cadenillas, en cada extremo, son dobles que las otras; los extremos, que son placas de oro en forma de semicírculo, se estrechan hacia el medio y ensanchan por abajo. Este adorno se ponía en torno á la cabeza, de suerte que las cadenillas más largas caían por las sienes á los hombros, mientras que las demás cubrían la nuca. Los pendientes (26. 26) se componían también de cadenillas, los aretes (26. 13. 14. 15. 20. á 24) se parecían á sortijas abiertas y terminaban en punta; á menudo parecían recortados en varios sitios ó provistos de hebillas ó bordados de perlas. Citemos, por fin, varios tazones (26. 22. 32), uno de ellos macizo en forma de nave (26. 32) con asas, y grandes y pequeños vasos de plata parecidos á los de barro (26. 30. 31).

El arte mixto de oriental y de europeo se nos muestra en su mayor perfección en las tumbas halladas

Fig. 27



Fig. 28



cerca de la puerta de los leones en Micenas. Es un arte extraño, bárbaro y, sin embargo, bello. Regocija seguir el juego de líneas enlazadas que componen el único ornamento de los objetos de oro (27. 13, 20, etc.); contemplar las gentiles mariposas (27. 9. 23); las figuras de pólipos de correcto estilo (27. 11); los modelos semejantes á estrellas de mar y las imitaciones de hojas de plantas diversas (27. 28). La mayor parte de estos modelos están tomados de la vida marítima, pues sólo un pueblo que andaba de continuo por el mar podía hallar tipos semejantes. En los vasos de barro (fig. 29) veíanse, á más de otros adornos lineales y de plantas, el nautilus, estrellas de mar, conchas y aves de costa. Lo que más sorprende en los adornos miceneos es el pólipo (27. 11); en todas las islas que, antes de ser helenizadas, estaban ocupadas por los karos, hállase este monstruo marino de múltiples trazos, tallado en la piedra ó pintado en los objetos de cerámica. El pólipo se ve en un vaso de la isla de Creta cubriendo todo el reverso con sus brazos tortuosos. Entre los objetos miceneos de oro es de notar un ídolo de Afrodita, figura femenina con pichones en la cabeza y en los hombros. La doble hacha de los karos aparece en diferentes piezas artísticas (28. 26).

Los karos tenían la costumbre de enterrar los muertos armados de todas armas, como en Micenas. Los sepulcros estaban tallados en las rocas y un pozo perpendicular les servía de entrada. Depositábanse allí los cadáveres sin ataúd; sobre las caras de los muertos se han encontrado máscaras de placas de oro repujado (27. 30). Estas máscaras denuncian una de las costumbres de los fenicios, los cuales la habían tomado de los egipcios, que doraban las figuras de los féretros de sus momias (17. 47). Los adornos de las fajas de la frente y de las diademas (28. 1. 2. 3), los brazaletes (27. 36) y otras alhajas de oro, de plata, de cobre y de bronce, recuerdan el arte fenicio.

Guerrero debía de ser y fastuoso el pueblo que podía envolver los regios cadáveres en hojas de oro desde los pies á la cabeza y guarnecer las tumbas como salas de armas. En una de estas tumbas se ha descubierto el esqueleto de un hombre, de vigorosa musculatura, con el rostro cubierto por pesada máscara de oro; sobre su pecho reposa una placa también de oro, adornada de espirales (28. 19); rodea la muñeca un brazalete de oro (27. 36), como el cinturón, al que está sujeta una espada de bronce de dos filos (28. 28) con pomo de cristal y empuñadura de oro (28. 44), siendo de este metal los botones que, puestos en fila (28. 29), adornaban la vaina de madera, completamente estropeada. «Hebillas de oro brillaban en la vaina,» dice Homero describiendo la espada de Agamenón. Los accesorios de los otros cadáveres encontrados en la precitada tumba estaban también cubiertos de recias chapas de oro (27. 20. 23. 34) y de estrellas de oro igualmente (27. 50. 53). Máscaras, diademas, placas del pecho, cinturones (27. 41), sortijas, aretes (27. 42. 43), botones (27. 26, etc.), vasos, copas y bandejas, todo era de oro ó de plata macizos (28. 15). Nuestras láminas reproducen la mejor parte del tesoro miceneo, por desgracia deteriorado. Ved los adornos grabados en sortijas de caballero (27. 45. 46. 28. 26); el trabajo no es de gran valor artístico y harto difícil de descifrar (fig. 30). En una de las sortijas véñese mujeres y niños entre flores y frutas (28. 26); sus trajes se parecen á los de las mujeres de los retenuu representadas en los monumentos egipcios. Dicho traje se componía de muchas faldas (9. 12), las de debajo más largas que las otras y sujetas por un cinturón. En el grabado en piedra de que hablamos sólo los niños van vestidos de este modo; las mujeres llevan pantalón y las faldas están separadas, correspondiendo á cada pierna las suyas. Se supone que llevaban un pantalón debajo sujeto al tobillo por un aro. En la parte superior del cuerpo no se ve ropa alguna y sí únicamente un adorno de cintas en el cuello. Les cubre el semblante una especie de careta; aun en el día, las mujeres de la isla de Cydnos protegen su tez con una máscara de los ardores del sol. Las retenuus están representadas con largos guantes (9. 13). El tocado consiste en un turbante que acaba en

Fig. 29



punta con una borla bordada de lentejuelas; rodea el borde una diadema de oro ó una banda de tela con dos nudos en la nuca. El turbante era desconocido de los retenuu. El traje masculino, conforme se ve en los otros dos caballeros (27. 43. 46), es diferente del de los retenuus; semeja más bien al delantal egipcio. Es de notar un gigantesco escudo que recuerda el de Ajax; Homero lo compara á una torre.

Los pueblos que seguían el águila de oro de los Aqueménides formaban la transición de la civilización oriental á la de los helenos. La Troada pertenece por su suelo antes á Europa que al Asia; una cadena de montañas la separa del centro del Asia Menor, y se inclina al Hellesponto, abriéndose hacia Europa. Los tracios y los eolios tomaron en seguida posesión de la costa. Es lo probable que los últimos fuesen los que comenzaron la helenización. Los objetos encontrados en Troya no recuerdan lo que Homero nos dice «del rey experto en el manejo de la lanza y de las mujeres de Ilión con vestidos de

larga cola.» Homero considera las razas que desaparecieron con los ojos del poeta; transporta la suntuosidad asiática de atavíos á pueblos que, siglos antes de él, habían combatido en la Troada. Homero y los pintores de vasos nos dan, en la máscara de los troyanos y los aqueos, una imagen muy clara del traje de sus contemporáneos greco-asiáticos, especialmente de los frigios y los lidios. Los frigios eran considerados como el pueblo más antiguo de todos; en la tumba de Midas, rey frigio, hállase una inscripción que indica que la lengua frigia pertenecía al idioma ario ó indo-germánico. Las fronteras

Fig. 30



frigias fueron invadidas al Norte por los capadocios, de origen ario, que se extendieron hasta el mar Negro, y al Oeste y al Sur por pueblos igualmente semíticos. Así se constituyó el Estado lidio en tierra frigia.

Nos faltan documentos plásticos referentes al traje frigio, pero hallamos datos sobre él en la literatura y arte griegos. En la época de Homero la diferencia de ropas entre uno y otro sexo no era muy marcada. Los frigios y los lidios usaban un ropón con mangas, amplio, plegado y rozagante, sujeto al pecho por un cinturón (24. 2), y un capotillo de pieles. Hasta después de Homero y por efecto de la influencia persa no acortaron las vestiduras (24. 1) ni llevaron pantalones (24. 3 á 7). Este traje se propagó por la costumbre de ponerse dos ó tres piezas de cuerpo, de las que una sola tenía mangas (24. 4. 6); los pantalones eran estrechos, el justillo se parecía al de los persas (fig. 21. 3).

Las tribus del Asia occidental dieron á su vestimenta tonos claros y brillantes y la enriquecieron con placas de oro (27. 20. etc.). Los habitantes del Asia Menor sobrepujaban á los orientales en el lujo de las ropas, que eran siempre bordadas con dibujos multicolores ó estaban cubiertas de plaquitas y estrellas de oro. Gustaban del blanco brillante, el amarillo, el púrpura oscuro y la escarlata preparada con la flor del árbol *semidise*. En la época romana el traje ceñido se ensanchó; reemplazó al justillo holgada camisa con mangas, un tanto sacada por encima de un cinturón interior y fruncida en la cintura con otro exterior (24. 3), y se usó un gran manto cuadrado echado sobre un hombro y abrochado al opuesto. Llevaban zapatos abigarrados, con medias como forro. El gorro frigio, con el que cubrían la cabeza, era un casquete alto, casi cónico, con la punta roma, relleno y doblado hacia adelante: por la parte de la nuca bajaba ancha caída, á los lados tenía orejeras que se ataban bajo la barba, se arrollaban sobre las orejas ó se escondían bajo una venda de la cabeza (24. 2 á 4). Los hombres llevaban pendientes y adornos en el cuello y las muñecas.

El traje femenino cambiaba tan poco que en tiempo de los romanos era casi el mismo que en los tiempos de Homero. El *chitón*, prenda pegada al cuerpo, estrecho, largo y de mangas ceñidas, usábase con ó sin cinturón (24. 11. 12); el manto caía de modo que dejase un brazo libre. Las mujeres de los

colonos griegos trataban de confundir el traje nacional con el traje lidio (24. 8. 16). Tanto los femeninos como los masculinos tenían guarniciones bordadas de colores y lentejuelas de oro relucientes, anchos adornos en la frente, gorro de red, bandas y calzones (24. 11). Las sandalias usábanse únicamente para salir. A los lidios les agradaban las armaduras exornadas pomposamente. Las grebas (25. 2. 36. 50), de bronce ó estaño, eran de una ó dos piezas y se sujetaban por aros, á menudo de plata (28. 27). La coraza era de dos piezas de placas de bronce repujado (36. 35), ó de bandas de metal clavadas sobre cuero (25. 2); sujetábanse bajo los brazos por corchetes y sobre los hombros por tiras de cuero (25. 15. Fig. 31), y quedaban cerradas por el cinturón. Bajo de la coraza, para amortiguar la dureza de la presión, usaban justillo de cuero ó fieltro, cortado en bandas en los sitios descubiertos (25. 1. 2. 15. 17), y por abajo una chapa de hojalata cubierta de lana sobre el abdomen. Las corazas egipcias de lienzo estaban también en uso (2. 9). La tela de punto que ceñía el cuerpo iba guarnecida de adornos metálicos y se llevó pri-

Fig. 31



Fig. 32

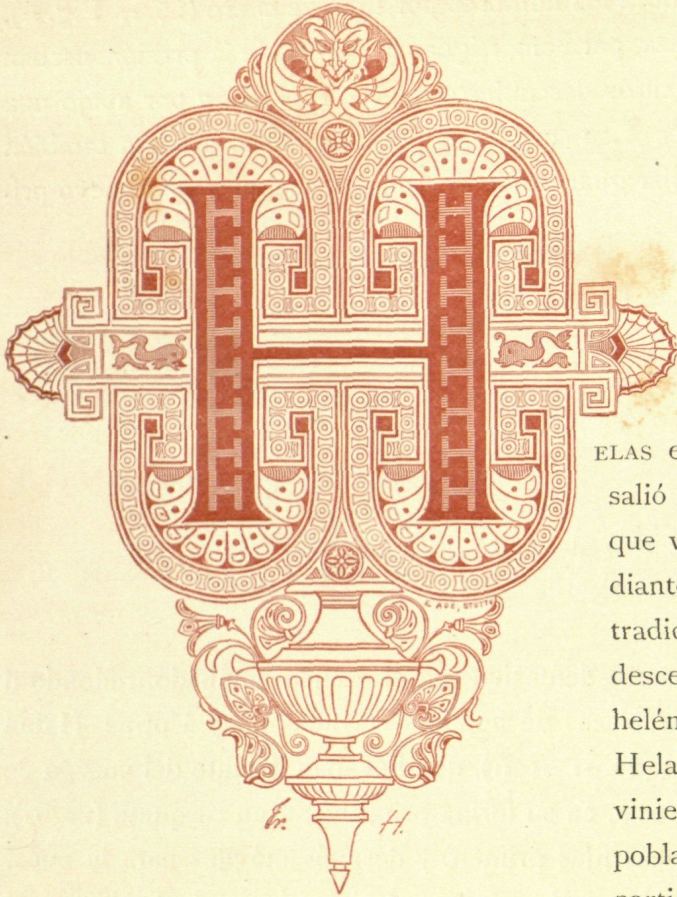


mero bajo de la armadura y después sola (25. 3). El arma defensiva era el escudo combado, redondo ú oval (25. 1. 4. 36. 29), de piel, con borde metálico ó de placas de hojalata clavadas unas á otras. Había también el broquel de mano, en forma de media luna (24. 28. 30. 31), que llevaban delante del cuerpo de modo que dejase libre la vista (25. 2). El casco se parecía, en su forma primitiva, á un casquete (24. 17); no tenía cimera, pero sí baberas; se le añadieron placas fijas primero y después móviles para la nuca, las mejillas (24. 18) y las orejas (24. 24) y un raro adorno de cuernos. Imitóse luego la hechura del gorro de uso común (24. 19) y se añadió un aro de hierro con una larga crin, según la costumbre karia (25. 13 y otros). Sólo los príncipes llevaban armadura completa, sobre la que se echaban una piel de animal ó un manto ricamente bordado. La espada (25. 2) era corta, puntiaguda, de dos filos, é iba al lado izquierdo en su vaina y no en el cinturón sino en tahalí (25. 15). El hierro de la lanza tenía un tubo en el cual se introducía el palo. El arco era de asta ó de dos astas curvas unidas por una recta en el centro (25. 3); las flechas eran de madera ó de caña con una sola pluma y la punta con picos por debajo. El carcaj (24. 33) iba suspendido á un tahalí, al alcance de la mano y puesto de través sobre el hombro (25. 3). Queda por citar la honda, la maza, el hacha y la hacha doble, que era el arma favorita de los reyes lidios. En los tiempos posteriores ya no emplearon carros de batalla (fig. 32. 1).

Mencionaremos las amazonas, los hombres-mujeres que en la *Iliada* figuran como aliadas de los troyanos. En los vasos griegos se ve que las amazonas llevaban traje pegado al cuerpo con dibujos multicolores ó plaquitas de oro (25. 5. 7) y pantalones adornados de la propia manera: usaban gorro alto puntiagudo ó á la frigia con vendas. Gastaban zapatos y manto ó sencillamente una piel. Por armas tenían escudo de media luna, escudo redondo, arco, lanza y hacha doble. Es de notar que la ropa ceñida de los lidios está en contradicción con la holgada de las razas sarmáticas (25. 6): quizá sólo ha existido en la imaginación de los artistas griegos. De los vestigios históricos se infiere que la forma de los utensilios en el Asia Menor se desarrolló al compás de la influencia greco-asiática; prueba de ello son los hallazgos troyanos, miceneos y griegos (26. 1 á 11. 33. 34. 35).

III

Los griegos



ELAS es el país donde la civilización, encerrada en Egipto, salió libremente. Los helenos educaron la de los pueblos que vinieron después, creando y sosteniendo el ideal mediante las obras que dejaron. Lo que sabemos sobre las tradiciones de los primeros griegos, de la extensión de sus descendientes y de las emigraciones de las cuatro familias helénicas, es muy problemático. El hogar de donde salieron Helas é Italia parece que hubo de ser la Frigia. Sea que viniera una presión del Asia Central, sea que el exceso de población hiciese la emigración necesaria, es lo cierto que partió de Frigia un enjambre de pueblos y se dirigió hacia

el Oeste; fuéronse unos á Italia, á través del Hellesponto; otros á Macedonia, Helas y el Peloponeso, donde se establecieron y cultivaron la tierra. Eran éstos los pelagos, que bajo diferentes nombres reaparecen siempre como elemento fundamental, y los dorios, que permanecieron desde el principio al Norte de Helas en las montañas. Otro pueblo se extendió por el Sur, los jonios, que errantes de isla en isla, fueron al cabo al Este de Grecia, al Ática. Los jonios hallaban en todas partes á los fenicios y á los karios, pero como eran también osados navegantes, siguieron las huellas de sus rivales hasta la Siria y el Egipto, y poco á poco, mas con firmeza, sus costumbres, afinadas por el culto á lo bello, triunfaron del culto sangriento de los fenicios. En los cantos de Homero no se habla todavía de luchas entre los jonios y los mercaderes y piratas de Sidón y de Tiro, pero barrúntase que ha de estallar una revolución fatal para los fenicios. Los dorios, guerreros por vocación, no podían reposar en las cordilleras de Helas; conquistaron la Argólida, la Laconia, la Mesenia y las colonizaron, mientras que los pueblos lanzados de allí por las derrotas, los aqueos, buscaban nuevo domicilio á la orilla meridional de la bahía de Corinto, á la que dieron el nombre de Acaya, y otros expulsados, los eolios, hallaban otra patria en el Ática y en los distritos de las costas de la Beocia. Los aqueos, que era la tribu más importante, así como los eolios, fueron lentamente desapareciendo y quedaron los dorios y los jonios como nuevos dominadores de la Grecia. Estos fueron los autores de la nueva vida intelectual, desprendida de la primitiva civilización de Oriente, y que se desenvolvió en obras innumerables de inimitable perfección. Los griegos, después de rechazar los ataques de los persas, hubieron de ponerse al abrigo del poder de los orientales

por causa de su completo aniquilamiento. Abrían así á su arte, á sus ciencias, á sus costumbres, á su lengua y á su administración el vasto campo del Oriente.

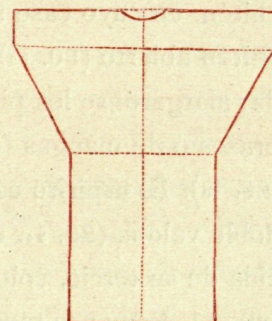
Los trajes de los griegos, los millares de objetos que los representan, sobre todo las figuras de los vasos, prueban que no experimentaron grandes cambios y que permanecieron los mismos hasta la época romana. Los griegos servíanse, más que de vestidos propiamente tales, de pedazos de telas que, á pesar de su sencillez, sabían ellos variar de un modo admirable. El traje de los pelascos no está representado en parte alguna. Las dos partes de la vestidura de la clase plebeya iban cosidas en los hombros, á excepción de las aberturas para la cabeza y los brazos (33. 3. 4). A veces las dos piezas tenían tal amplitud, que después de ceñida la ropa al cuerpo, la parte superior caía hasta los codos (33. 4). Los habitantes de la Arcadia y los labradores de Megara iban vestidos de pieles de cordero y de cabra y cubierta la cabeza por un casquete bajo. El dibujo de un vaso nos muestra un aldeano (33. 16) con una piel de animal echada á la espalda y anudada bajo el ombligo. El vestido de las mujeres pelascas cubría más el cuerpo.

El traje viril de los dorios reducíase á un manto (29. 1. 7) llamado *himatión*, que era una pieza de tela, uno de cuyos extremos cruzaba hacia adelante por el hombro derecho, mientras el otro, más largo, caía sobre la espalda, cruzaba sobre ó por debajo del brazo derecho y bajaba hasta las rodillas pegándose al cuerpo; la orilla de la tela iba guarnecida de bordados y de borlas. Los antiguos aqueos llevaban asimismo un chitón cosido de mangas cortas (32. 8). Los jonios y los dorios se ponían el himatión como el chitón, los dorios ceñido, los jonios holgado (29. 2.)

Las mujeres jonias conservaban su traje primitivo, largo y ancho (29. 5. 6); la parte anterior y la posterior del mismo eran de gran anchura (fig. 33) é iban cosidas sobre los hombros, á excepción de la escotadura, y á lo largo de los costados, á excepción de las aberturas para los brazos. El ropaje, dispuesto en pliegues fijos á todo lo ancho, cubría los brazos hasta el codo é iba recogido mediante un cinturón puesto bastante bajo. Más adelante suprimiósese la parte que era precisa para las mangas (29. 12. 13) y se unió ambas partes por medio de broches en los hombros; prendíanse el chitón por un cinturón igualmente. Descubriábase el origen oriental de los trajes jónicos por el lujo del adorno, la magnificencia de los colores, los bordados en oro y los dibujos de las telas. Los hombres usaban ropas plegadas que caían hasta los pies y recogían su larga cabellera, anudada sobre la frente, con alfileres de oro (35. 19), llamados *cikadas* porque tenían como cabeza un *cikada* de oro. A partir de la guerra púnica las ropas plegadas de los jonios cedieron el puesto al noble ropaje que admiramos en vasos y estatuas. Los hombres adoptaron el chitón corto y el pequeño himatión de los dorios: las mujeres dorias, en cambio, usaban el largo chitón jonio. Las jovencillas espartanas conservaron el chitón corto, abierto ó partido, para los ejercicios gimnásticos (29. 9. 10. 11); de tal modo aparece Artemisa, la cazadora, en las obras plásticas, con el chitón levantado muy alto por el cinturón y las rodillas desnudas (29. 10). Entre los dorios, como entre los jonios, dos vestiduras de igual carácter componían el traje completo del hombre y de la mujer.

Este traje para ambos sexos constaba del chitón y el himatión; el chitón se hacía de un trozo de tela de un metro ó metro y medio de ancho y doble de largo, plegado por el medio. Usábase de dos formas; según la primera, se plegaba al cuerpo por el lado izquierdo, pasando el brazo por un corte abierto en los pliegues, y uniendo por medio de un broche, en el hombro derecho, la parte anterior con la posterior; la segunda manera consistía en llevar los pliegues sin abertura en el sobaco izquierdo, sujetar el delantero al trasero en el hombro derecho, tomar la orilla superior delante y detrás en el sobaco izquierdo, tirarlo hacia arriba y sujetarlo en el hombro con un broche. Podíase también abrir en el costado derecho un agujero para sacar el brazo, cosiendo la ropa de la cadera hacia abajo, pero entonces no podía aplicarse á voluntad al cuerpo; había que meterlo por la cabeza como el antiguo chitón frigio. Esta era

Fig. 33



la forma fundamental del chitón, además de las variaciones de la moda. Se le ponían mangas estrechas y de diferente longitud (34. 11. 20), que llegaban hasta el codo ó hasta la muñeca (30). La clase obrera llevaba el chitón corto y dejaba caer el lado derecho hasta la cadera (33. 1); el pecho y el brazo del mismo lado quedaban libres y desnudos. Puesto en esta forma el chitón recibía el nombre de *exomis*; algunas veces tenía una manga (33. 3) al lado izquierdo. Los labradores reducían su traje á un simple delantal (33. 2).

El chitón femenino era más rico y alguna vez mucho más largo que el cuerpo; en este caso, para impedir que arrastrase, lo recogían en forma de *poufy* y daba vuelta circular al cuerpo cubriendo la cintura (29. 14). Echábase la parte superior del chitón hacia fuera (29. 15) formando como una valona. Llamábase entonces doble chitón y á la valona *diploidión*. El doble chitón se usaba de las dos maneras descritas más arriba. Las bailarinas lo dejaban caer bajo el sobaco izquierdo, con lo cual quedaba al descubierto el pecho de aquel lado (31. 16).

La moda se notaba especialmente en la valona; dábanle en ocasiones tanta longitud que podía cogerse en la cintura y formaba una especie de cuerpo de vestido; se usó también desprendida del chitón, en cuyo caso se la llamaba *epumis* (29. 17. 18. 25). Era una tela rectangular ú oval puesta como el chitón abierto (30. 20), con una abertura para la cabeza; los dos extremos caían sobre el pecho y la espalda; alargáronse los picos hasta las rodillas, después hasta el suelo. Cerrado y provisto de cortes para los brazos ó de mangas (30. 31. 15. 32. 14), el epumis tomó la hechura de una ropilla con cinturón ó sin él (29. 19). El espíritu cambiante de los griegos hizo variar también el diploidión y el epumis; usaron una doble valona (29. 21. 22) que apellidaron *egkuklón*, y que se nota en las estatuas de Atenas (29. 1). Reducida de su tercio, colocábase encima ó debajo del brazo izquierdo y se abrochaba en el hombro opuesto (29. 21). Poníanse también dos chitones, uno sobre otro (29. 8); el de encima más corto, de manera que el de abajo quedaba comprimido por un cúmulo de menudos pliegues. No por esto dejaban de vestir el chitón sin valona, y lo llevaban tan ancho que las mangas resultaron inútiles; el delantero y el trasero iban sujetos á los hombros por botones (29. 8. 22), conforme á la primitiva vestidura femenina de los jonios (29. 5. 6). El chitón tenía algunas veces mangas (30. 1. 18); se cortaba á la medida y caía hasta las rodillas ó hasta los pies (31. 19). El chitón con valona solía igualmente tener mangas (29. 21). Las figuras de los vasos griegos nos demuestran qué papel tan importante representaban en el traje la moda y el gusto.

El himatión no sufrió tantas variaciones; era siempre un manto. Se componía de un trozo de tela, de tamaño diverso pero cortado siempre de la misma hechura (29. 1), cuyo extremo echábase sobre el hombro izquierdo hacia delante, y su masa se echaba sobre la espalda por encima ó por debajo del brazo derecho, echando, en fin, la otra punta por encima del hombro izquierdo (33. 6. 8). Podía también ponerse de un modo inverso (33. 5. 10). Los jonios envolvíanse desde los pies á la barba con el himatión, dejando ocultos ó descubiertos, á voluntad, los brazos y las manos. Así están vestidas las estatuas de los oradores; su mano derecha descansa en los pliegues que ceñían por el hombro (33. 7). Dícese de Pericles que podía hablar durante horas enteras sin que se le deshiciera un solo pliegue. Exigía el decoro llevar las manos ocultas bajo las vestiduras; el arte de ponerse y plegar éstas formaba parte de la educación. A fin de dar á las ropas suficiente empuje para poderlas ceñir al cuerpo, les ponían pesos cosidos al borde. Cuando después de las guerras púnicas se pusieron en moda los trajes cortos de los dorios, acortaron el himatión. Los filósofos, desdeñosos de las vanidades mundanas, envolvían con él su cuerpo desnudo para mostrar á través de los rotos su propia vanidad. Los hombres podían usar el himatión por toda vestimenta, pero á las mujeres les estaba prohibido; por lo demás, igual corte é igual manera de ponerse tenía el himatión de unos y de otras (29. 24. 31. 18. 19). En casa las mujeres honradas no usaban más que el chitón, pero no podían salir sin el himatión, con el que se envolvían de manera, cabeza y todo, que

dejaban sólo visibles los ojos y la nariz (30. 24). Los gustos como la edad, las estaciones como el tiempo, introducían nuevos modelos. En verano el himatión femenino era de tejido tan sutil que nada cubría, pero llevándolo se salvaban las apariencias (29. 18. 30. 24. 34. 14. 15).

Conocíase también un manto de origen italiano, llamado *chlamys*, destinado á los jóvenes, y que éstos usaban en los juegos y torneos como único traje (32. 11). Era un pedazo pequeño y cuadrado de tela con pesos cosidos al extremo; desde el hombro izquierdo daba vuelta al cuerpo y volvía al mismo hombro sujeto por una hebilla, rodeaba ligeramente el cuerpo, caía hasta las rodillas y únicamente se alargaba cuando servía de vestimenta de viaje (32. 12). La *chlamys* (ó clámide) era ante todo prenda del jinete, su verdadero manto, como nos lo prueban los frisos del Parthenón. Era también prenda de adorno que cambiaba á menudo de hechura, quedando siempre el rectángulo como forma fundamental. Lo agrandaban, le redondeaban las puntas, de modo que parecía un segmento de círculo ó un óvalo prolongado. Al variar de forma variaba el nombre, pero no el modo de llevarlo. La clámide, hecha de la suave lana de Mileto, era el abrigo de verano de los elegantes. La *chlæna* fué, según parece, una clámide de lana basta y muy peluda. Homero la menciona y debemos considerar como tal el ropaje puesto doble de que hemos hablado y que se ve en las estatuas antiguas de Atenas.

He aquí algunas observaciones sobre trajes especiales: La figura (34. 2) representa un gran sacerdote de Baco con vestidura amarilla, faja y manto de púrpura. Imaginábase al dios alegre vestido á usanza oriental, y su cortejo usaba por lo tanto colores abigarrados (34. 3 á 6. 19). Las bacantes llevaban siempre la piel de gamo en los hombros y el tirso. Las máscaras que se usaban en las fiestas báquicas se han convertido en símbolo de las musas cómica y trágica (34. 9. 35. 11); atribúyese, no obstante, su invención á Eschylo. Hacíanse de cuero y bronce. La figura (34. 8) representa un manto de pedagogo, abrochado; borceguíes forrados y atados y un cayado eran las insignias de la especie de esclavo llamado pedagogo. La figura (34. 11) representa una sacerdotisa del Apolo de Delfos, la Pythia. Está sentada, con los cabellos enmarañados, sobre el trípode y empuñando un ramo de laurel y una copa. Designada por el número 14 (34) encontramos una novia con una manzana en la mano, en recuerdo sin duda de la ley de Salomón que recomendaba á las desposadas comer una manzana cydoniana antes de penetrar en la cámara nupcial. El número 21 (34) representa un niño jonio en la cuna; las cunas de entonces tenían la forma de un zapato é iban suspendidas á una especie de columpio de cuerdas. El número 23 (34) es un niño espartano.

Los griegos gustaron siempre de los colores, los adornos y los dibujos que traían de sus colonias de Asia. La ropa interior era blanca, pero los mantos azules, violáceos, amarillos ó purpúreos. Las damas de Tanagra (30. 23. 24) tenían preferencia por el azul y el rosa. Los colores se aplicaban igualmente al sombrero y al calzado; así las tebanas usaban borceguíes rojos y las tanagrinas recias suelas teñidas del mismo color; el cuero de debajo era siempre amarillo. Los elegantes empleaban borceguíes multicolores (35. 11. 14).

Las dos formas principales de calzado eran la sandalia y el zapato. El zapato se ataba por delante en el tobillo ó en la pantorrilla; créese que usaban medias. Los labradores y los pastores resguardaban la parte baja de las piernas con las correas de las sandalias ó con botas de cuero (32. 6. 8) llamadas *garbatinos*. Tenían además el coturno, que calzaban los actores trágicos. Los actores, para parecer más altos cuando representaban papeles de héroes, se ponían suelas de corcho muy gruesas. Sujetábase la sandalia por correas prendidas á las suelas y que pasaban por entre los pulgares; éste era el calzado de los reyes y los ricos. Los filósofos y los soldados llevaban la *crépida*, especie de calzado forrado de hierro que sólo cubría parte del pie. En Atenas los asistentes á los banquetes se descalzaban: entre los dorios estaba prohibido á los jóvenes de ambos sexos usar calzado ni en verano ni en invierno.

Los griegos, jóvenes ó viejos, iban á menudo con la cabeza descubierta. Los labriegos, los pastores,

los viajeros y los jinetes poníanse sombrero, que para saludar se quitaban. A Hermes se le representa con sombrero bajo á pesar de su divinidad. En los teatros iban los espectadores cubiertos, porque como las representaciones eran con frecuencia de día y al aire libre, estaban expuestos al sol y á la intemperie. El casquete pelasgo primitivo, empleado por la gente del campo, se denominaba *kynæ*; era de cuero ó de fieltro, cónico, con el ala blanda y no muy ancha que se subía ó se bajaba á voluntad. Los navegantes y los obreros llevaban un casquete sin alas, de forma de medio huevo (32. 7. 9), llamado *pilos*. Así vemos representados á Caronte, el sombrío barquero, y á Ulises, el navegante errabundo. Los jinetes y los viajeros llevaban la *kausia*, sombrero de fieltro de copa plana y redonda, y con anchas alas (32. 11. 12). Las señoras de distinción de Tanagra llevaban un sombrero (30. 23. 24) semejante á una tapadera redonda; tenía la copa puntiaguda, daba sombra é iba puesto sobre la cabeza como en el aire y sin que se sepa cómo se sujetaba.

Cuanto menos se usaba el sombrero más se cuidaban hombres y mujeres del peinado. La pérdida y recorte del cabello considerábase vergonzoso. Los espartanos eran los únicos que se afeitaban los bigotes; en cambio se peinaban para la batalla como para una fiesta. Los atenienses después de las guerras púnicas renunciaron á la cola de cabellos sujeta á la frente y los cortaron de una longitud regular. En Esparta los niños varones llevaban el pelo corto, en Atenas los jóvenes. La barba muy poblada considerábase como un adorno; en la época macedonia no se cortaron los cabellos ni se afeitaron la barba; únicamente los filósofos y los sofistas siguieron fieles á la costumbre antigua. El peinado de las mujeres variaba hasta lo infinito (30. 25 á 30. 31. 1 á 12); pero había un detalle común á todos los peinados y es que se cubrían la frente todo lo posible; considerábase la frente grande tan contraria á la belleza, que las mujeres que no poseían cabellera abundante se achicaban la frente por medio de bandós. Nótase en esto una diferencia característica entre los griegos y nosotros acerca del sentimiento de lo bello (1). El peinado más sencillo consistía en partir los cabellos por una raya en medio, echarlos hacia atrás en ondas y atarlos en lo alto de la cabeza en un copete (30. 33). Este peinado llamábase *lampodión* (ó antorchita), así por su forma como por el color rojizo de los cabellos. Trenzábanlos también, los ponían en espiral en torno á la cabeza (30. 34) ó los convertían en rizos colgantes. Una, dos ó tres cintas los sujetaban de diversos modos á la coronilla ó á la nuca. Eran de color de oro y arrancaban del pescuezo ó de la frente, donde las ocultaba un adorno á modo de diadema, el *sphendón* (30. 34). Reemplazábanse á veces las cintas por redcillas de sedas de colores ó de hilos de oro. Las mujeres, cuando salían, cubríanse la cabeza con una ligera pañoleta ó un velo muy sutil (31. 7. 12). Las tebanas lo usaban para recatar el semblante. Como las griegas eran hábiles en saber disimular los defectos, para dar á su cabellera aquel tono rojizo tan en privanza, la untaban de unguentos corrosivos y la exponían al sol. Cuando empezaba á blanquear la teñían de negro y cuando era escasa usaban añadidos. Pintábanse además de negro las cejas y las pestañas y se ponían blanquete y colorete en las mejillas.

Los plateros fenicios fueron los maestros de los grandes artistas helenos: las obras de arte de los tiempos heroicos tienen impreso el sello asiático. Hasta después de la emigración dórica no despunta el verdadero estilo griego, el sentimiento de la belleza pura. Si nos fijamos en el atavío griego (35. 20 á 38) notaremos que cada una de las partes responde al fin y que lo extravagante no era admitido. Cuando el joyero tenía que hacer pendientes (35. 24. 26. 27. 29. 32. 33. 35) no olvidaba que éste era un adorno suspendido; evitaba, por lo tanto, lo que parecía recio y pesado y elegía figurillas aéreas, como amorcillos, palmas, genios, flores..... Si se trataba de un adorno para el cuello (35. 23. 31. 34. 36. 38) el artífice atendía ante todo á la flexibilidad que la alhaja había de tener para obedecer á los movimientos del cuello;

(1) El autor, por las señas, no cae en la cuenta de que, desde hace ya buen número de años, es moda pertinaz en todo el mundo que las mujeres se achiquen la frente con el peinado. Y la pertinacia en este tocado denota que es general la opinión de que hermosa. (N. del T.)

suspendía, pues, de una cadena de finos eslabones lindos colgantes planos que siguiesen los citados movimientos y se desordenasen á voluntad de la dueña. En brazaletes y sortijas para las manos y los pies (35. 20. 21. 37) buscaba lo que se arrolla, como una culebra, un aro con un escudo redondo, etc. A los cierrés de las ropas daba la forma de broche ó de hebilla (35. 28) y hasta en los objetos de uso vulgar, como un gancho para las llaves (35. 40), procuraban enlazar lo práctico con lo bello.

A los adornos seguían los utensilios de tocador: espejos de mano (35. 30), peines de metal y abanicos, siempre de igual forma, que entre las damas de Tanagra era la de una hoja de palmera teñida de azul con el borde rojo ú oro (30. 24). También usaban quitasoles (32. 14). Los hombres en Esparta, como en Atenas, llevaban bastón y anillo.

Las armas, en tiempo de Homero, eran en su mayor parte de bronce, por más que el hierro fuese ya tan conocido en Grecia como en Asiria ó Egipto. La armadura consistía en jubón de cuero ó de tiras de lienzo (29. 8. 32. 5); la coraza y el escudo eran de conchas de metal fundido ó forjado (36. 35) sujetas con hebillas, con un cinturón y además con correas á los hombros. Otras armaduras constaban de coraza de placas móviles (36. 54), casco (36. 1. etc.), gran escudo redondo y bombado (36. 20. 39), *knémides* ó grebas (32. 1. etc. 36. 38. 56) y brazales (36. 52). Las armas ofensivas eran: espada de punta y de filo, de hoja recta (36. 42. etc.), al principio corta y ancha y más adelante larga, de dos filos, de punta aguda, y con vaina cuadrangular y puesta al lado derecho; el *parazonión* (36. 43), puñal corto y ancho que se llevaba á la izquierda; la lanza larga, de hierro, poco ancho (36. 34), redondeado hacia el cubo y con un borde entrante en el medio; el dardo con su *amentum* ó correa sujeta á su centro de gravedad; la larga flecha lanzada á mano, que también empleaban, vuelve á encontrarse andando el tiempo entre los romanos y los germanos; por último, usaban arco, con carcaj y flechas (36. 33. 36. etc.) y honda.

Fig. 34



En los trozos de vasijas de barro encontrados en Micenas vése un guerrero de los tiempos de Homero (29. 8. Fig. 33). Lleva jubón de cuero con franjas; casco de media luna con orejeras, hebillas de metal y adornos de cuernos, conos y copetes; escudo redondo con muescas en forma de media luna por abajo, sandalias cuyas correas envuelven los pies y larga y delgada lanza con banderola.

Una figura perteneciente al ciclo troyano (25. 17. Fig. 34) explica la frase homérica «los aqueos de cabezas rodeadas de rizos.» Es dicha figura la de un guerrero de cabeza rapada que lleva bajo el brazo el casco, que en su interior tiene, como forro, una peluca rizada.

Hablaremos únicamente de las particularidades que hubo en el desarrollo de las armas de los griegos. El casco del Asia Menor se convirtió en gorro frigio (24. 29); el casco griego en cráneo metálico que caía por la cabeza hasta los hombros (32. 4. 36. 23) y cuya visera se prolongaba hacia atrás (36. 20), quedando sólo visibles la parte inferior de la nariz, la boca y la barba (25. 13). Solía modelarse la cara en la parte anterior del casco. Vasos del siglo quinto nos muestran una frente (36. 14), modelada con arreglo á anatomía, con un círculo prominente imitando los cabellos y en los lados las barbas imitadas con pintura. En los cascos echados para atrás principalmente, toda la parte de delante imita el rostro humano; de aquí á los cascos articulados no hay más que un paso; hablaremos de ellos al tratar de las armas romanas. En tiempo de Homero se llevaban corazas con aros de metal, el correspondiente al abdomen iba inclinado (25. 12. 13) y acabó por convertirse en un delantal de planchas clavadas unas á otras (31. 22).

Los griegos no tenían caballería; el primer caballo griego llegó por mar; no se le conocía más que



Fig. 33

como animal de tiro; Homero, sin embargo, dice que eran conocidas la equitación y el volteo. Combatían en carro (36. 50. 60) y no á caballo; éstos servían para tirar de aquél, enganchados al timón; el yugo, puesto sobre las crines, iba sujeto al cuello y al pecho por correas. Hacia el año 400 antes de Jesucristo empezó á haber jinetes en Grecia, pero montaban sin silla y sin estribos y se sostenían oprimiendo fuertemente la montura con las piernas; se han encontrado, empero, espuelas griegas en la baja Italia (36. 40. 41).

Según los dibujos de algunos vasos había corazas que se ponían por encima del chitón (32. 2), salían en pliegues y cubrían las caderas; las piernas y los brazos quedaban libres. En otro vaso vése un arquero (33. 17) con el casquete puntiagudo de cuero ó lana y con vestidura de tela tejida y con mangas; justillo y pantalón estaban unidos. Vése también un trompetero de arqueros (33. 12) con una tira de cuero en la boca, gorro frigio y traje de tejido ajustado, y un tocador de trompa (33. 13) con calzón de piel y chitón corto. Lanceros y honderos llevaban escudo al modo de las amazonas (24. 30. 31). Los griegos poseían máquinas de sitio, catapultas (37. 1 á 4), arietes y otras que describiremos al final del capítulo.

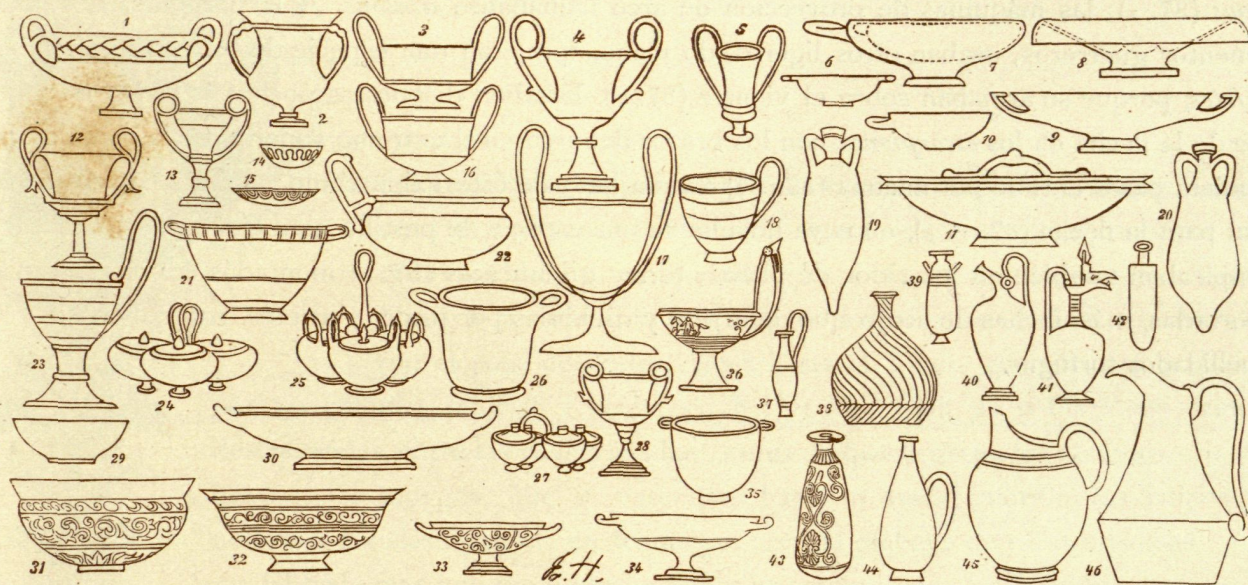
Como en todos los productos del arte griego, en sus utensilios caseros aparece el sentimiento de una belleza tranquila. Las sillas, las camas y las mesas (37. 5 á 12. 15. 16) estaban ricamente ornadas; á veces eran de bronce, ó de mármol esculpido (37. 15. 25), ó con incrustaciones de marfil y plata. Los pies, curvos y de hermoso dibujo, remataban en garras de león. A las sillas y los sillones se los cubría con telas ó se les ponían cojines. Los aparatos para el alumbrado eran elegantes pero insuficientes (39. 1. 2. 7. 8); tenían adornos de arabescos y de relieves y estaban dispuestos para varias mechas; en algunas lámparas había candelabros de largo cuello, de barro ó bronce (37. 24. 26. 27. 28), provistos de un platillo; otras tenían brazos de los que se las colgaba. Son de notar en ellas la finura y la belleza (37. 19. 21. 32) juntamente con una gran sencillez (37. 24. 28); debe admirarse la disposición de las molduras (37. 24) formadas por florones ó cortes superpuestos, al modo de los nudos de los bambúes. Estos candelabros sosteníanse sobre tres pies que remataban en garras. Los altares griegos conservaban la forma del ara (37. 13); para los sacrificios empleaban cazuelillas de metal (37. 14) y trípodes que soportaban pilas de agua bendita ó acetres con asas (37. 17. 18). Los vasos y fragmentos de vasos hallados en Micenas prueban el desarrollo de la cerámica griega. Los del tiempo de Homero tienen el sello asiático, y las formas y contornos están rebajados y suavizados, cual demuestra el vaso de Dodwell, que tiene por adorno dos fajas de animales y una cacería del jabalí (38. 2). Todas las figuras de los vasos están grabadas primero y pintadas después. El color del barro es amarillo mate; el adorno se limita á rayas, círculos, estrellas y cuadrados, cuyo color es pardo ó negruzco (38. 7. 8. 14). Denotan la tendencia á más amplio estilo una serie de vasos de barro con asas, figuras pintadas, no grabadas, de una tinta blanca y parda muy oscura (38. 1); el fondo es anaranjado. La verdadera cerámica griega no empieza hasta los vasos de figuras negras sobre fondo rojizo (38. 3. 4. 5. 12. 15. 17 á 20), en los que desaparece la ornamentación de animales y el decorado toma forma griega propiamente dicha. Hay algunos ejemplares de este estilo; el fondo es rojo ó negro, pero deja siempre delante ó detrás una parte roja para que destaquen las figuras (38. 15. 18). Las figuras negras son simples y toscas siluetas, cuya única expresión está en el movimiento. Los vasos de figuras rojas sobre fondo negro (38. 3. 4) son de la época más floreciente del arte; cubre estas figuras un barniz negro brillante muy sólido; los contornos de las mismas son irreprochables. Hállanse también vasos de fondo blanco, considerados como atenienses (38. 9), cuyo fondo se forma por una capa de tiza, y cuyas figuras son de dibujo descuidado. Convertido el vaso en objeto de lujo, adoptó formas colosales y se tiñó de amarillo, encarnado, rosa, azul, violeta, verde, blanco y oro, con profusión de adornos. Los vasos llamados votivos están exornados con estatuillas prominentes, con hipocampos, tritones, etc. (38. 10). En esta época se construyeron los vasos de gusto más depurado (38. 11. 39. 5). He aquí el modelo de un cuerno para beber, el *rhyta*, que remata en cabeza de animal (38. 13. 39. 25. 26. 27); con estas cabezas hacían verdaderas maravillas.

Hay tal variedad de vasos griegos que el autor se limita á dar á conocer las formas principales por medio de diseños (fig. 35): escudillas, copas, platos, cubiletes, vasos dobles, cántaros para vino en forma de huevo, cántaros de agua, frascos para esencias, etc., etc.

Los utensilios de cocina eran de bronce (39. 12 á 23); en ellos se nota el tipo primitivo de todos los vasos, la forma de huevo (39. 20). Los objetos de mimbre no dejaban de ser lindos (39. 28 á 31), así como los instrumentos de música (39. 32 á 41): la lira griega (33. 38. 39. 40) era motivo predilecto de ornamentación; ella y la flauta considerábanse como los únicos instrumentos musicales verdaderos.

Las travesías por mar, tan frecuentes en los tiempos prósperos de Grecia, hacíanse (39. 48) ó en naves de vela ó en barcos de remos (39. 46). Los caminos eran pocas veces de ruedas. Preferían los griegos

Fig. 35

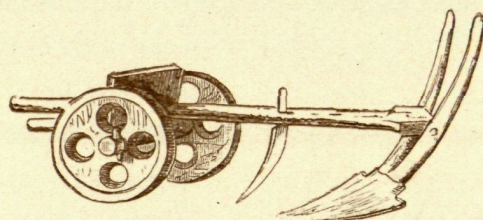


viajar á pie ó á caballo, haciendo que los esclavos llevaran el equipaje. Cuando se servían de carretas (39. 43) les enganchaban mulas ó caballos. Las mujeres usaban sillas de manos. El arado de rodapié, con dos filos, de pico encorvado, hecho de una sola pieza (39. 45), componíase de esteva, curva, timón y ruedas (fig. 36). Los ataúdes eran de madera ó de barro, barnizados de negro y de forma prismática, triangular ó de artesón oval. Enterrábanse los cadáveres en una pieza de mampostería ó se les quemaba para conservar las cenizas en una urna.

Los dibujos designados con los números 1 á 4 (lámina 37) están hechos con arreglo á las descripciones.

Las catapultas con línea de proyección horizontal se llamaban *euthyones* y también *escorpiones*, por su forma (1. 2). Componíanse de tres partes: la caja ó armazón con la llave para armar ó tender el arco, la canal para la flecha y el bastidor. La caja á su vez se componía de dos pedazos de madera horizontales (1. c) y cuatro perpendiculares (1. a. b. 1^a. 1^b) y se dividía en tres compartimientos: los exteriores tenían arriba y abajo de las planchas horizontales un orificio circular (1^a. f); en el pie iba encajado un palo hueco, que giraba (1. d. 1. b. d.), mediante un perno transversal (1^a. e), á través de dos palos sobrepuestos; una recia cuerda elástica hecha de cabellos de mujer ó de tendones de animales iba tendida sobre las clavijas y enrollada muchas veces de arriba abajo y de abajo arriba; en cada paquete de cuerdas había una palanca (1. g) y entre dos palancas, como entre los dos brazos de un arco, poníase tirante la cuerda (1. 2. g). La canal para la flecha colocábase por el extremo de delante en el compartimiento de en medio (1^a); consistía en una plancha más larga, á la que iba adherida una canilla por el extremo posterior (1^a. 1); á lo largo tenía una ranura

Fig. 36



en forma de cola de golondrina donde había un tubo móvil ($1^2 m$, corte transversal, $1^3 m$), cuya reguera servía para recibir el proyectil; en la parte trasera, sobre una especie de compuertas había un fiador ($1^3, i, 1^9, i$), y al lado, sobre una palanca ($1^2, h, 1^8, h$) que servía para tirar del fiador arriba y abajo, una cuerda, atada á una anilla al extremo posterior del tubo ($1^2, o$), enrollábase á la inversa en la canilla. Cuando se quería armar la catapulta, empujábase hacia adelante el tubo hasta que el fiador, encorvado al modo de los dedos, asía la cuerda del arco, fijo mediante una palanca; tirábase hacia atrás el tubo con la canilla y poníase en la canal el proyectil (que á menudo llevaba esta inscripción: *deixai*, recibe (36. 51). Al soltar el fiador, quitando á la vez la palanca, precipitábase hacia adelante la cuerda y lanzaba el proyectil en la dirección que se quería.

Había *escorpiones* para proyectiles ligeros y para proyectiles pesados; los segundos se apellidaban *palnitous* (37. 2); las máquinas de proyección de arco llamábanse *aintous*. A la vez que estos grandes instrumentos guerreros, usaban otros ligeros, de mano, que eran una especie de ballestas denominadas *gastrafetes*, porque se armaban sobre el vientre (37. 3). Estaban dispuestas poco más ó menos como los canales de la flecha en los *escorpiones*, con los brazos del arco en el extremo superior de la canal, de modo que pudiera pasar el tubo por encima (37. 3¹); á cada lado de éste había como una hoja de sierra sobre la canal para la flecha (37. 3². g), en cuya hoja había una especie de pestillo para detener ó soltar el tubo.

Empleaban también en los sitios de plazas, torres gigantescas (37. 4) montadas sobre ruedas, para transportarlas, más anchas de abajo que de arriba y divididas por pisos, y arietes, con cobertizos rodantes, apellidados tortugas.

IV

Los etruscos



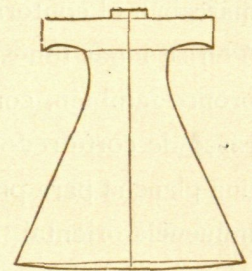
ASTANTE enigmático permanece aún el origen de la raza etrusca y mientras unos consideran á los etruscos como arios, otros los creen un pueblo tyrano-sybiriano; es lo cierto que dicha raza inmigró procedente del Norte á la península ocupada por los italo-arios. Los etruscos ocuparon el país, desde los Alpes hasta el Tíber, se civilizaron y recibieron por fin colonias fenicias y helénicas. En Italia vivían ya poblaciones primitivas desconocidas, entre las cuales estaban, antes de que llegasen los etruscos, arios inmigrados, los japygos, que se extendían hacia la Italia inferior, los latinos y los umbrios. La clase patricia en Roma era aria; la plebeya de razas cruzadas.

El traje más antiguo de los etruscos era manto para los hombres y camisa para las mujeres. El mantón era un trozo de tela que se ponía como el himatión griego (40. 1); más adelante lo redondearon y alargaron (40. 2. 4); luego le hicieron un agujero en medio y lo colgaron de los hombros (40. 7). En este último caso se metía por la cabeza, en el primero se echaba sobre el cuerpo. Antes del tiempo de los

romanos ya fué moda no cubrirse con solo el manto, y se añadió un chitón bastante corto, con cinturón. Para las fiestas el chitón era largo, plegado y cubierto de dibujos abigarrados (40. 4. 7. 9. 10). Los labradores y obreros admitieron el exomis (41. 2. 4 á 8) y el delantal con cinturón. Los aldeanos y los pastores (41. 5. 8) que moraban en los pantanos conservaron su primitiva vestimenta de pieles sin curtir.

Las mujeres usaban largo vestido ceñido al cuerpo, pero ensanchado por abajo y con mangas semi-largas (40. 22); cubría el cuello (fig. 37), tenía una abertura en el pecho ó en la espalda, se cerraba con broches, era de fina tela con dibujos y bordados y tan largo que había que recogerlo (40. 19 á 22. 41. 13). Las actrices y las bailarinas (40. 17. 18) ataban el grupo de pliegues ó recortaban el traje. La mujer de calidad, cuando salía de casa, poníase un manto de igual hechura que el de los hombres y echado de la espalda á los hombros (40. 19. 20); todas se servían de él para cubrirse la cabeza (40. 21) ó como velo (41. 13); de igual modo llevan sus mantillas las italianas de hoy. Las bailarinas (40. 17) se envolvían en mantos de fina estofa; la gasa la aplicaban á la carne, la echaban atrás por encima de un brazo y la recogían por los sobacos; para sujetarla había una cinta ó un ojal en el cuello. Las mujeres adoptaron también las hechuras griegas (41. 15. 16); las de clase humilde se contentaron con delantal y cinturón (41. 12. 14).

Fig. 37



El çubre-cabezas de los etruscos era casquete ó gorro redondeado con los bordes doblados (42. 2. 3. 4);

la gente vulgar usaba fieltro con alas (41. 5. 7. 8. 42. 1) ó iba sin nada en la cabeza. Las mujeres se trenzaban los cabellos ó los dejaban caer sueltos (41. 15. 43. 16. 17. 18) y se ponían un casquete, ya ceñido (42. 7. 9), ya á la moda frigia (41. 15. 42. 5. 8), ya cónico (42. 6). Ambos sexos usaban sandalias con cintas y adornos de metal ó zapatos altos; los hombres botas (42. 12), que, gracias á unos cortes laterales, se convertían en borceguíes (42. 10. 11). El traje de los dignatarios nos es desconocido; sábese únicamente que lo adoptaron los romanos, y, por lo tanto, el que se usaba en Roma puede servirnos de modelo. A los etruscos les agradaban sobremanera los adornos. Las mujeres se llenaban de alfileres, cadenas, sortijas, brazaletes y hebillas de oro, desde los hombros hasta la punta de los dedos. En trabajos de metal y alfarería adquirió la industria gran desarrollo, pero con gusto raro. La ornamentación determina una tendencia oriental, asiria, y más adelante griega. Se han conservado cadenas para el cuello y el pecho

Fig. 38



(41. 20. 21. 42. 20. 21. 24. 43. 1), coronas de hojas de oro, sortijas, aretes (42. 14. 15. 22. 33. 34. 43. 5. 6. 7), aros para el brazo y el antebrazo, broches (42. 16 á 19. 23) y pendientes (42. 25. 28 á 32. 43. 3. 4. 8. 9). El joyel de la figura (44. 7) es un portento de orfebrería. Suspendían, no en el lóbulo, sino delante de la oreja, raros colgantes formados por pequeños discos (42. 32). La placa para el pecho, incrustada de perlas y piedras preciosas, y la especie de rosario de ónix (43. 10) parece que debieron de ser insignias reales ó sacerdotales.

Los arneses etruscos revelan carácter asiático y helénico; el primitivo arnés se diferenciaba poco del usado en Grecia (40. 8. 11. 13. 15. 41. 1. 3. 9. 10. 11). Llevaban corazas hechas de planchas de bronce que marcaban el contorno del cuerpo (41. 1) y cotas hechas de planchas clavadas unas á otras (40. 13. 15. 41. 9), ó en su lugar túnicas de cuero fuerte con escudo de bronce para el vientre (40. 14. 41. 10). Estatuas, de bronce también, conservadas sin deterioro apenas, nos dan idea de los cascos y los escudos etruscos. El casco de corte redondo (43. 11. 13) recuerda el capacete de la Edad media; lo perfeccionaron mediante una plancha para proteger la frente, cogotera y orejeras (44. 1. 2). El casco cónico (43. 12. 44. 1) descubre la influencia oriental. El casco (44. 2) se remonta á los primeros tiempos de la república; las dos antenas de bronce marcan la ornamentación. La parte baja de la pierna ó iba al descubierto, ó protegida por medias de cuero ó por *knémides* (40. 12. 14. 41. 1. 3. 9. 10). La espada corta de dos filos con guarda, correspondía al *gladius* de los fenicios (43. 20). El escudo (43. 25) con labores cinceladas es de maravillosa ejecución. Empleábanse también pretales de bronce (43. 31) y frontales de metal para los caballos (43. 32).

Los trabajos en metal de los etruscos pueden competir con los de los griegos. Esta rama del arte se

desarrolló de una manera extraordinaria. Sus copas, sus vasos de plata, sus objetos fundidos y repujados los solicitaban en Atenas y hasta en el Rhin y en Africa. Los leones capitolinos y la silla curul de marfil de los senadores romanos, eran obras etruscas. Exornaban toda suerte de objetos; espejillos de metal (43. 2), discos y platos dibujados y grabados, candelabros, soportes de lámparas (43. 37 á 41), trípodes (44. 3. 4) con colgantes y adornos; lo mismo los vasos de bronce (43. 14. 15. 34. 41) ó de barro. Los de este orden de color pardo (42. 36. 37) están mal modelados y torcidos; los tirrenos tienen mejor hechura (42. 35. 38. 42 á 46). Las vasijas hechas á mano, de color negro con brillante barniz, tenían adornos lineales de relieve y figuras en el pie ó las asas; también se adornaban con círculos, hombres ó animales fantásticos. Son de notar ánforas panzudas de pesado soporte, kanopas de estilo egipcio (fig. 38), jarros de cuello corto, con un asa, calabazas y vasos para beber, tazas, cubiletes y bandejas extrañas. Entre estas piezas de cerámica extravagante suelen hallarse vasos importados de Grecia (42. 39. 40. 41) ó hechos en Etruria por artífices griegos.

Servíanse para el culto de badilas, tenazas con ruedas (43. 36 á 39), cazoletas, de ruedas asimismo (43. 40), bandejas con garras de león (43. 42), aras (43. 43) y trípodes (44. 3. 4). Cubrían de ricos tapices las mesas, los lechos ó sofás para comer, los armarios, los cofres, etc. (41. 17. 19). Entre sus herramientas figuraban el hacha, una especie de reja de arado (43. 21. 23), una sierra corta de mano (41. 18) y otra grande para aserradores de largo (41. 23). Inventaron un instrumento musical á manera de órgano, compuesto de flautas de bronce, en el que el aire penetraba en una especie de tubos por medio de fuelles ó por presión hidráulica.

Los romanos



ROMA, vencedora de Cartago, extendió por Occidente, como Alejandro por Oriente, la obra de los griegos, agregándole un sistema de Estado y de justicia muy profundo. De una pequeña tribu semítica surge una nueva fe y derriba el poder greco-romano. Las ideas de Oriente subsisten aún en la dotación del culto, en la jerarquía, en el sistema eclesiástico de los monjes y del Estado. Un pueblo vive ó muere por la fe en su misión nacional ó religiosa, no por sus armas.

Las conquistas ejercieron influencia en el vestir de los romanos; despertóse el amor al lujo; desapareció la sencillez. El lujo, después de las guerras orientales, fué extraordinario.

El traje nacional era la toga, prenda la más notable de la antigüedad; era tres veces más larga y dos veces más ancha que la estatura de un hombre; semejaba una doble *tebenna* (fig. 39. 1); su forma variaba y hasta las hubo redondas. Para ponerse la toga, se doblaba á lo largo casi por la mitad (fig. 39. 2); así doblada constituía doble prenda; plegábase en el borde derecho en pliegues apretados y colocábase por atrás sobre el hombro izquierdo, con el pliegue tocando el cuello y un tercio de la toga arrastrando por el suelo; entonces se echaba la masa de tela, desde atrás y de través, sobre la espalda, y por bajo del brazo derecho hacia adelante, tirando el resto al hombro izquierdo, con lo cual la toga cubría casi todo el brazo de igual lado. Ponían-sela, pues, como el manto griego; por sus dos paños parecía que ceñía dos veces el cuerpo; el paño ancho caía hasta los pies; el de encima, como si dijéramos la valona, hasta las rodillas; descubriase la parte de la espalda en el hombro derecho, y sujetando sobre el pecho el pedazo que arras-traba, echábase para arriba y dejábase caer el rebujo que así se formaba (45. 20. 21).

Los romanos llevaban siempre la toga, hasta en la guerra; pero como entonces les molestaba la masa de los pliegues, la recogían ceñiendo á los riñones y pasando delante el pliegue echado atrás (45. 22); á este recogido le llamaban *Cinctus gabinus*. A pesar de todo, la toga, por su masa de tela y por su peso, hacíase incómoda y la reemplazaron por mantos ligeros: la *tebenna* etrusca y el himatión griego (45. 19); pero cuando tenía que defender sus derechos, el ciudadano romano debía vestir la toga nacional.

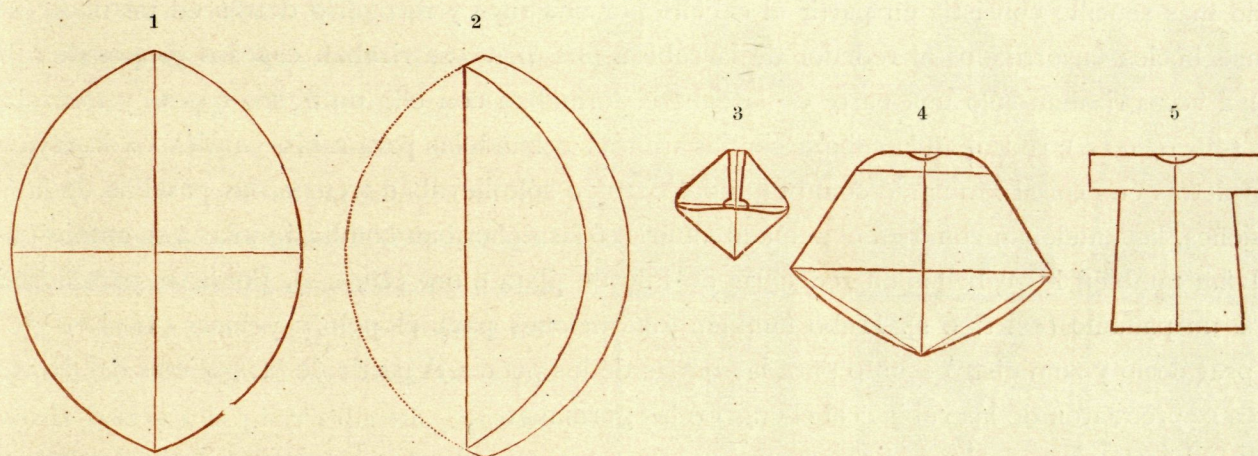
La *túnica* era la prenda interior; era una amplia camisa con ó sin mangas (45. 8. Fig. 39. 5), ceñida por un cinturón. Para los festines la usaban muy holgada (45. 9), y el cinturón la sujetaba con gracioso plegado. Los elegantes y los actores introdujeron el uso de una túnica bastarda con la manga derecha corta y la izquierda como un saco (45. 10). Los obreros (45. 11 á 15) llevaban túnicas cortas, de color oscuro y de diferentes hechuras, según el uso; á menudo llevaban solamente un delantal.

Los magnates se distinguían por el color y el adorno de la toga y de la túnica. El blanco nieve de la *toga candida* era para los que solicitaban destinos públicos; la *toga praetexta*, guarnecida de una banda de púrpura, era para los magistrados y los sacerdotes; la *toga picta*, de púrpura bordada de oro, la llevaban solamente los generales victoriosos. Los acusados no se podían poner más que la *toga sordida*. A los niños de noble alcurnia les vestían la toga bordada de púrpura, *toga praetexta*, y les proveían de un amuleto en forma de cápsula, para protegerles contra los maleficios (44. 16); los niños de humilde cuna llevaban la túnica de mangas cortas (44. 8).

La túnica, con las insignias del que la llevaba, se distinguía especialmente por dos bandas de púrpura llamadas *clavi* que cruzaban por los hombros delante y atrás. Los senadores llevaban la túnica de anchas bandas; los caballeros la otra; la de los generales triunfantes era bordada de palmas de oro. Las túnicas de estas tres clases se llevaban sin cinturón.

La toga era el traje oficial de las festividades. Para salir de casa el romano llevaba una especie de

Fig. 39



capa ligera sujeta al hombro por una hebilla; cuando era corta se denominaba *trabea*, y si larga *paludamentum*. Los generales, los cónsules, los dictadores y los emperadores llevaban en campaña *paludamentum* de púrpura. La *trabea* con bandas de púrpura era el manto de los jinetes y el *sagum*, de lana, el de los peones. En las plegarias y sacrificios levantábanse la parte de atrás de la capa para echarla sobre la frente (47. 17 á 21). La vestimenta de viaje era la *pænula* de cuero ó de tela afelpada, cerrada al rededor (45. 16), á menudo abierta por delante (45. 18) y provista de un capuchón (fig. 39. 3. 4). La *pænula* era larga ó corta, terminada en punta ó en redondo y se recogía para dejar los brazos libres (45. 17). La capucha y la esclavina estuvieron también en moda.

En Roma sólo los extranjeros podían salir con pantalones; los ciudadanos romanos no los usaron nunca; las gentes frioleras se tapaban las piernas con tiras de tela. Los soldados llevaban pantalones que no pasaban de la rodilla (46); más adelante bajaron hasta los pies (47. 1. 2. 3).

El traje femenino se componía de piezas interiores y exteriores, manto y velo. La prenda interior, llamada *túnica íntima*, se ponía sobre la carne (44. 9): primero fué de lana, luego de algodón, de seda ó de gasa; era la ropa de casa, que se llevaba con cinturón ó sin él. Hacia el fin del imperio se usaba larga, con cola y mangas con botones á estilo griego (44. 12. 18. 45. 1). La prenda exterior ó de encima, la *stola*, tenía mangas cortas cuando la interior las tenía largas y carecía de ellas cuando las de aquélla eran cortas (44. 11. 12). Ceñíanse las mujeres el cuerpo con una banda de piel flexible llamada *mamillare*, para afianzar los pechos. Sujetábase la prenda exterior (44. 12. 18) á los hombros por medio de hebillas, ó se le ponía una á modo de esclavina (44. 13) que formando mangas en el antebrazo podía sujetarse á las caderas con un cinturón. La *stola*, con el tiempo, se ensanchó y se alargó; se recogía y se sujetaba con cinturones (44. 11. 14); las jóvenes griegas preferían una pequeña veste sin cinturón (44. 10).

Para salir de casa poníanse las mujeres un manto llamado *palla* sobre las otras ropas, que se llevaba como la toga viril (44. 21. 22). Disponíase también la *palla* como el manto griego (44. 18. 19); estaba redondeada de un lado, y bien se echaba sobre el cuerpo, bien se metía por la cabeza formando una masa de pliegues (45. 4); con frecuencia iba provista de capucha. La *palla*, que se parecía á una *penula*, tenía agujeros para los brazos (45. 5). Usaban también las romanas la *trabea* (44. 14) y las nobles un velo, de rica tela, prendido detrás de la cabeza de modo que se prestaba á bellas combinaciones (45. 1. 48. 18). Al principio se ponían trajes blancos con un simple bordado de púrpura, más adelante los prefirieron de color. Se aficionaron á la púrpura, la escarlata, el verde, el amarillo azafrán, el malva-jacinto, el amatista y las telas á cuadros. Uno y otro sexo, á despecho de las prohibiciones imperiales, se presentaban casi desnudos, cubiertos sólo por gasas transparentes, tejidas con hilo de oro ó plata y teñidas de vistosos colores, ó con telas todas de oro.

La coquetería de las damas romanas se extendió también al peinado. Llevaban largos cabellos sueltos ó anudados; la gente distinguida, imitando los modelos griegos, producía modas variadas. El peinado más sencillo consistía en partir el cabello por una raya y recogerlo detrás en un nudo (48. 1); poníanse bucles ensortijados al rededor de la cabeza (48. 7. 10); se rizaban espesos grupos de cabellos (48. 8); á veces rizaban sólo una parte de la cabeza, formaban con ello un ligero copete y trenzaban lo demás (48. 11. 16. 17); rodeaban la cabeza con las trenzas, echándolas para atrás, paralelas á la raya, y las ataban detrás en espiral formando como un nido. Cuando sólo llevaban trenzas, las pasaban de la frente á las sienas, las anudaban como en el peinado anterior ó las enlazaban combinándolas á su antojo (48. 15). Envolvían también los cabellos en redcillas de hilo de plata ú oro (49. 1. 2). Poníanse para dormir un gorro ó un pañuelo (49. 3. 4. 5). Hubo también guarniciones para el pelo y pelucas (48. 6. 14); el mal gusto prevaleció y suministró asunto para las burlas de los poetas. A partir de las guerras del Norte, las mujeres se prendaron de las rubias cabelleras de las germanas.

Con miga de pan y leche de burra hacíanse una pasta para el cutis; empleaban la harina de arroz ó de habichuelas para tapar las arrugas. Entre los objetos de tocador (49. 8 á 17) había botes de ungüentos y esencias, afeites, pinceles, sondas, cucharillas, limpia orejas y espejos de mano de cobre ó plata.

A la mujer romana la enamoraba el atavío, y los artistas griegos fomentaban su afición con trabajos maravillosos. Así agujones labrados artísticamente (48. 19 á 35); aros en forma de diadema ó de corona (48. 6. 17. 51); pendientes (48. 36 á 40. 49. 21. 25) compuestos de planchas redondas y puestos delante de la oreja; collares (48. 45), broches (49. 27); brazaletes en forma de aro ó de serpiente arrollada en espiral (48. 41. 43. 49. 24); sortijas de oro para todos los dedos (48. 44. 47. 48. 49. 49. 20). Los hombres se contentaban con un aro de oro.

La diadema señalada por el n.º 48. 51, nos ofrece un modelo de antigua joyería romana; lleva adornos soldados, flores, botoncillos de filigrana y ocho piedras, de cornalina y ónix, en forma de escarabajo.

Los romanos gastaban calzado de varias clases (49. 46. 47. 48. 50. 4 á 9); además del zueco de los pobres, la *solea* ó sandalia, hecha de una suela de cuero ó de madera, sujeta al pie por correas; el *calceus* ó zapato de ciudad; la *caliga* ó zapato con correas de los soldados y la media de cuero de los comediantes.

En Roma era tan desusado como en Grecia cubrirse la cabeza; únicamente la gente baja usaba casquete ó sombrero, de paja, de fieltro ó de piel.

En un principio el traje de guerra fué la toga con cinturón (45. 22); después la túnica corta y el manto oscuro con capucha. Desde las campañas del Norte reemplazaron las bandas arrolladas á las piernas con pantalones. La pieza más antigua de la armadura romana fué una coraza ceñida de piel flexible y color claro (46. 4. 15); se llamaba *lorica*; la reforzaron con bandas de metal (46. 5. etc.), cinco ó seis de las cuales, abrochadas juntas, se ponían sobre los hombros, sujetas al pecho por la correa de arriba. El *cingulum* (46. 7. 19) era un cinturón, cuyas puntas, partidas en tiras guarnecidas de metal, cubrían el

abdomen (fig. 40. 3). En una piedra tumular, conservada en el Museo de Maguncia, véase un legionario romano con el bajo vientre resguardado por un extraño delantal (fig. 40. 2), que consiste en ocho correas guarnecidas de placas metálicas redondas.

Las armas defensivas de bronce de los etruscos se difundieron entre los romanos en tiempo de los reyes. Llevábase entonces coraza hecha de conchas, para el pecho y la espalda, al modo del *thorax* de los antiguos griegos (fig. 41. 3). Los jefes llevaban corazas con escamas y cadenillas (46. 6. 49. 62. Fig. 41. 2). En los agujeros para los brazos y en el borde inferior de la coraza colgaban correhuelas de cuero ó de fieltro, guarnecidas de bronce, que eran como parte del colete, al que iban clavados los remates de metal (46. 17). Los emperadores y los generales usaban *chitón* de bronce dorado, que marcaba el contorno del cuerpo é iba ornado de figuras repujadas é incrustadas (46. 8. 9. 17. 18).

El casco romano era de cuero guarnecido de bronce, ó de metal, sin visera. El casco primitivo, desenterrado en el campo de batalla cerca de Canas (50. 3), tenía la forma semi-esférica y se parecía á los capacetes de la Edad media (50. 15, casco samnita). Se completó mediante una pieza que protegía la frente, cogotera y orejeras (50. 13. 36) que tomaron la forma de platillos, y se hicieron tan largas que envolvían el rostro como una máscara (50. 14. Figura 40. 1). El casco de los centuriones y de los jefes se adornaba con tres plumas rojas ó negras, ó con una cresta de crines todas de color. El infante cubríase la pierna derecha, que no resguardaba el escudo, con una tableta de bronce; el jinete las llevaba de cuero, que más adelante se convirtieron en medias de lo mismo. Al escudo cuadrado sucedió el etrusco redondo y de bronce; al *clupeus*, el *scutum*, como medio cilindro cortado (46. 16. 50. 42), de cuatro pies de altura, hecho de madera, cubierto de cuero y con hierro por el borde. Vinieron luego los escudos ovales, rectangulares, exágonos, etc. (50. 40 á 44), forrados de piel de vaca y guarnecidos con adornos de metal, especialmente el rayo alado, tan característico (50. 41).

La espada romana (50. 26 á 33) fué primero larga y de un solo filo (*ensis*); después corta, de dos filos y punta (*gladius*), otra vez larga (*spatha*) con empuñadura de madera y refuerzos de metal, el pomo, y á menudo con guardas ó cazoleta para proteger la mano. La espada más antigua, el *ensis*, se llevaba á la izquierda, el *gladius* á la derecha (47. 6). El *gladius* y el *pilum* eran las armas principales (50. 25); el *pilum* consistía en una barra de hierro cuadrangular, de dos pies de largo, con punta, una lengua plana de hierro blando y un regatón con una canal, en la que se clavaba la lengua referida y á la que se sujetaba con pestillos.

En los tiempos primitivos las armas de los romanos eran de bronce, pero en la segunda guerra púnica ya las llevaban de hierro, y á esto debieron en parte la victoria. Como insignias de honor tenían collares, medallones, *phaleras* de oro ó plata, sujetas por correas y colgantes sobre la coraza (50. 17. 18. Fig. 40. 3). Los centinelas de noche iban cubiertos de campanillas (50. 16).

El *cingulum* era insignia honorífica; á los cobardes y á los conspiradores se les castigaba privándolos del *cingulum*. El galardón más elevado era la corona; de laurel para el general, mural (55. 18) para el primero que había escalado la muralla. El músico militar y el porta-insignias se distinguían por una piel de león ó de lobo, puesta sobre la cabeza ó como manto (fig. 40. 1. 46. 2. 19. 50. 50). Las citadas insignias

Fig. 40

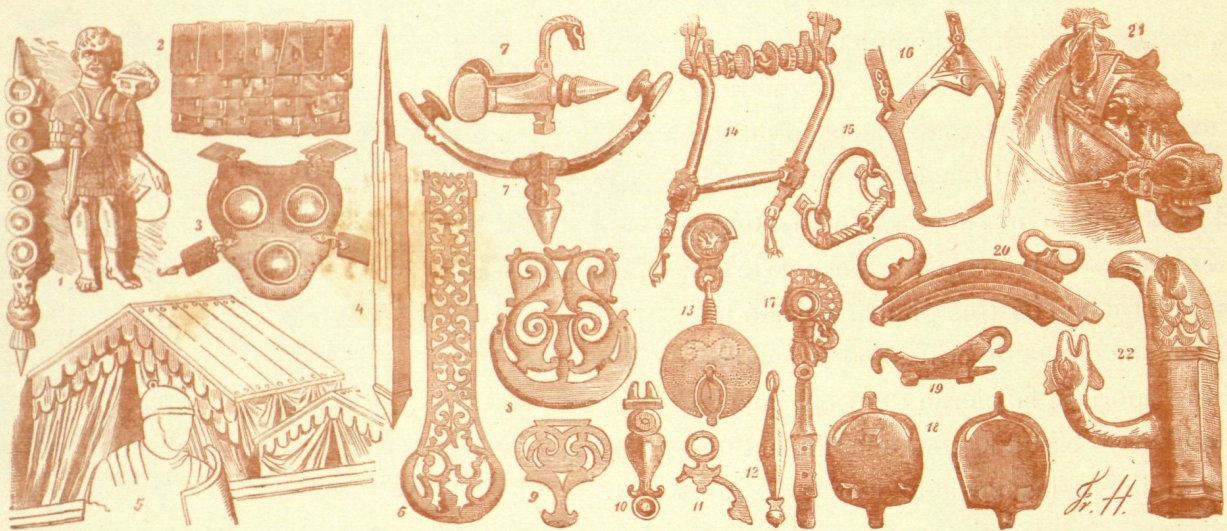


guerreras (46. 2. 50. 20. 21) se componían de figuras metálicas, medallones, coronas (49. 63), águilas, etcétera, puestas unas sobre otras de diferentes modos, en lo alto de una percha; también de estandartes con banderitas cuadradas blancas, escarlata ó púrpura.

Los soldados de caballería llevaban escudo y peto de cuero; no conocían silla ni estribo y montaban sobre una manta de lana (50. 53. 57. 58). El arnés del caballo era completo (fig. 41. 6 á 21); filete con ó sin barras (fig. 41. 14. 15. 21), correas para el collar; pretal, gruperas á veces guarnecidas de plata y phaleras como adorno del pretal y del frontal (49. 59. 60). En vez de herraduras ponían á los caballos una especie de galochas (50. 34) que primero fueron de mimbres y después de hierro (fig. 41. 18. 19). Hasta mucho más adelante no usaron espuelas (fig. 41. 7). Los carros de batalla (50. 45 á 48) no se empleaban más que en los juegos del circo (50. 59) y en los cortejos triunfales; eran de madera, guarnecidos de bronce ó cuero (fig. 41. 20. 22 son collar de caballo y punta de flecha).

Desde el tiempo de las guerras púnicas poseían los romanos máquinas de guerra. La *ballista* lanzaba

Fig. 41



enormes flechas, y la catapulta (55. 17) gruesos proyectiles. Estas dos armas eran de origen griego. El escorpión era, en cambio, romano (55. 19): entre dos tendones horizontales había puesto un brazo de madera, de modo que se mantenía quieto perpendicularmente; por medio de una polea se tiraba para atrás y se soltaba, una vez el proyectil en su sitio; este brazo saltaba y rebotaba contra el bastidor recubierto de jergones elásticos, y lanzaba el proyectil. En la Columna Trajana se ve un arma con honda horizontal (55. 20). Empleaban también barras murales (fig. 41. 4), arietes, cobertizos con ruedas y tiendas de campaña (fig. 41. 5). Para transportar las armas, las ropas y las herramientas, disponía cada legión de un número suficiente de bestias de carga y de carros (55. 16).

Las armas de los gladiadores en el circo ó en el teatro presentaban fantástico aspecto (51. 7 á 10. 16 á 21). El casco tenía visera fija, con agujeros, que cubría el rostro (52. 15 á 18); en el brazo derecho llevaban una manga de cuero ó aros de metal con un círculo que sobresalía del hombro; llevaban también cinturón con delantal y tableta metálica en la parte baja de las piernas. Uno combatía con un tridente, otro con un puñal y una red en la que trataba de envolver á su adversario. Se han encontrado cascos con máscaras (51. 1. 2. 3. 6), á propósito de lo cual recordaremos las máscaras de oro de Micenas. En las tumbas cartaginesas se han encontrado máscaras de barro pintado.

El traje de los actores (52. 5. 6) estaba, como es natural, en relación con el papel que representaban. Los trágicos vestían ropajes rozagantes y calzado de suela muy gruesa, el *coturno*; los cómicos, zapatos bajos, *soccus*, y un vestido muy relleno, á la manera griega, con el falo. Se ponían máscara (49. 43. 44. 45), sobre todo en las piezas jocosas.

Los reyes romanos llevaban la *trabea*, púrpura ó blanca, adornada de ribete púrpura; más adelante la *toga praetexta* ó la *toga picta*, la túnica *palmata* y cetro de marfil con un águila de oro posada en lo alto. Los senadores, los cuestores y los decemviro se distinguían por la túnica *laticlavica* y las medias botas encarnadas, adornadas con una media luna de marfil; los cónsules y el dictador por la *toga praetexta* y el calzado blanco. Los tribunos del pueblo (52. 2. 4) se vestían á su antojo; á los ediles y pretores correspondía la *praetexta*; á los censores la toga púrpura, á los lictores un *sagum* de color oscuro y con cinturón rojo. Los emperadores procuraban no ponerse la toga púrpura; el recuerdo de César les aterraba. Domiciano fué el primero que la usó. La toga iba adornada con ancha orla bordada (52. 9). En tiempo de Septimio Severo desapareció la toga y sólo quedó la orla, que en forma de banda designaba á los altos funcionarios; consistía en un círculo cerrado, sin cintas colgantes ni lazos, que formaba el borde superior de ancha túnica sin mangas (57. 11. 12. 65. 5. 6). En vez de toga los emperadores romanos y los bizantinos llevaron un manto sujeto al hombro derecho (52. 8). (52. 1, jefe de la última época romana, del Oeste; 49. 61, medallón de Stilico y su mujer.)

Entre los sacerdotes figuraba el alumbrador de los sacrificios ó *flamen*. El *flamen* más elevado se ocupaba en los sacrificios á Júpiter; el *flamendialis* y su mujer llevaban largas vestiduras de púrpura, ella con una pañoleta á la cabeza de lana azul ó roja y un velo; él con un casquete puntiagudo coronado por una rama de olivo. El *saliena*, que guardaba el escudo sagrado (51. 24), llevaba túnica bordada, *trabea*, coraza de bronce y casco cónico (51. 15). El *luperque*, encargado de los sacrificios á la loba nodriza, llevaba una especie de cinturón de piel. El *frater-Arvalis*, sacerdote de la *Deadia*, ceñíase la cabeza con una banda blanca, sobre la que iba una corona de espigas, y llevaba la *toga praetexta*, que era también el traje del arúspice. El augur usaba la *trabea* de los caballeros con orla de púrpura. La vestal, de blanco, llevaba un velo y una diadema de la que colgaban anchas cintas. El *Pontifex-maximus*, encargado de la vigilancia de todo el culto romano, llevaba *toga praetexta* y casquete de lana cónico, el cuchillo del sacrificio, una copa y un hacha (51. 11. 12. 26). Los servidores sacerdotales (47. 9 á 15) usaban la túnica recortada, á veces doble, con manto ó delantal.

En los primeros siglos de la Era cristiana, los hombres, cristianos ó paganos, usaban pantalones estrechos, túnica y *sagum* (57. 1. 3. 8. 10); las mujeres larga túnica de mangas estrechas (57. 5. 15), y las de clase elevada otra túnica más corta, con mangas anchas adornadas con dibujos abigarrados y dos bandas á lo largo (57. 4. 6. 7), manto del corte de la *trabea* (57. 5) ó semicircular (57. 15), zapatos y velo. Al enterrador cristiano (57. 13) le caracterizaba larga túnica parda sin cinturón. Los sacerdotes, también cristianos, de elevada jerarquía, llevaban larga túnica blanca con mangas, adornada con dos bandas negras, el *alba*, una *paenula* parda sin capucha, la *casula* y una banda blanca arrollada dos veces al cuello con una cruz negra (57. 14).

El estilo artístico romano, producido por elementos etruscos y griegos, produjo un género de ornamentación industrial de formas particulares y se desarrolló especialmente en la cerámica y los metales; en las patas de mesa, asientos (55. 2. 7. 9. 11. 14), candelabros, tripodes y lámparas (54. 1 á 24. Etruscos: 3. 7. 8. 11. 18. 19); en las copas, los *rhytones* y los cántaros (53. 1 á 30); en las armas y atavíos; en los relieves en vidrio y piedra (49. 23, vaso de piedra de Portland; 53. 1, vaso de Mantua); en los altares y los féretros (51. 48 á 52. 55. 10).

He aquí la explicación de la lámina 56: 1, hombre tamizando granos; 2, 4, 6, molinos de harinas, — empotrada en una piedra llana hay una piedra cónica, la muela; — 4², 4³, un doble cono hueco en forma de clepsidra (4⁴) está volcado sobre la muela; el embudo de abajo reposa sobre la piedra fundamental y une el cono hueco por su parte más estrecha; en el interior un fondo en forma de disco con agujeros (4⁴); el eje superior de la muela (4³) atraviesa el agujero del centro; alrededor de este eje gira el cono hueco; por los otros agujeros cae el trigo que, vertido desde arriba, se desliza entre la muela y la parte inferior

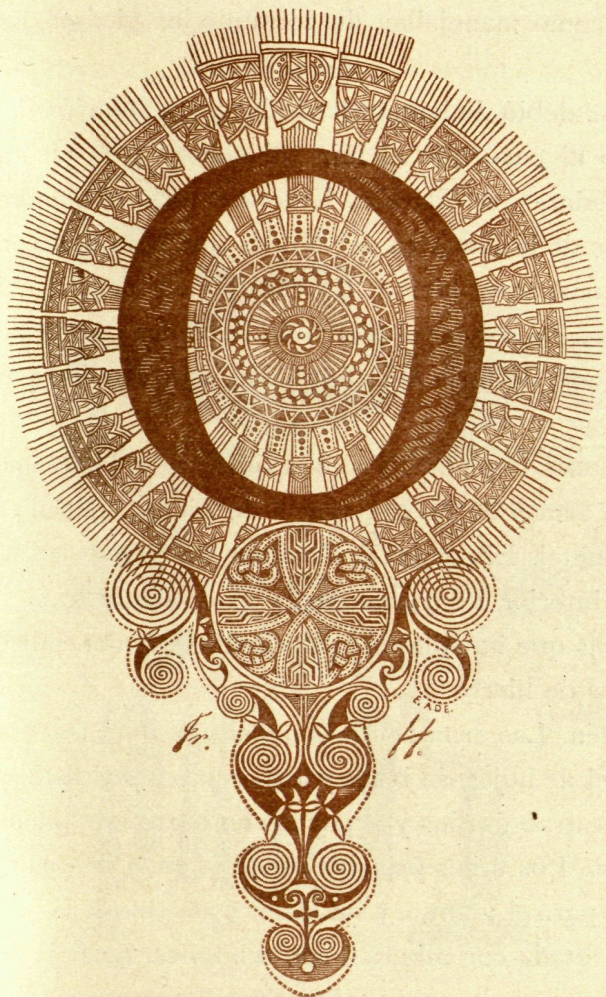
del doble cono hueco y la rotación lo tritura (2. 3). Servíanse también de morteros para triturar el trigo (5): los almireces se ven en las figuras de los antiguos vasos griegos como arma de las mujeres (25. 10); 7, un panadero; 8 á 12, un huso, un telar y una lanzadera; 13 á 16, tintoreros; 17, molino de granos; 20 á 32, útiles de curtidor; 33 á 35, prensas de uva; 36, horno de ladrillo; 37 á 39, modelos de vasos; 41, útiles de modelador; 40, 42 á 94, útiles de herrero, carpintero y albañil; 95, muela de afilar, con ruedas; 96, 97, balanzas; 98, farol; 99, 101, 104 á 109, herramientas de labranza; 102, pozo rústico; 103, colmena; 110, almohaza; 111 á 113, vehículos para transportar el vino y otras cosas; 114, piedra miliaria; 115, 116, coches de viaje.

El primitivo arte cristiano empleaba, como motivos ornamentales, el reino animal y el vegetal para representar simbólicamente la vida y la muerte de Cristo. Sus más antiguos símbolos eran: la cruz, el buen pastor, el cordero, el ciervo, el pavo real, el pez, la serpiente, la vid, aureolas y el monograma de Cristo (57. 16 á 25).

En instrumentos de música y escritura (49. 28 á 42. 50 á 58), en barcos (55. 24 á 34) y en sarcófagos (55. 10) aventajaban apenas á los griegos.

VI

Celtas (galos) y germanos



PIÑAN los hombres de ciencia que hubo un tiempo en que el clima de Europa era más duro que hoy día. En aquel mundo primitivo pululaba una legión de animales que han desaparecido. La primer arma del hombre debió de ser una maza ó una piedra; por donde quiera encontraba rocas ó piedras siderales ó meteóricas. Con tales armas sacrificaba el hombre cuanto vivía; comía la carne cruda de la caza y bebía su sangre. A orillas del mar se alimentaba de mariscos, y también de frutas, hierbas y raíces.

Es demasiado lejana esta época para conocer detalles de la misma. Aquellos hombres que habitaban en cavernas ó en las hendiduras de las rocas, envueltos en pieles salvajes, no conocían ni el fuego. Los utensilios humanos han sido acaso los mismos durante miles de años; servíanse de la madera y de la piedra al mismo tiempo que de

los huesos de los animales. Advirtió el hombre que á fuerza de golpear una piedra dura se le convertía en hoja cortante. Con herramientas de pedernal podía cortar las ramas, derribar los troncos, matar los animales y utilizar sus cuernos y sus huesos. Ataba una porción de trozos de piedras con tendones y formaba así un destrial. Con huesos, pechinas y cañas partidas hacía puñales y cuchillos. Entre las armas de piedra más antiguas se han encontrado puntas de flechas; hacíanse de hueso clavándoles rajas de piedra.

Para sujetar las hojas de las armas empleaban un procedimiento en uso todavía entre los salvajes; éstos las encajan en la rama verde de un árbol y las dejan durante años enteros hasta que al crecer se confunden con la piedra. Con tendones de animales fabricaba el hombre primitivo cuerdas de arco y un tejido que todavía usan los lapones, los cuales mascan los tendones para reblandecerlos, los desgarran en fibras delgadas, los arrollan sobre los carrillos para darles flexibilidad y los entrelazan en ambos sentidos. De este modo el hombre primitivo obtenía una tela con la que se envolvía el cuerpo y que era más flexible que las pieles sin curtir.

La necesidad de sacar agua ó de conservar el líquido extraído de frutos machacados, le obligó á fabricar recipientes de barro. El objeto de ellos y la materia determinaban la forma del vaso. Los cacharros, platos y copas primitivos demuestran que herramientas malas forman manos hábiles. Difícil le sería hoy á un buen alfarero hacer á mano tales vasijas.

Desarrollándose el arte de modelar los vasos, secados al fuego ó al sol, ganaban á la vez que formas más gratas, adornos de puntos y de líneas; imprimían círculos por medio de tendones apretados en torno de la vasija y filas de pequeñas protuberancias causadas por la presión de los dedos.

En el fuego encontró el hombre una fuerza auxiliar; calentaba largo rato la piedra de trabajar; la enfriaba en el agua y golpeándola por la parte rajada la rompía en pedazos, que, según su forma, empleaba como barrenas, azadas, flechas, hojas de lanza, etc. Trabajábanse también la serpentina y el granito, la arcilla esquistosa, el basalto, la calcedonia, el jaspe, etc.; como manejaban de continuo las piedras, las conocían mejor que nosotros.

En las comarcas en que salía el metal sólido de la tierra, debió de llamar desde luego la atención del hombre, que probaría sin duda á partirlo en piezas; pero al paso que el mineral sideral y la piedra meteórica resistían al golpe, el cobre, en vez de saltar en pedazos, se dilataba. Entonces forjó el hombre útiles de cobre. Hay tribus todavía, como las de los indios de la América del Norte, que sólo conocen el cobre, y otras, como los negros del Sudán, que sólo conocen el hierro. La experiencia permitió al hombre pasar de las artes simples á las compuestas; así le enseñó á sacar el hierro de la piedra por medio de la fundición. Los cambios en la tecnología metálica, desde la forja á la fundición, han seguido por donde quiera el mismo curso.

A medida que se empleaba más el metal, se empleaba menos la piedra. Ya en el siglo XI, en Hastings, todavía dinamarqueses y sajones llevaban, juntamente con armas de hierro, armas de piedra. Difícil es determinar el límite entre la edad de piedra y la edad de metal. El comercio llevaba á las gentes costaneras utensilios de metal, siglos antes de que llegasen al interior del continente, y lo que aquí traía el comercio lo llevaba allá la guerra. Las tribus indo-germánicas que invadieron la Escandinavia manejaban armas de bronce, mientras que los lapones sólo conocían las de hierro.

Los productos de todos los pueblos primitivos se parecen. Las armas primitivas sirven para reconocer la forma de todas las armas de los tiempos posteriores. Las hojas de lanza y los cuchillos son astillas de piedra afiladas. Entre las armas de asta de reno se encuentran garfios y arpones con barbas de pluma por ambos lados, canaleja para escurrir la sangre y adornos. Los útiles principales de la edad de piedra eran el hacha y el destrial. Hay hachas de piedra con agujero para el mango, y sin él: en éstas (60. 22 á 28) la hoja va metida en la hendidura del extremo de un mango y atada con albura ó con tendones. La hoja de hacha provista de abertura para el mango tiene el agujero cerca de la punta más gruesa ó bien en medio; la hoja representa entonces una doble hacha (60. 26. 29. 31). Los cuchillos de piedra tienen la forma de hierros de lanza (60. 35. 37); la lanza con su asta tenía de diez á doce pies de largo. La forma de las flechas variaba mucho (60. 34. 38). Existían grandes talleres de herramientas de piedra en Zelandia y en la isla de Rugen, donde el pedernal se presenta como creta. De allí pasaron á la península de Jutlandia, y hasta el fondo de Alemania, los destriales, las tijeras y las lanzas.

Tres modelos se conocen de hachas de combate en bronce fundido: la *cell* y la *pale* como arrojadizas y el hacha ordinaria. La *cell* (fig. 45. 3. 8. 58. 31) tiene forma de cuña, redondeada por atrás y con un agujero para pasar por él un mango encorvado y puntiagudo. Algunas llevan un orificio (59. 17) por donde pasa una correa que sujeta la hoja al mango. La *pale* es un arma extraña (fig. 45. 2. 58. 10. 11. 30. 32): tiene la forma de un escoplo ensanchado hacia el corte; los lados anchos están ahuecados de modo que los estrechos salgan como retazos; el mango tiene una hendidura, en la que va sujeta la hoja, de suerte que las puas se adaptan á los huecos de la hoja entre los referidos retazos. El *pale* tiene también orificio y correas. Hay asimismo hachas que no están ahondadas y llevan el mango sólo á un lado (58. 30. 60. 41).

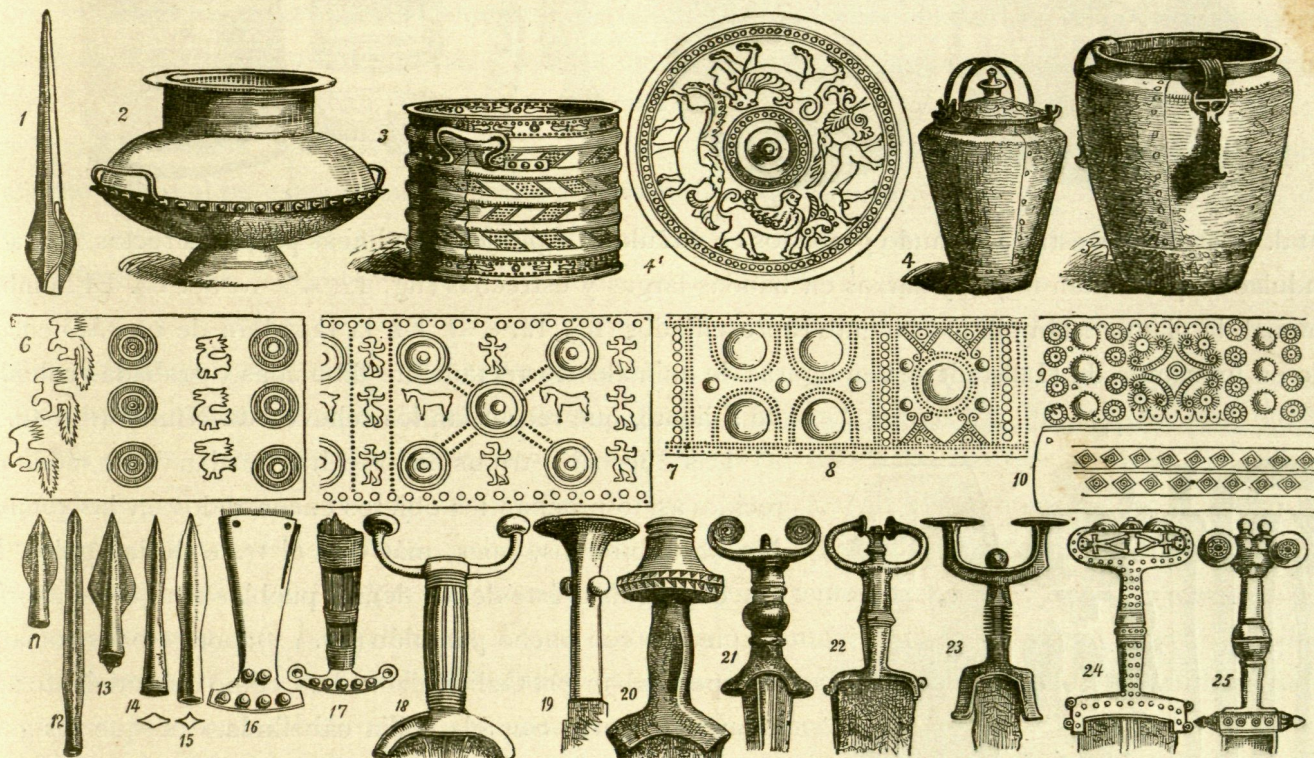
La *framea* es una de las antiguas armas nacionales de los germanos. La apellidaban «hiende-escudos» y á semejanza del *pilum* romano (50. 25), la lanzaban á las filas enemigas para abrir brecha. El hacha

sencilla de combate (fig. 45. 6. 59. 23), con un agujero para el mango, era arma temible de los francos; una de éstas, que se conserva, tiene un cubo para el mango (58. 20).

Las lanzas de bronce son de forma de pámpano y para sujetar el asta tienen un cubo ó puntas como clavos (fig. 42. 11 á 15. Fig. 45. 7); las flechas de bronce escaseaban (58. 52. 54. 55. 56); servían lo mismo de pedernal. Con el uso del metal vino la espada (58. 8. 9. 57 á 61); al principio era una especie de cuchillo grande, recto y con un filo. La lanza se alargó con el tiempo y se hizo de dos filos; tenía la forma de una hoja de caña.

Para explicar las armas y utensilios de esta época, hay que conocer la disposición de las tumbas en que fueron encontradas; es decir, los dólmenes, muy extendidos por la Bretaña y la Galia y por Alema-

Fig. 42



nia á lo largo del Danubio. Las tumbas del período siguiente fueron cónicas y se distinguían por la ausencia de grandes bloques, por la bóveda subterránea hecha sin arte con pedruscos y por la urna, que supone la cremación del cadáver. Estas tumbas contienen objetos de bronce y se parecen á las chozas de los pueblos del Norte; aun se encuentran en el Norte y el Oeste de Europa, especialmente en Dinamarca y en Westfalia, las avenidas cubiertas de piedra que conducían á ellas. También había enterramientos de tierra, más bajos.

Hacia el siglo x antes de Jesucristo, los fineses, que habían invadido la parte Noroeste de Europa, fueron exterminados por los celtas, procedentes del Asia. Reforzados de continuo por nuevas bandas invasoras, los celtas se extendieron por Europa hasta los Alpes y el Mediterráneo; se establecieron en la Jutlandia, en el Danubio, en Suiza, en la Galia, en España, en la Gran Bretaña y en Irlanda; tres siglos antes de Jesucristo estaban en el Asia Menor. Homero, que los conoció, los compara á los cíclopes, á los feacios y á los lestrigones, y los consideraba como «un pueblo salvaje del sombrío Occidente;» más adelante un poeta los llamó «titanes póstumos.» Eran rechonchos y fuertes, con ojos redondos, grandes bigotes y cabellera como crin, cuyo color negro cambiaban en rubio tiñéndosela con agua de cal. Los celtas trabajaban diestramente el metal; cuantos utensilios y adornos de bronce, de oro y de plata se han encontrado en los países ocupados después por los germanos, son herencia de los celtas; de estos trabajos, unos son de gusto primitivo, otros de labor artística fenicia ó etrusca. La gran sencillez

de los objetos de bronce se explica porque se fabricaban para uso de pueblos bárbaros; los vestigios fenicios en los adornos nos recuerdan que los artistas griegos y etruscos eran discípulos de los fenicios; los celtas insulares de la Gran Bretaña estuvieron en comunicación con los navegantes fenicios tan pronto como los celtas continentales con los etruscos.

Si contemplamos los vasos (fig. 42. 2 á 5. Fig. 44. 5. 6. 7. 58. 16 á 19. 68. 69) y los objetos de atavío, advertiremos que su forma revela un sentimiento delicado de arte, aun cuando la ornamentación es ele-

Fig. 43

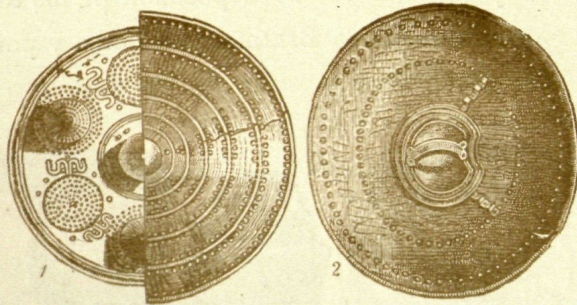
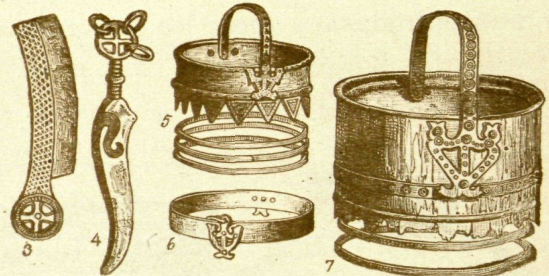


Fig. 44



mental. Los adornos están á menudo grabados en círculos y espirales ó en líneas paralelas rectas, dentadas ú onduladas que imitan filetes y zarzos en bandas largas y estrechas (fig. 42. 8. 9. 10. 58. 49). El hombre, el animal, la planta están allí toscamente representados (fig. 42. 6. 7). En la tapadera de un *cisto* encontrado en un campo de Hallstadt se ven figuras de animales correctamente dibujadas y grabadas con algo

de saliente, que recuerdan los relieves de Nínive (fig. 42. 4).

Fig. 45

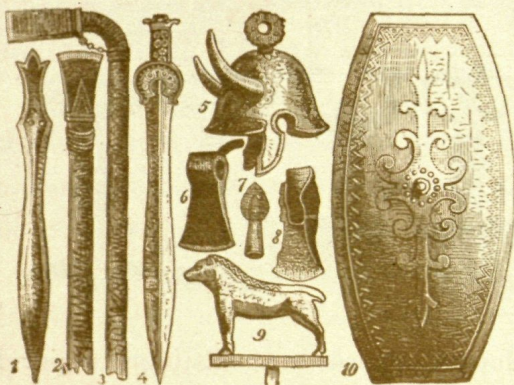
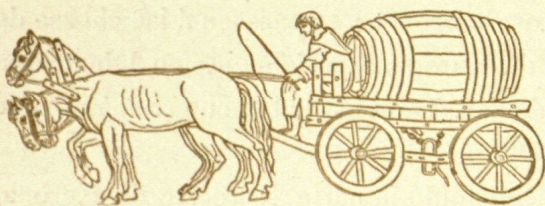


Fig. 46



de saliente, que recuerdan los relieves de Nínive (fig. 42. 4). Las diferentes tribus de los celtas vestían de un modo parecido; así lo prueban los objetos encontrados en las tumbas. No describiremos, pues, más que el traje de los galos. Lo que distinguía á éste de los demás pueblos era que se cubrían las piernas con ancho pantalón (59. 4. 5); por esto los romanos los apellidaban «la Galia calzonada,» como más adelante apellidaron la parte Sur «la Galia cabelluda,» porque los galos ataban los cabellos en la nuca, de modo que caían como una crin. El jubón, que bajaba hasta las rodillas, no tenía mangas, ó las tenía, ya cortas, ya largas; llevaba una abertura en el pecho é iba ceñido por un cinturón. El manto consistía en una pieza de tela cortada en semicírculo, ó en dos partes reunidas en los hombros por una costura. A los galos les gustaban las telas rayadas y á cuadros; las gentes de calidad llevaban ropas tejidas con hilos de oro ó adornadas de lentejuelas del propio metal. Se engalanaban con todo: aros de oro al cuello y los brazos (59. 41. 48. 54); broches, alfileres, presillas (59. 40. 42. 45. 46. 53); hasta abrían sus heridas para que la cicatriz fuese más grande y ostentarla.

Los galos no se cubrían la cabeza y usaban zapatos cerrados. Los germanos, vecinos del Danubio, los marcomanos, los hermunduros, los cuados y los belgas llevaban el mismo traje que los galos (60. 6. 8. etc.); el de los belgas iba abierto por delante.

Pocas noticias poseemos acerca de la vestimenta de los celtas y galos. Las mujeres de una tribu (fig. 47. 1. 59. 1) llevaban una falda que caía de las caderas á los pies, con un manto, y sobre el cuerpo desnudo un cuello, sujeto al vestido por entre los pechos; formaban con los cabellos dos largas trenzas. Otras tribus usaban largo ropaje que caía del cuello hasta los pies, sin mangas (59. 2), con cinturón y

un gran manto abrochado al cuello. Los celtas del Danubio se ponían largo vestido con mangas estrechas (59. 3) y sayo de mangas cortas con cinturón.

El sacerdocio celta, los *druidas*, se formó, sobre todo en Galia y Bretaña, de una casta vigorosamente constituída. Se dividía en tres clases, que se distinguían por sus trajes respectivos. El gran sacerdote llevaba la túnica interior blanca y rozagante (59. 6. 7), con mangas estrechas y ceñida al cuerpo por un cinturón de cobre chapado de oro, ó sin cinturón: encima holgado ropaje recogido en un hombro. A veces parece como que debió de llevar otro manto encima de éste (59. 8). Estas ropas eran de lienzo puro. Entre las insignias sacerdotales figuran los zapatos, que llevaban bordado lo que se llama pie de druida, la *pentafía*, estrella de cinco rayos, el cetro, la hoz de oro (58. 34. 35. 36), con la que cortaban el muérdago sagrado, y una corona de hojas frescas de encina ó un casquete blanco con borla de lana y lazos de cintas. Todos los sacerdotes llevaban el pelo corto, pero la barba sin cortar nunca. Los de inferior categoría se distinguían por un ropón interior más ó menos largo, sin cinturón (fig. 47. 4. 58. 4. 7) y con las mangas desiguales que tanto gustaban entonces, y por una prenda de encima que, según su objeto, se metía por la cabeza ó se echaba sobre los hombros; en el primer caso tenía mangas anchas y con frecuencia capucha; el adorno habitual de estas ropas era una guarnición dentada de color.

Entre los druidas había cantores ó bardos, médicos y astrónomos; el traje de éstos semejaba al del gran sacerdote. Los bardos se vestían de pardo, menos los de Bretaña, que se vestían de azul celeste; los médicos y astrónomos de verde claro, el color de la naturaleza. Los discípulos de los druidas usaban vestimentas abigarradas azules, blancas y rojas.

Los celtas británicos se dividían en muchas ramas, mientras que los del Sur mostrábanse iguales á los celtas galos. Las tribus del Norte, los caledonios, vivían en estado salvaje; llevaban una piel sobre los hombros y el cuerpo lleno de dibujos; los romanos les llamaban «los pintados.» No se cortaban los cabellos y se afeitaban la barba, á excepción de una especie de perilla. Los celtas del Sur se vestían de colores vivos á estilo galo; la prenda interior de las mujeres tenía aberturas en lugar de mangas.

Los celtíberos, que habitaban en España, llevaban mantos de pelo de cabra, ligeros escudos de madera, á veces tejidos de mimbres redondos á modo de escudos, delanteros de fieltro en la parte baja de las piernas y cascos de bronce con penachos de color púrpura.

Las tribus celtas usaban armas diversas; los gesates llevaban cinturón y collar (59. 48. 54); los eduanos cotas de malla y se cubrían de bronce; los jefes cascos de bronce también, con grandes cimbras hechas de cráneos de animales, con cuernos, alas y figuras de aves ó de cuadrúpedos hechas de bronce fundido. A los guerreros les bastaba su cabellera. Los cascos galos, según se ve en un arco de bóveda en Orange (fig. 45. 5), se adornaban con cuernos; en el Támesis se ha encontrado uno de forma muy rara, de bronce repujado (58. 24) con dos puntas y una pasta de color por adorno. Los cascos que en territorio galo se han descubierto (59. 10. 11. 12) son cónicos ó semioval. En las excavaciones de Hallstadt se han encontrado algunos redondeados y uno con dos delgadas crestas (58. 50. 51). Las corazas eran de alambres, de conchas de bronce repujado (59. 8. 9) ó de cuero con hebillas y chapas de bronce. Adornaban el cinturón y el tahalí con láminas de hojalata (58. 49. 59. 33). El escudo, alto y estrecho, era un armazón de zarzos forrado de piel y provisto de una empuñadura y de un aparato para sujetarlo al brazo. El escudo galo se transforma más adelante en oval ó rectangular (59. 13. 27. 28. fig. 45. 10), cubierto de pinturas y adornos de bronce. Se ha encontrado un bastidor de escudo de bronce (59. 13), que no se comprende cómo lo empuñaban. En una guarnición de bronce dorado (58. 14) se advierte un escudo semejante al *scutum* romano; los había también redondos (fig. 43. 1. 2. 58. 15), hachas de todas clases (fig. 45. 2. 3. 6. 8. 58. 10. 11. 20. 22. 30. 31. 32), palas y espadas con sus especies bastardas. La hoja de la espada era derecha y roma por abajo (58. 9), luego fué puntiaguda, en forma de hoja de caña (fig. 45. 1. 4. 58. 8. 57 á 61), de dos filos y de un metro de larga; la empuñadura era de bronce ó de marfil (fig. 42. 18 á 25. 58. 57 á 61). Se

llevaba á la diestra, pendiente del cinturón por una cadena (59. 4. 33. 35); en éste había otros colgantes, que eran anillos y discos que resonaban (58. 46. 47); usaban también la lanza de hierro aguzado, el dardo de larga hoja (58. 53), arco y flechas (58. 52. 54. 55. 56). En el estandarte celta había la figura de un jabalí. Los arneses de los caballos adornábanse con *faleras* y otros dijes (59. 14. 15. 24. 25. 26. 33. 36. 37. 38). Los celtas empleaban carros de batalla provistos á veces de hoces.

Hablemos ahora de los trajes galos, influidos por los griegos, los etruscos y los romanos. Ambos sexos llevaban cuello, falda ó delantal; los hombres, además, el *exomis* griego, que era muy largo y con una sola manga (fig. 47. 1. 2). Los galos de los alrededores de Metz se vistieron á la etrusca y la romana; vemos que llevaban la *pænula*, con un agujero para la cabeza, y con capucha ó sin ella (fig. 47. 3. 58. 2. 6); la toga, el manto puesto de diferentes maneras (fig. 47. 6. 58. 5) sobre los hombros; el *cucullus*, ó manto chico con capucha (58. 5) y, por último, el jubón galo con capucha que usaban los cazadores. Las mujeres llevaban, sobre el vestido, una falda que no pasaba de las rodillas (fig. 47. 3). En una escultura de la

Fig. 47



época vemos una mujer con vestido corto, guarnecido de una banda almenada y con un pequeño delantal (58. 1). Nótase con extrañeza que ha desaparecido el pantalón (fig. 47. 5 á 8) y que se usan mangas desiguales (58. 3. 4. 5. 7). A las telas lisas sucedieron las de colores abigarrados.

Digamos algo sobre la cerámica de aquel tiempo. Los antiguos vasos galos son de forma panzuda (59. 51), luego hubo algunos de carácter romano y otros tenían la hechura de urnas ó cántaros (59. 50. 52) gradualmente modelados; véñese también algunos en forma de botellas, con ancha abertura y como plegados á lo largo, y otros, por fin, en forma de ánforas. La fig. 46 representa una carreta para transportar el vino.

Los germanos se distinguían de los celtas por la estructura y por el color; éstos eran de tez oscura y rechonchos, aquéllos rubios y esbeltos. Después de largas emigraciones los germanos se extendieron por las costas septentrionales del Báltico, Suecia, Dinamarca y Alemania, empujaron á los celtas hacia la Gran Bretaña, el Sur del Danubio y el Oeste del Rhin y dieron nuevo impulso á la civilización. En los primeros tiempos de la historia existía gran diferencia entre los germanos del Este y los del Oeste. Estos, ubios, sicambros y queruscos, que habitaban los valles del Rhin y del Weser, se dedicaron á la agricultura y se hicieron sedentarios. Los del Este eran nómadas; habitaban en los verdes valles de la Alemania del Nordeste y sólo se ocupaban en la ganadería.

En tiempo de César tenían ya los germanos occidentales pueblos cerrados y plazas fuertes con fortificaciones de piedra. Los del Este habitaban bajo tierra y en invierno cubrían sus cavernas de estiércol para mantener el calor. En sus estepas no hubo ciudades hasta el tiempo de Enrique el Sajón; servíanles de defensa murallas de tierra levantadas sobre los pantanos.

En la época primitiva los germanos, hasta la edad de la pubertad, iban desnudos. Entonces se

cubrían con una envoltura de pieles ó de lana (60. 1. 2), que consistía en dos piezas, juntas y prendidas en los hombros con espigas, broches de bronce ó una costura, y sujetas al cuerpo por un cordón ó un cinturón. Se contentaban también con una sola pieza que rodeaba el cuerpo, sujeta al hombro izquierdo por una espina (60. 3); poníanse además un gorro de piel. No usaban calzado. Más adelante, hasta el siglo X, poníanse bajo los pies un pedazo de piel atado con correas (61. 2. 3).

Cosiendo las dos coberturas por arriba y por los lados, dejando aberturas para la cabeza y los brazos, obteníase una especie de ropón, con un corte en el pecho (60. 5). En tiempo de Tácito esta prenda, estrecha, era peculiar de las clases acomodadas. Hay estampas que indican que usaban pantalones los germanos de la Galia, los nemetas, los vogias, los ubios, las tribus germanas que habitaban entre el Rhin y el Danubio, los suevos (60. 6) y los alemanes. El uso de pantalones entre los suevos está demostrado por piedras tumulares de guerreros romanos, encontradas cerca de Maguncia (49. 59). Más adelante, en los distritos del Norte, cuyas costumbres eran muy rudas, ya no se usaba pantalón; en el año 1390 se promulgó en Constanza una ley con objeto de que «se cubrieran las vergüenzas por detrás y por delante para que no se viesen.»

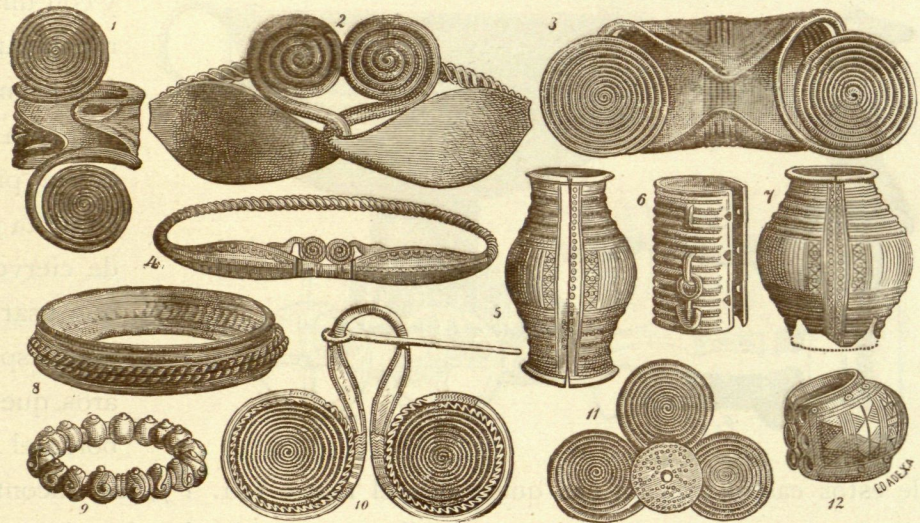
En antiguos tiempos las mujeres se vestían como los hombres; primero con simples coberturas, después con una especie de camisa que cubría el cuerpo. Conocíase que el origen de esta

prenda eran dos coberturas, porque estaba abierta por ambos lados, desde las caderas hasta arriba, y sujetábanse en los hombros las dos partes de modo que no sólo quedaban descubiertos los brazos sino una parte del pecho (60. 4. 10. 61. 19). La mujer usaba en su casa un manto de lana y en invierno de pieles (60. 3). En las orillas del Rhin se han encontrado losetas de piedra calcárea esculpidas en las que se ven mujeres á caballo (61. 18. 19). La mujer germana llevaba capotillo en la forma que tanto gustaba á las romanas (60. 7).

Los germanos no tenían sacerdocio organizado; los sacerdotes, las sacerdotisas y los guerreros pertenecían á la primera jerarquía. El traje sacerdotal se componía de larga túnica de lienzo sin mangas, sujeta al talle por un aro de bronce, manto y corona de follaje; los pies, descalzos. Los germanos adornaban sus ropas con tiras de pieles moteadas. Si el traje varonil era de piel ó de lana, el femenino era de tejido de cáñamo. El huso y la lanzadera (61. 30. 31) eran tan familiares á la mujer germana como á la gala. Influidas por las costumbres romanas, guarnecieron con bandas de púrpura sus camisas de lienzo, no llevaron ya el pelo suelto (60. 20) sino recogido en dos partes detrás de las orejas y sujeto por un cordón tirado para delante de la nuca hacia la raya y levantado, por medio de pomadas y cintas, sobre la frente en forma de rodetes ó de cuernos. No les faltaba ninguna clase de objetos de tocador; tenacillas de rizar, alfileres, tijeras, peines (61. 32). La lámina de hojalata en forma de espejo que señala el núm. 41 (61) sería acaso un alfiler muy ensanchado. Para teñirse de amarillo los cabellos servíanse de una lejía compuesta de cal y leche cuajada.

Los suevos, viejos ó jóvenes, se levantaban el pelo hasta la raya y lo ataban luego en forma de penacho (60. 6). Los germanos se ufanaban mucho de su cabellera, que era para ellos el distintivo del

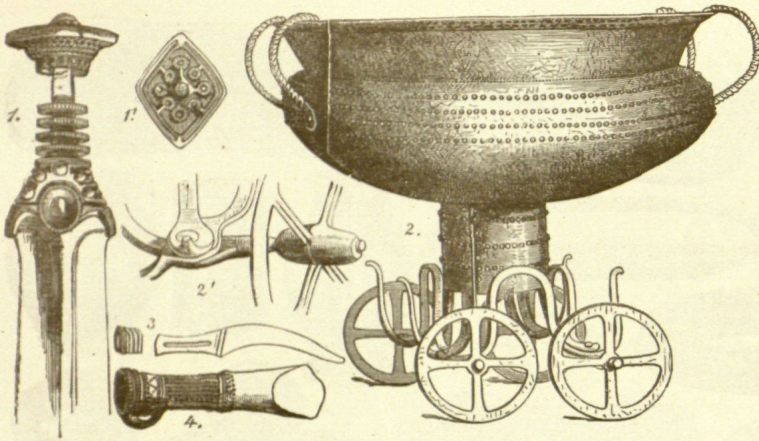
Fig. 48



hombre libre, supuesto que los esclavos iban rapados. Los adornos de metal estaban en boga. Los tomaban á los mercaderes fenicios y etruscos á cambio de pieles de castor y de nutria. Poníanse alfileres, hebillas, broches, agujas (61. 21. 22. 24. 25. 26. 29. Fig. 48. 10. 11), brazaletes, diademas (61. 5. 8. Fig. 48. 2. 4); rodeaban todo el brazo con aros (61. 6. 7. Fig. 48. 1. 3. 5. 6. 7. 12), quizá antes como arma defensiva que como adorno.

Los germanos cuidábanse más de las armas. Sus escudos eran tan altos como un hombre y hechos de planchas unidas ó de varas de sauce entrelazadas, metidas en cuadros de madera (60. 40) con una empuñadura y con una anilla para pasar el brazo. En batalla los guerreros de primera fila lo llevaban delante y los de segunda sobre la cabeza. Cada tribu se distinguía por el color de los escudos. Los arios los llevaban negros, los sajones encarnados, los francos blancos ó amarillos con orla blanca. Los escudos de los hombres de calidad tenían hebillas hacia el medio. Los pueblos de las costas usaban

Fig. 49



escudos redondos de bronce algo convexos y con una punta en el centro ó una protuberancia hueca para la empuñadura (fig. 43. 1. 2).

Los primeros germanos desconocían el casco y la coraza, combatían con la cabeza descubierta, protegida por su espesa cabellera, ó cubierta por la piel de una cabeza de bisonte, de ciervo ó de danta. Los primeros cascos que usaron procedían de los etruscos. Los que después forjaron ellos se componían de aros, que llevaban sobre una plancha el símbolo del *Fro*. En el Museo de Kiel hay uno

de estos cascos con un aro que rodea el rostro (61. 1'); fué encontrado en la laguna de Thorsberg, al mismo tiempo que una cota de malla que se sujetaba al pecho por medio de broches (61. 1). En los tiempos merovingios las cotas de malla eran muy raras; sólo las llevaban los reyes y los nobles; se extendieron más y las usaron las personas de su comitiva en los tiempos carlovingios. Las corazas antiguas eran coletes de cuero rodeados de bandas de colores vivos, en forma de enrejado, ó reforzadas con piezas de cuerno. Las armas ofensivas más antiguas eran: honda, arco y flechas, una especie de escoplo, de piedra al principio, después de metal, clavado en un mango recto ó curvo (60. 41 á 44. 48); martillo de piedra (el martillo de Thor), dardo (el *ger*) y lanza de largo palo. Más adelante conocieron los germanos la espada y el puñal (61. 10. 11. 12). La *spatha*, larga espada de hierro de dos filos, usábanla en tiempo de Tácito los germanos del Norte y del Oeste. Se han encontrado armas de bronce de aquella época de extraña forma, que eran á la vez espadas y hachas de combate (61. 17), y coronas de bronce y de cobre (61. 1. 9). Entre los utensilios de guerra figuraban los estandartes y los cuernos. Las insignias eran símbolos de divinidades en lo alto de perchas, jabalíes (59. 19. 60. 1), toros, serpientes; el cuerno de guerra semejaba al de caza de hoy día y tenía guarnición y anillos de metal (61. 28).

Las vasijas, las urnas, las copas y las escudillas (61. 33 á 38. 42. 48) revelan las primeras manifestaciones artísticas de los germanos. El dibujo de todos los vasos es puro y vigoroso; los grandes cántaros sin asas (61. 48) caracterizan perfectamente aquella cerámica.

En el vaso señalado por el número 47 (61), encontrado á orillas del Rhin, se nota la influencia romana. En los vasos germanos se advierte predilección por las bellezas del colorido, al paso que en los galos y bretones se encuentra rara vez policromía.

Los vehículos eran de la forma más rudimentaria; las ruedas eran discos de madera, como se ve en la columna Antonina (60. 21). Después las tuvieron con radios, sobre todo para los coches en que arras-

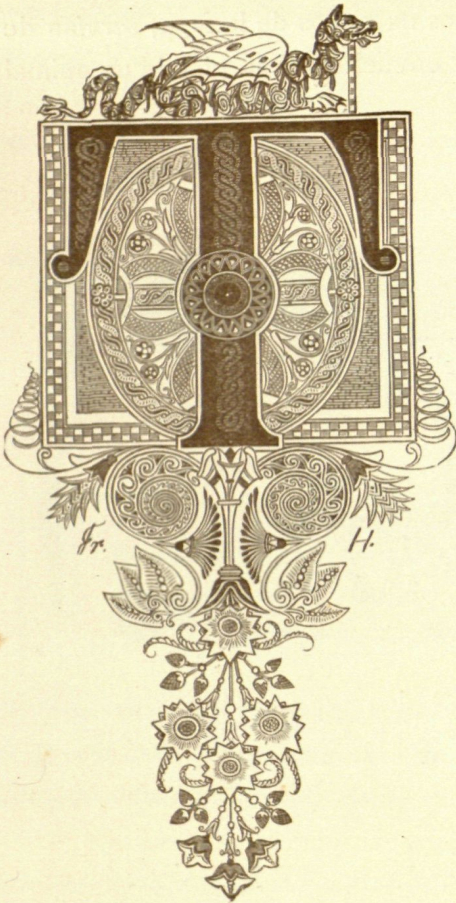
traban á los ídolos. Cerca de Peccatel, en Mecklemburgo, se ha encontrado, entre restos de armas un pequeño carro de bronce de linda construcción, con cuatro ruedas sobre las cuales va una caldera (fig. 49. 1 á 4), utensilio, sin duda, para el culto. Entre los etruscos estas calderas servían para quemar esencias (43. 40) y entre los germanos para recibir la sangre de los prisioneros inmolados.

Tácito dice que los germanos no tenían ídolos, lo cual parece inexacto, porque se han encontrado ídolos de piedra (61. 23) cerca de Ramberg.

Los ataúdes eran cajas de hierro ó troncos de árboles ahuecados (61. 39. 40); en la tapa fijaban el símbolo del *Fro* (61. 39¹. 39²), y como las cabezas sobresalían de los dos extremos de la tapa, servían de agarraderos. Enterrábanse los cadáveres con traje de gala, armados y envueltos en la piel de un animal recién muerto.

VII

Sármatas y dacios



ODOS estos guerreros nómadas hubieron de luchar, al salir del Cáucaso, con los escitas. Invadieron las tierras bajas de Europa situadas entre el Don y el Volga, hacia el Norte, y hasta el Vístula por el Oeste, y desaparecieron sin dejar rastro en la grande emigración de los pueblos. Todavía es cuestión no resuelta el grado de parentesco entre sármatas y escitas ó, en sentido más lato, entre arios y mogoles. Unicamente los monumentos de los generales romanos nos suministran datos acerca del traje de los sármatas.

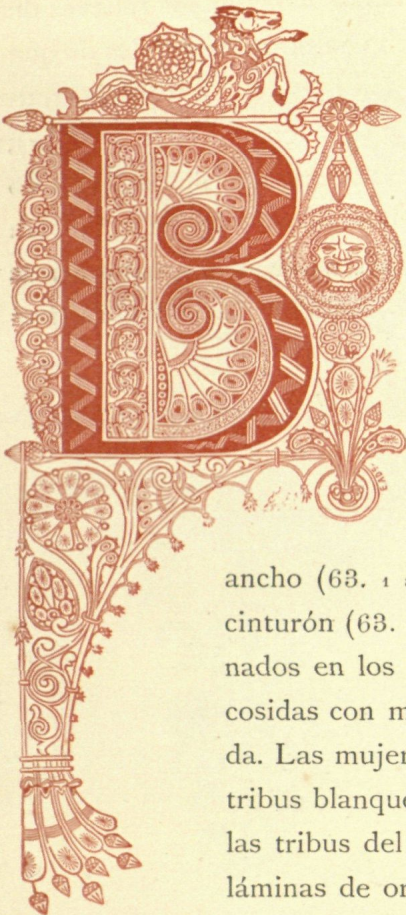
Llevaban pantalones más ó menos anchos (62. 1. 5. 7); prendas de cuerpo de diferentes hechuras, mantos, zapatos y casquetes en forma de gorro frigio. Las piezas de cuerpo eran, ya largas, con mangas ceñidas y largas también (62. 2. 3. 4. 6), ya cortas y abiertas por el costado derecho (62. 5). El manto, cuadrado ó semioval, prendíase en el hombro derecho por un botón (62. 5. 7). Los pobres no llevaban más vestido que el pantalón (62. 1). Las clases elevadas se ponían á menudo dos vestiduras (62. 7). Las mujeres sármatas, tan

guerreras como sus maridos, llevaban como una túnica plegada sin mangas, ropón sin mangas igualmente, con cinturón y una abertura en el pecho que se cerraba con cintas, y un gorro en forma de casco. La armadura sármata se componía de casco, coraza y escudo. La coraza era de cuero, cubría la parte posterior del cuerpo, excepto los brazos (62. 4. 6), y llevaba adorno de cuerno ó metal en forma de escamas (62. 3). Usaban también coraza hecha de tiras de cuero (62. 2), guarnecidas de hojas de hierro, que se ponían sobre un jubón de mangas cortas (62. 10). Las tribus de los yázyges y los roxolanos tenían armaduras completas para caballo y caballero (62. 13); el hombre iba armado del cuello á los tobillos y el caballo desde las narices á la cola. Las armaduras consistían en planchas raspadas, hechas de cuerno ó de escamas de hierro adheridas á una tela fuerte. Los sármatas eran considerados como maestros en la fabricación de armas. Los escudos, de forma oval, de madera forrados de cuero, iban provistos de tabletas, adornos ó escamas (62. 9. 14. 23), y de un doble mango ó asa para pasar todo el brazo (62. 5). Los cascos semejaban á los cascos asirios y frigios (62. 8. 11. 20). Llevaban espadas suspendidas del hombro por correas, cuchillos corvos, hachas y arcos con flechas de punta de asta (62. 12. 17. 18. 21. 22). Defendían el antebrazo con tabletas (62. 2. 5). Con igual habilidad disparaban el arco á derecha que á izquierda. Las trompetas de guerra y las insignias eran de extraña forma (62. 15. 19); como insignias llevaban serpientes; la cabeza era de madera ó metal, y el cuerpo de tejido abigarrado de lana; las plantaban sobre una percha y las agitaban, y el aire, al entrar por la abierta boca, hinchaba el cuerpo que estaba hueco y le daba verdaderas ondulaciones de serpiente.

El pueblo principal entre el Danubio y los Cárpatos—lo que es hoy Hungría—era, en tiempo de los romanos, el de los dacios, tribu aria que procedía de Tracia y que tenía parentesco con los ilirios, establecidos en las costas del Adriático. Ambos pueblos vestían de un modo muy semejante al de los sármatas: pantalón sujeto al tobillo, prenda de cuerpo larga ó corta, manto y zapatos; el casquete dacio-ilirio era de hechura cilíndrica (62. 24. 26. 31). El manto dacio tenía guarnición de pieles ó de franjas. Los ilirios no llevaban jubón (62. 26). El traje especial de los príncipes dacios (62. 30) tenía algo de dacio y algo de sármatas. Las mujeres usaban dos largos vestidos con mangas; el de encima, que las tenía más anchas, lo pasaban por el cinturón para levantarlo (62. 27. 28). Las fotografías tomadas de los relieves de la columna Trajana, de las cuales se ha servido el autor, no confirman lo dicho en obras especiales de que las mujeres sujetaban las mangas en medio del brazo y encima del codo. En lugar de cinturón las mujeres dacias empleaban un manto cuyo borde superior rodeaba las caderas y se ataba por delante (62. 27); se ponían también el manto como el *himatión* griego (62. 29). Respecto á la anchura superflua del vestido de encima, la hacían desaparecer recogiendo el sobrante en la nuca y anudándolo (62. 28). Se envolvían la cabeza con una pañoleta que caía por detrás como una redecilla. Los dacios manejaban iguales armas que los sármatas; no tenían cascos, y en vez de coraza se ponían un colete corto hecho de anchas tiras de cuero (62. 25).

RAMAS MIXTAS DE ARIOS Y DE MOGOLES

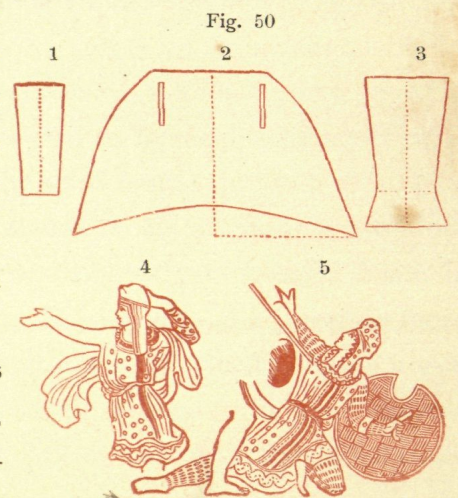
Los escitas y los partos



LONDOS y de ojos azules, los escitas semejaban, en cuanto á las costumbres y al modo de vivir, á los pueblos nómadas mogoles. Tenían tiendas de campaña de pieles de animales, coberturas de lana y carros de cuatro ó seis ruedas. Servíanles de copas los cráneos de sus enemigos, cubiertos de cuero ó engastados en oro, y los colgaban de las bridas de sus caballos como prueba de su bravura.

El traje de los hombres se componía de pantalón más ó menos ancho (63. 1 á 5); justillo abierto (fig. 50. 1. 2), cruzado por delante y sostenido por el cinturón (63. 1. 4), que sujetaba el pantalón (63. 2. 5) igualmente; borceguíes encordados en los tobillos y gorro alto, semejante al gorro frigio. Las ropas eran de cuero cosidas con menudas tiras de cuero también, ó bien de pieles ó de lana tejida y batanada. Las mujeres llevaban el vestido más largo y más ancho, y telas más suaves. Algunas tribus blanqueaban con tiza sus ropas; los masagetas las teñían de colores abigarrados; las tribus del Úral, donde abundaba el oro, los isedos y los argipenos rapados poníanse láminas de oro en el justillo y en el pantalón; los arimaspos se teñían cuerpo y cabello de azul oscuro. Las tribus vecinas de las colonias griegas del mar Negro, los escitas reales de la península de Crimo y los taurios exornaban sus vestiduras con chapas de oro (63. 9. 10. 11) y una banda multicolor echada sobre el hombro derecho (63. 2). La gente plebeya llevaba túnica cerrada, con abertura en el pecho (63. 3). Los artistas del Atica, á los que les gustaba representar en sus vasos cerámicos las mujeres escitas, las vestían con arreglo á la moda del Asia Menor (fig. 50. 4. 5).

El arma principal de los escitas era el arco, formado por dos cuernos unidos por un palo en el centro, y metido, juntamente con las flechas, en un carcaj de cuero labrado, suspendido del cinturón. Llevaban asimismo largas lanzas, espadas cortas y curvas, hondas, hachas de combate, mazas y *knouts* (1). En un sepulcro encontrado cerca de Kul-Obo (Crimea) se ha descubierto un aderezo ó adorno completo de un rey y de una reina escitas. Consta de estas piezas: un escudito oval del oro más puro (63. 12), adornado de delfines, y cabezas de Medusa y de hombre; joyel para el pecho com-



(1) Disciplina con puntas de hierro, empleada aún en nuestros días para castigar en Rusia. (N. del T.)

puesto de cinco medallones con cadena y dijes (63. 18); un pequeño carcaj ricamente ornado (63. 14); un espejo, brazaletes, collares, etc. (63. 16. 19. 20); todo ello es de gusto bárbaro muy singular y parece, sin embargo, obra de artífices griegos.

Los partos llevaban pantalones de anchura diversa (63. 22 á 27) y sayos, abiertos en toda su longitud á partir de la cintura (63. 24. 26), ó con un corte en el pecho y una jareta en torno al cuello (63. 22. 24); la manga izquierda era más larga que la derecha y pasaba de la mano (fig. 50. 1. 3); llevaban además zapatos y alto y puntiagudo sombrero. Los partos de alta clase poníanse sayo y pantalón dobles, vestidura abigarrada, forrada de blanco; manto púrpura ó con dibujos; zapatos dobles, de cuero rojo los de encima; casquetes chatos, sombreros altos y redondos ó pañuelos multicolores en forma de turbante. El traje femenino era más amplio y de tela más fina. La vestimenta regia componíase, á lo que parece, de largo ropón interior semejante á la *stola* de los antiguos persas ó medos; de otro, dividido por faldones, y de un manto prendido á los hombros (63. 27. 28. 29), corona y un aro. Daremos pormenores sobre las armas de los partos al describir el traje moderno de los persas. Con los partos termina la historia de los trajes en la antigüedad.